

BIBLIOTECA ECONÓMICA DE AUTORES ARGENTINOS

---

OBRAS SELECTAS


DE

ESTEBAN ECHEVERRÍA

---

Colección hecha por RAFAEL OBLIGADO



  
*M. Reyes.*

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME, EDITOR

165 — CALLE PERÚ — 165

1885



## CARTA AL EDITOR

*Sr. D. Pedro Iruñe.*

Muy señor mío:

Con el loable propósito de dar á luz una biblioteca popular de escritores argentinos, se ha dignado usted confiarme la selección de las obras de Echeverría, selección con que se propone abrir la serie de nuestros escritores.

No tengo inconveniente en acceder al deseo de usted; antes bien, me felicito de que existan en el país editores tan empeñosos como usted y, añadiré, tan valientes para afrontar la indiferencia pública; pero el breve término en que usted, por motivos particulares muy atendibles, desea se lleve á efecto dicha selección, me pone en el caso de hacerlo así constar, para que no se atribuya á descuido lo que puede ser efecto de la precipitación con que he releído las producciones de nuestro poeta nacional.

No bien puse mano á la tarea, me ocurrió una di-

ficultad, motivo para mí de escrúpulos y temores. ¿Debía yo entregar á usted las producciones de Echeverría tal como vieron la luz en la edición, no siempre correcta, hecha por el doctor don Juan María Gutiérrez, única que poseemos, ó me sería lícito introducir ligeras variantes sin apartarme de la índole y menos del pensamiento de Echeverría?

Podía limitarme á corregir las erratas de imprenta y los descuidos manifiestos del autor; ó llevar adelante mi atrevimiento, suprimiendo algún párrafo, cambiando la colocación de algún verso, y hasta sustituyendo algún otro. Pues bien: esto último es lo que he hecho, aunque parcamente, cuando lo he juzgado necesario para la claridad ó belleza de la expresión.

El hecho de retocar alguna vez simples detalles de la forma externa, no es nuevo entre los que se han ocupado de este género de trabajos. Sin salir de la literatura castellana, básteme citar los arreglos que de Calderón, de Tirso, de Moreto y de Lope se han hecho, sin los cuales fuera punto menos que imposible llevar hoy sus obras á la escena; las variantes introducidas por coleccionistas de nota en los líricos del siglo de oro de las letras españolas; y, por último, las correcciones de detalle que el *Quijote* ha recibido desde antes de Pellicer hasta nuestros días.

No niego que hay mucho de peligroso en esta práctica, y áun que puede ser abusiva é irrespetuosa, pero júzgola aceptable y digna de aplauso cuando se procede con mesura, ánimo sereno y conocimiento profundo del autor que se tiene entre manos. Si una estrofa pleonástica, un verso débil, un epíteto incorrecto, desluce la belleza de una producción, ¿no debe el *coleccionista*, que no es un simple compilador, eli-

minar aquella estrofa, retocar aquel verso, aquel epíteto? El respeto que los grandes escritores nos inspiran, debe mantenerse por encima de esos temores pueriles.

Pero aún aceptando de lleno esta manera de pensar, no puede ocultárseme que tal proceder pide una edición crítica y no compendiosa, como la que se propone usted hacer de las obras de Echeverría. La necesidad y conveniencia de las supresiones y variantes, debiera prevenirse en cada caso por medio de notas explicativas; pero ni el tiempo de que dispongo ni las condiciones económicas en que quiere usted presentar la obra, me permiten otra cosa que avisar lealmente al lector que alguna vez me he separado del texto de la edición del doctor Gutiérrez.

Respecto de la selección en sí misma, la he hecho dejándome llevar de mi gusto personal, incluyendo por consiguiente en ella cuanto, bajo el punto de vista del mérito literario, juzgo lo mejor de Echeverría.

En la elección de las piezas en verso, sólo he tenido en cuenta la belleza, porque es para mí grandísimo desacierto exigir del poeta otra cosa que poesía. De los dos volúmenes de prosa poco he entresacado, por su índole política ó de ocasión; pero en lo elegido he tenido presente tanto el mérito literario como la circunstancia de reflejar las ideas, propósitos y sentimientos del escritor.

Más que en los apuntes biográficos que incluyo á usted, extractados del estudio con que el doctor Gutiérrez abrió el último volumen de las «Obras completas de Echeverría», en cada uno de esos artículos se revela la personalidad del autor, destacándose vigorosa de su conjunto.

En las *Cartas á un amigo* y en los *Pensamientos*, palpita el corazón apasionado del poeta; en *El Matadero*, cuadro admirable por el realismo crudo del pincel, manifiéstase extraordinaria verdad de observación; en la *Réplica á Alcalá Galiano* y en los fragmentos del *Dogma Socialista*, la altivez de su espíritu; y en todos ellos, como en sus obras poéticas, el infatigable revolucionario intelectual y el patriota esclarecido.

Una observación y termino. La difusión de las obras de Echeverría, en la forma popular en que usted se propone dárnoslas, es un servicio que hoy, más que nunca, debemos agradecerle los argentinos. Nuestro espíritu nacional desfallece; la fiebre del engrandecimiento material nos domina casi hasta el punto de olvidar nuestras pasadas glorias, en acecho de problemáticas grandezas; y el absurdo cosmopolitismo, enemigo del hogar y de la patria, echándolas de filántropo, debilita nuestra personalidad como nación. Resuene, pues, nuevamente entre nosotros la voz sagrada del patriotismo, vibrando en los labios de Esteban Echeverría, el más nacional, el más genuino de nuestros poetas!

Dejando así cumplido el honroso encargo de usted, le saluda su A. S.

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires, Setiembre 20 de 1885.

# ESTEBAN ECHEVERRÍA

## APUNTES BIOGRÁFICOS

*Esteban Echeverría* nació en Buenos Aires el 2 de Setiembre de 1805. Fueron sus padres don Domingo Echeverría y doña Martina Espinosa.

En los primeros tiempos de su niñez quedó huérfano de padre y, según la expresión del doctor don Juan María Gutierrez, «tomó los caminos un tanto anchos que las señoras viudas abren comunmente á sus hijos predilectos.»

Empezó sus estudios preparatorios en el Colegio de Ciencias Morales, el mejor de entonces, y fueron sus maestros de latinidad y filosofía don Mariano Guerra y don Juan Manuel Fernández Agüero. Consta de certificados de aquel establecimiento que cursó dos años de latinidad, «distinguiéndose entre sus condiscípulos,» así como la ideología, la lógica y la metafísica, en el año 1822, «dando pruebas repetidas de talento, juicio y aplicación.»

En 1823 interrumpió sus estudios, según lo refiere él mismo, y se dedicó al comercio, entrando como

dependiente de Aduana en la casa de los señores Sebastián Lezica y hermanos, en cuyo puesto permaneció hasta el 20 de Setiembre de 1825.

En medio de sus ocupaciones materiales, tomaba lecciones de lengua francesa, y una vez poseído este idioma, se entregó á serias lecturas de historia y de poesía.

Poco ápto el joven dependiente para el manejo de los fardos y de las facturas, se separó de su empleo, y se decidió á emprender un viaje á Europa en el mismo año de 1825, «con el objeto de continuar sus estudios interrumpidos.»

Embarcóse, pues, con destino á Burdeos en el bergantín francés *Joven Matilde*; pero como sufriera este buque contratiempos en su viaje, Echeverría se trasbordó en Bahía á la fragata *Aquiles*, francesa también, y llegó al Havre el 26 de Febrero de 1826.

Establecido por fin en París, pasó allí algunos años entregado por completo al estudio, sin lanzarse en las corrientes de la vida turbulenta de aquella capital.

Se ignora quiénes hayan sido sus maestros en París, pero se sabe que se dedicó preferentemente á las ciencias políticas y á la filosofía, puesto que ha dejado muchos cuadernos, escritos todos de su puño y letra, sobre estas materias, donde extractaba lo que le parecía más notable de los escritores franceses, desde Pascal y Montesquieu hasta Leroux y Guizot.

En medio de estos estudios serios, emprendió otro no menos interesante en aquella época, el del romanticismo, siguiendo ávidamente las evoluciones de esa gran revolución literaria. Sus poesías prueban á cuál de los dos bandos en que entonces estaba dividido el pensamiento europeo, se inclinó nuestro joven viaje-



ro. Chateaubriand, Hugo, Lamartine y Dumas, gigantes de aquella lucha, le contaron bien pronto bajo sus victoriosas banderas.

En el pasado Shakespeare, y en el presente Schiller, Goethe, y especialmente Byron, según su propia confesión, «le conmovieron profundamente, revelándole un mundo nuevo.»

«Entonces, dice, me sentí inclinado á poetizar; pero no conocía ni el idioma ni el mecanismo de la metrificaci6n española. Era necesario leer los clásicos de esta naci6n. Empecé: me dormía con el libro en la mano; pero haciendo esfuerzos sobre mí mismo, al cabo manejé medianamente la lengua y el verso.»

Escribió en París su primer ensayo literario bajo el título de *Ilusiones*, versos que, corregidos después, forman probablemente parte de los *Consuelos*.

En aquel tiempo, Echeverría contrajo relaci6n con un joven oriundo de los cantones alemanes de Suiza, ardiente partidario de la libertad política y amante de las letras. En sus conversaciones con este joven empezó nuestro poeta á conocer la literatura alemana, y habla él mismo de la profunda impresi6n que le produjo la lectura de un drama de Schiller y de las obras de Goethe.

Antes de emprender viaje de regreso al Rio de la Plata, Echeverría pasó en 1829 á Londres, donde permaneci6 mes y medio; poco después, en Mayo de 1830, se embarcó en el Havre con destino á Buenos Aires, á donde arribó en los primeros días de Julio del mismo año.

Apenas llegado á su ciudad natal, publicó en la «Gaceta Mercantil» y en el «Lucero» algunas composiciones, firmándolas con el seudónimo de *Un joven argentino*, sin que produjeran en el público, no ha-

bituado aún al noble vuelo de la nueva poesía, el entusiasmo que era de esperarse.

La situación política del país, «el retroceso degradante en que lo halló, y sus esperanzas burladas,» produjeron en él una melancolía profunda. Entonces, aislado en el seno de su familia, escribió la mayor parte de las composiciones posteriormente publicadas bajo el título de *Los Consuelos*.

En 1831 publicó en el «Diario de la tarde» su *Profecía del Plata*, y á contar de aquella fecha y durante año y medio, no apareció un solo verso de Echeverría en la prensa de Buenos Aires.

En Setiembre de 1832, apareció anónimo, en 32 páginas en 8º, su poema *Elvira*, composición exageradamente romántica, en la cual fundaba su autor grandes esperanzas, que fueron de todo punto burladas por la indiferencia de sus compatriotas.

Echeverría esperaba con ansia el juicio público sobre su primer ensayo, juicio que no se dignó manifestarse entonces, si se exceptúa algún ligero artículo del «Lucero» y del «British Packet».

Mortificado profundamente en su amor propio, escribió con este motivo una sátira mordaz y humorística en endecasílabos sueltos, titulada «El conflicto de unos gaceteros con motivo de la aparición de un poemita, ó la asamblea de los sabios.»

En los primeros días de Noviembre de 1832, Echeverría se trasladó á Mercedes, sobre las orillas del Río Negro, en la República Oriental, donde permaneció seis meses sin conseguir mejorarse de una enfermedad al corazón que lo aquejaba hacía algunos años.

Allí escribió su popular canción *La diamela*, y á su regreso á Buenos Aires publicó *Los Consuelos*, libro

que, conmoviendo por primera vez el alma artística y apasionada de la mujer porteña, y realizando una verdadera revolución en las letras argentinas, entonces en su cuna, atrajo vivamente la atención pública.

Cuando su nombre volaba en alas de la fama, desdénando una popularidad que creía aún inmerecida, Echeverría se aisló de la sociedad, y dictándolo á uno de sus amigos, escribió su célebre poema *La Cautiva*, el cual, unido á algunas composiciones líricas, vió la luz pública con el título de *Rimas*.

«Las *Rimas*, dice su biógrafo el doctor don Juan María Gutiérrez, alcanzaron tanta celebridad como *Los Consuelos*; el crédito del autor creció con ellas, y en todas las imaginaciones se grabaron las figuras de María y de Brián, y las escenas de nuestra naturaleza y de nuestras costumbres, traídas á la admiración urbana y culta por la pluma mágica del bardo argentino. Los extranjeros mismos que han estudiado y comprendido *La Cautiva*, la consideran como un cuadro de maestro, cuyas perspectivas dan la más cabal idea de la adusta inmensidad de la Pampa, y cuyos pormenores viven y hablan con una verdad que sorprende.»

Después de esto, aparece Echeverría iniciando la «Asociación de Mayo», que fundó con el concurso de la juventud liberal. Tuvo esta sociedad su primer reunión en la noche del 23 de Junio de 1837; pero muy pronto la policía de Rosas fué puesta sobre aviso; y para distraer su atención, y en tanto algunos de sus compañeros emigraban á Montevideo, nuestro poeta prefirió retirarse á su estancia «Los Talas», situada al Norte de la Provincia, entre Luján y Giles.

Allí permaneció algún tiempo, durante el cual escribió su poema *La insurrección del Sud* y sus versos á

la muerte de don Juan Cruz Varela, hasta que la aparición del General Lavalle en la Provincia (Julio de 1840) le arrastró á tomar parte en la empresa libertadora, comprometiéndose lo bastante para verse obligado á huir cuando aquél emprendió la retirada. Refugióse Echeverría en la Colonia, donde se detuvo algunos meses y fué objeto de las mayores atenciones.

En Junio de 1841 se trasladó á Montevideo, baluarte entonces de la libertad y la civilización del Plata, á cuya causa se había dedicado exclusivamente. Allí publicó el *Dogma Socialista*, escrito destinado á la difusión de sus ideas políticas, una serie de cartas á don Pedro de Angelis, zahiriendo á los secuaces de Rosas, un *Manual de enseñanza moral* para las escuelas públicas de Montevideo, y el poema *Avellaneda*, en cuyas páginas fustiga valientemente la tiranía y describe la prodigiosa naturaleza de Tucumán.

Por aquella época escribió también *El Angel Caído*, poema de vastas proporciones y continuación de otro titulado *La Guitarra*, pero cuya ejecución no está ni con mucho á la altura del pensamiento que se propuso realizar en él.

Datan igualmente de entonces varios artículos sueltos, entre los cuales se distinguen *La apología del matambre* y *El matadero*. Los actuales partidarios de Mr. Zola no hallarían nada que reprochar en las páginas de *El matadero*, cuya pintura *naturalista* demuestra el profundo talento de observación de su autor, de que ya había dado pruebas en *La Cautiva*.

La existencia trabajada de Echeverría no podía ser larga. Su enfermedad al corazón le llevó al sepulcro el 19 de Enero de 1851, en Montevideo, en cuyo cementerio esperan aún sus restos una mano amiga

que los vuelva al seno de la Patria, y la apoteosis que la gratitud de la posteridad ha consagrado ya á San Martín y Rivadavia; pues si éstos en el orden político hicieron la nacionalidad argentina, aquél á su vez abrió ancho campo al pensamiento nacional, independizando el arte de la tradición pseudo-clásica, vertiendo en el espíritu de sus contemporáneos raudal copiosísimo de ideas, y dejándonos á todos alto ejemplo de virtud republicana, de incontrastable amor á la tierra en que había nacido.

Las obras de Echeverría han sido publicadas bajo la dirección de nuestro inolvidable Juan M. Gutiérrez; y editadas por don Carlos Casavalle.

Esta magnífica edición, que consta de cinco grandes volúmenes, es el único monumento levantado hasta hoy sobre la tierra argentina á la memoria de Esteban Echeverría.

---



# VERSO

---

## LA CAUTIVA

*Primera parte*

### EL DESIERTO

Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El desierto,  
incommensurable, abierto,  
y misterioso á sus piés  
se extiende, triste el semblante,  
solitario y taciturno,  
como el mar, cuando un instante,  
al crepúsculo nocturno,  
pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
dó fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades,  
del ave y bruto guaridas,  
doquier cielo y soledades,  
de Dios sólo conocidas,  
que él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante  
sobre el potro rozagante,  
cuyas crinés altaneras  
flotan al viento ligeras,  
lo cruza cual torbellino  
y pásala; ó su toldería (1)  
sobre la grama frondosa  
ásienta, esperando el día ....  
duerme.... tranquila reposa....  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas  
sublimes, y á par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí! ¡cuánto arcano  
que no es dado al vulgo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
la aura aromática y pura,  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer,  
las armonías del viento....  
dicen más al pensamiento,  
que todo cuanto á porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¡Qué pincel podrá pintarlas  
sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.  
Ya el sol su nítida frente

(1) *Toldería*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.



reclinaba en occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera  
el desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo  
esparcía, misteriosa  
sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas  
sus alas de aroma llenas,  
entre la yerba bullía  
del campo, que parecía  
como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero  
relinchaba un bruto fiero  
aquí ó allá, en la campaña;  
bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz:  
ó las nubes contemplando,  
como extático y gozoso  
el yajá (1) de cuando en cuando

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El Yajá justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están

turbaba el mudo reposo  
con su fatídica voz.

Se puso el Sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía:  
la silenciosa llanura  
fué quedando más oscura,  
más pardo el cielo, y en él,  
con luz trémula brillaba  
una que otra estrella, y luego  
á los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,  
con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió.  
Mientras, la noche bajando  
lenta venía. La calma  
que contempla suspirando,  
inquieta á veces el alma,

armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea.....  
En su canto repite estas voces: *Yajá, yajá*, que significan en guaraní, « vamos, vamos » de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir *yajá, yajá* como si dijeran: « vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas. » Los que saben esta propiedad del *yajá*, luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vergan enemigos para acometerlos.....

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido,  
que suele hacer el tronidó  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor;  
se perdió.... y luego violento,  
como baladro espantoso  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro  
dando á los brutos pavor.

Bájo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando;  
víanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve á hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino.

¡Mirad! Como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma:  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.  
¿Dónde vá? ¿de dónde viene?  
¿de qué su gozo proviene?  
¿por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sín mirar al rededor?  
¡Ved! que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos  
llevan cabezas humanãs,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;  
y su rencor todavía  
mira con torpe placer  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,  
exclamando:—Ya pagaron  
del cristiano los caudillos  
el feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.

(1) Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
á libertar, y como antes  
vuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hueco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad.  
Mientras, la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.

### *Segunda parte*

#### EL FESTÍN

Noche es el vasto horizonte,  
noche el aire, cielo y tierra.  
Parece haber apiñado  
el genio de las tinieblas,  
para algun misterio inmundo  
sobre la llanura inmensa,  
la lobreguez del abismo  
donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,  
por entre las sombras negras,  
los espíritus foletos

con viva luz reverberan,  
se disipan, reaparecen,  
vienen, van, brillan, se alejan.  
Mientras, el insecto chilla,  
y en fachinales (1) ó cuevas  
los nocturnos animales  
con triste aullido se quejan.

: La tribu aleve entretanto,  
allá en la Pampa desierta,  
donde el cristiano atrevido  
jamás estampa la huella,  
ha reprimido del bruto  
la estrepitosa carrera;  
y campo tiene fecundo  
al pie de una loma extensa,  
lugar hermoso do á veces  
sus tolderías asienta.

Feliz la maloca (2) ha sido;  
rica y de estima la presa  
que arrebató á los cristianos:  
caballos, potros y yeguas,  
bienes que en su vida errante  
ella más que el oro precia;  
muchedumbre de cautivas,  
todas jóvenes y bellas.  
Sus caballos, en manadas,  
pacen la fragante yerba;  
y al lazo, algunos prendidos,  
á la pica, ó la manea,

(1) Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

(2) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

de sus indolentes amos  
el grito de alarma esperan.  
Y no lejos de la turba,  
que charla ufana y hambrienta,  
atado entre cuatro lanzas  
como víctima en reserva,  
noble espíritu valiente  
mira vacilar su estrella;  
al paso que su infortunio,  
sin esperanza, lamentan  
rememorando su hogar,  
los infantes y las hembras.  
Arden ya en medio del campo  
cuatro extendidas hogueras,  
cuyas vivas llamaradas  
irradiando, colorean  
el tenebroso recinto  
donde la chusma hormiguea.  
En torno al fuego sentados  
unos lo atizan y ceban;  
otros la jugosa carne  
al rescoldo ó llama tuestan ;  
aquél come, éste destriza,  
más allá alguno degüella  
con afilado cuchillo,  
la yegua al lazo sujeta ;  
y á la boca de la herida,  
por donde ronca y resuella,  
y á borbollones arroja  
la caliente sangre fuera,  
en pie, trémula y convulsa,  
dos ó tres indios se pegan;  
como sedientos vampiros,  
sorben, chupan, saborean

la sangre, haciendo murmullo,  
y de sangre se rellenan.  
Baja el pescuezo, vacila,  
y se desploma la yegua,  
con aplauso de las indias  
que á descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,  
con viva luz las hogueras;  
sopla el viento de la pampa,  
y el humo y las chispas vuelan.  
A la charla interrumpida,  
cuando el hambre está repleta,  
sigue el cordial regocijo,  
el beberaje y la gresca,  
que apetecen los varones  
y las mujeres detestan.  
El licor espirituoso  
en grandes vacías echan,  
y, tendidos de barriga  
en derredor, la cabeza  
meten sedientos, y apuran  
el apetecido néctar,  
que bien pronto los convierte  
en abominables fieras.  
Cuando algún indio, medio ebrio  
tenaz metiendo la lengua,  
sigue en la preciosa fuente  
y beber también no deja  
á los que aguijan furiosos;  
otro viene, de las piernas  
lo agarra, tira y arrastra,  
y en lugar suyo se espeta.  
Así bebe, rie, canta,  
y al regocijo sin rienda



se da la tribu: aquel ebrio  
se levanta, bambolea,  
á plomo cae, y gruñendo  
como animal se revuelca.  
Este chilla, algunos lloran,  
y otros á beber empiezan.  
De la chusma toda al cabo  
la embriaguez se enseñorea,  
y hace andar en remolinos  
sus delirantes cabezas.  
Empieza el bullicio entonces  
y la algazara tremenda,  
el infernal alarido  
y las voces lastimeras.

Mientras, sin alivio lloran  
las cautivas miserables,  
y los ternezuelos niños,  
al ver llorar á sus madres.

Las hogueras entretanto  
en la oscuridad flamean,  
y á los pintados semblantes  
y á las largas cabelleras  
de aquellos indios beodos  
da su vislumbre siniestra  
colorido tan extraño,  
traza tan horrible y fea,  
que parecen del abismo  
precita, inmunda ralea,  
entregada al torpe gozo  
de la sabática fiesta. (1) •

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

Todos en silencio escuchan.  
Una voz entona recia  
las heróicas alabanzas,  
y los cantos de la guerra.

Guerra, guerra y exterminio  
al tiránico dominio  
del huinca; (1) engañosa paz:  
devore el fuego sus ranchos,  
que en su vientre los caranchos  
ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,  
y en su fogoso tordillo  
salió Brián;  
pocos eran, y él delante  
venía; al bruto arrogante  
dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:  
con la fulminante espada  
se alzó Brian;  
grandes sus ojos brillaron,  
y las cabezas rodaron  
de Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido,  
como toro enfurecido  
se encaró;  
ceño torvo revolviendo,  
y el acero sacudiendo:  
nadie acometerle osó.

(1) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ó hombre que no es de su raza.

Valichu (1) estaba en su brazo;  
pero al golpe de un bolazo (2)  
cayó Brián  
como potro en la llanura:  
cebo en su cuerpo y hartura  
encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega  
el que vivir quiere esclavo;  
pero el indio guapo no:  
Chañil cayó como bravo,  
batallando en la refriega;  
de una lanzada murió.

Salió Brián airado  
blandiendo la lanza;  
con fiera pujanza  
Chañil lo embistió;  
del pecho clavado  
en el hierro agudo,  
con brazo forzado,  
Brián lo levantó.

Funeral sangriento  
ya tuvo en el llano;  
ni un solo cristiano

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comunmente se dice Gualichu.

(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro, otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

con vida escapó.  
¡Fatal vencimiento!  
Lloremos la muerte  
del indio más fuerte  
que la Pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,  
quienes sus hazañas mentan.  
Oyense voces confusas,  
medio articuladas quejas,  
baladros cuyo són ronco  
en la llanura resuena.  
De repente todos callan,  
y un sordo murmullo reina,  
semejante al de la brisa  
cuando rebulle en la selva;  
pero, gritando, algún indio  
en la boca se palmea,  
y el disonante alarido  
otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo  
de las pasadas ofensas  
se aviva en su ánimo entonces,  
y atizando su fiereza,  
al rencor adormecido  
y á la venganza subleva.  
En su mano los cuchillos,  
á la luz de las hogueras,  
llevando muerte relucen.  
Se ultrajan, riñen, vocean,  
como animales feroces  
se despedazan y bregan,  
y asombradas las cautivas,  
la carnicería horrenda

miran, y á Dios en silencio  
humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,  
cuya vigilancia tierna  
en las horas del peligro  
siempre cautelosa vela,  
acorren luego á calmar  
el frenesí que los ciega,  
ya con ruegos y palabras  
de amor y eficacia llenas,  
ya interponiendo su cuerpo  
entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,  
las desoyen y atropellan,  
lanzando injuriosos gritos;  
y los cuchillos no sueltan  
sino cuando, ya rendida  
su natural fortaleza  
á la embriaguez y al cansancio,  
dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza,  
sigue el llorar de las hembras  
por sus maridos y deudos;  
las lastimosas endechas  
á la abundancia pasada,  
á la presente miseria,  
á las víctimas queridas  
de aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio  
hace á los lamentos tregua,  
interrumpido por ayes  
de moribundos, ó quejas,  
risas, gruñir sofocado  
de la embriagada torpeza;

al espantoso ronquido  
de los que durmiendo sueñan,  
los gemidos infantiles  
del ñacurutú (1) se mezclan;  
chillidos, aúllos tristes  
del lobo que anda á la presa.  
De cadáveres, de troncos,  
miembros, sangre y osamentas,  
entremezclados con vivos,  
cubierto aquel campo queda,  
donde poco antes la tribu  
llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina  
triste, encapotada y negra;  
y la desmayada luz  
de las festivas hogueras  
sólo alumbra los estragos  
de aquella bárbara fiesta.

### *Tercera parte*

#### EL PUÑAL

Yace en el campo tendida,  
cual si estuviera sin vida,  
ebria la salvaje turba,  
y ningún ruido perturba  
su sueño ó sopor mortal.

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño,

Varones y hembras mezclados,  
todos duermen sosegados:  
sólo, en vano tal vez, velan  
los que libertarse anhelan  
del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando  
los caballos, que vagando  
libres despuntan la grama;  
y á la moribunda llama  
de las hogueras se ve,  
se ve sola y taciturna,  
símil á sombra nocturna,  
moverse una forma humana,  
como quien lucha y se afana,  
y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,  
y horrisonante murmullo,  
semejante al del novillo  
cuando el filoso cuchillo  
lo degüella sin piedad:  
y por la herida resuella,  
y aliento y vivir por ella,  
sangre hirviendo á borbollones,  
en horribles convulsiones,  
lanza con velocidad.

Silencio. Ya el paso leve  
por entre la yerba mueve,  
como quien busca y no atina,  
y temeroso camina  
de ser visto ó tropezar,  
una mujer. En la diestra  
un puñal sangriento muestra;  
sus largos cabellos flotan  
desgreñados, y denotan

de su ánimo el batallar.

Allá va. Toda es oídos;  
sobre salvajes dormidos  
va pasando... escucha... mira...  
se para... apenas respira,  
y vuelve de nuevo á andar.  
Allá marcha, y sus miradas  
vagan en torno azoradas,  
cual si creyesen ilusas  
en las tinieblas confusas,  
mil espectros divisar.

Allá va, y aún de su sombra  
como el criminal se asombra...  
alza, inclina la cabeza;  
pero en un cráneo tropieza  
y queda al punto mortal.  
Un cuerpo gruñe y resuella,  
y se revuelve; más ella  
cobra espíritu y coraje,  
y en el pecho del salvaje  
clava el agudo puñal.

El indio dormido espira :  
y ella veloz se retira  
de allí, y anda con más tino  
arrostrando del destino  
la rigurosa crueldad.  
Un instinto poderoso,  
un afecto generoso  
la impele y guía segura,  
como luz de estrella pura,  
por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría  
palpita. Lo que quería,  
lo que buscaba con ansia



su amorosa vigilancia  
encontró gozosa al fin.  
Allí, allí está su universo,  
de su alma el espejo terso,  
su amor, esperanza y vida ;  
allí contempla embebida  
su terrestre serafin.

— Brián, — dice, — mi Brián querido,  
busca durmiendo el olvido ;  
quizá ni soñando espera  
que yo entre esta gente fiera  
le venga á favorecer.

Lleno de heridas, cautivo,  
no abate su ánimo altivo  
la desgracia, y satisfecho  
descansa, como en su lecho,  
sin esperar ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,  
para hacerle más amargo  
de la muerte el pensamiento,  
deleitarse en su tormento,  
y más su rencor cebar  
prolongando su agonía,  
la vida suya, que es mía,  
guardaron, cuando triunfantes  
hasta los tiernos infantes,  
osaron despedazar,

arrancándolos del seno  
de sus madres. Día lleno  
de execración y amargura,  
en que murió mi ventura,  
tu memoria me dá horror ! —  
Así dijo, y ya no siente,  
ni llora, porque la fuente

del sentimiento fecunda,  
que el femenino pecho inunda,  
consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza  
en su corazón alianza  
han hecho, y sólo una idea  
tiene fija, y saborea  
su ardiente imaginación.  
Absorta el alma, en delirio  
lleno de gozo y martirio  
queda, hasta que al fin estalla  
como volcán, y se explaya  
la lava del corazón.

Allí está su amante herido,  
mirando al cielo, y ceñido  
el cuerpo con durós lazos,  
abiertos en cruz los brazos,  
ligados manos y piés.  
Cautivo está, pero duerme;  
inmóvil, sin fuerza, inerme  
yace su brazo invencible:  
de la Pampa el león terrible  
presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía  
esperando con el día  
horrible muerte, está el hombre  
cuya fama, cuyo nombre  
era, al bárbaro traidor,  
más temible que el zumbido  
del hierro ó plomo encendido;  
más aciago y espantoso  
que el Valichu rencoroso  
á quién acata su error.

Allí está. Silenciosa ella,

como tímida doncella  
besa su entreabierta boca ;  
cual si dudára le toca  
por ver si respira aún.  
Entonces las ataduras  
que sus carnes roen duras  
corta, corta velozmente  
con su puñal obediente,  
teñido en sangre común.

Brián despierta. Su alma fuerte,  
conforme ya con su suerte,  
no se conturba, ni azora ;  
poco á poco se incorpora,  
mira sereno, y cree ver  
un asesino : echan fuego  
sus ojos de ira ; más luego  
se siente libre y se calma,  
y dice : — ¿ Eres algún alma  
que pueda y deba querer ?

¿ Eres espíritu errante,  
angel bueno, ó vacilante  
parto de mi fantasía ?

— ¡ Brián, mi Brián ! Soy tu María.  
¿ No me ves ? Tu amada soy.  
Y mientras cobra pujanza,  
ebria la feroz venganza  
de los bárbaros, segura,  
en aquesta noche oscura  
velando á tu lado estoy.

Nada tema tu congoja. —  
Y enajenada se arroja  
de su querido en los brazos,  
le da mil besos y abrazos,  
repitiendo — ¡ Brián, mi Brián ! —

La alma heróica del guerrero  
siente el gozo lisonjero  
por sus miembros doloridos  
correr, y que sus sentidos  
libres de ilusión están.

Y en labios de su querida  
apura aliento de vida,  
y la estrecha cariñoso,  
y en éxtasis amoroso  
ambos respiran así ;  
más, súbito él la separa,  
como si en su alma brotara  
horrible idea, y la dice :  
— María, soy infelice,  
ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza  
habrá ajado la pureza  
de tu honor, y mancillado  
tu cuerpo santificado  
por mi cariño y tu amor .  
Ya no me es dado quererte. —  
Ella le responde : — Advierte  
que en este acero está escrito  
mi pureza y mi delito,  
mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento,  
y saltará de contento  
tu corazón orgulloso ;  
díomele amor poderoso,  
díomele para matar  
al salvaje que insolente  
ultrajar mi honor intente ;  
para, á un tiempo, de mi padre,  
de nuestro hijo y mi madre,

la injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa  
que la luz del sol hermosa,  
sacar de las fieras manos  
de estos tigres inhumanos,  
ó contigo perecer.

Loncoy, el cacique altivo,  
cuya saña al atractivo  
se rindió de estos mis ojos,  
y quiso entre sus despojos  
de Brián la querida ver,

Después de haber mutilado  
á nuestro hijo, anegado  
en su sangre yace impura ;  
sueño infernal su alma apura :  
dióle muerte este puñal.

Levanta, mi Brián, levanta,  
sigue, sigue mi ágil planta ;  
huyamos de esta guarida  
donde la turba se anida  
más inhumana y fatal.

— ¿ Pero á dónde, á dónde iremos ?

¿ Por fortuna encontraremos  
en la Pampa algún asilo,  
donde nuestro amor tranquilo  
logre burlar su furor ?

¿ Podremos, sin ser sentidos,  
escapar, y desvalidos,  
caminar á pie, jadeando,  
con el hambre y sed luchando,  
el cansancio y el dolor ?

— Sí ; el anchuroso desierto  
más de un abrigo encubierto  
ofrece ; y la densa niebla

que el cielo y la tierra puebla,  
nuestra fuga ocultará.  
Brián, cuando aparezca el día,  
palpitantes de alegría,  
léjos de aquí ya estaremos,  
y el alimento hallaremos  
que el cielo al infeliz da.

— Tú podrás, querida amiga,  
hacer frente á la fatiga;  
mas yo, llagado y herido,  
débil, exangüe, abatido,  
¿ cómo podré resistir?  
Huye tú, mujer sublime,  
y del oprobio redime  
tu vivir predestinado ;  
deja á Brián infortunado,  
solo, en tormentos morir.

— Nó, nó, tú vendrás conmigo,  
ó pereceré contigo.  
De la amada patria nuestra  
escudo fuerte es tu diestra,  
¿ y qué vale una mujer?  
Huyamos, tú de la muerte,  
yo de la oprobiosa suerte  
de los esclavos; propicio  
el cielo este beneficio  
nos ha querido ofrecer.

No insensatos lo perdamos.  
Huyamos, mi Brián, huyamos;  
que en el áspero camino  
mi brazo y poder divino  
te servirán de sostén.

— Tu valor me infunde fuerza,  
y de la fortuna adversa,

amor, gloria, ó agonía  
participar con María  
yo quiero; huyamos, vén, vén. —

Dice Brián, y se levanta.  
El dolor traba su planta,  
más devora el sufrimiento;  
y ambos caminan á tiento  
por aquella oscuridad.  
Tristes van, de cuando en cuando  
la vista al cielo llevando,  
que da esperanza al que gime.  
¿Qué busca su alma sublime?  
La muerte ó la libertad.

— Y en esta noche sombría  
¿quién nos servirá de guía?  
— Brián ¿no ves allá una estrella  
que entre dos nubes centella  
cual benigno astro de amor?  
Pues esa, es por Dios enviada  
como la nube encarnada  
que vió Israel prodigiosa;  
sigamos la senda hermosa  
que nos muestra su fulgor;  
ella del triste desierto  
nos llevará á feliz puerto. —  
Allá van. Solas, perdidas  
huyen dos almas queridas,  
que amor en la tierra unió;  
y en la misma forma de antes,  
andan por la noche errantes,  
con la memoria hechicera  
del bien que en su primavera  
la desdicha les robó.

Allá van. Vasto, profundo

como el páramo del mundo  
misterioso es el que pisan ;  
mil fantasmas se divisan ;  
mil formas vanas allí,  
que la sangre joven hielan :  
mas ellos vivir anhelan.

Brián desmaya caminando,  
y al cielo otra vez mirando  
dice á su querida así :

— Mira: ¿ no ves? La luz bella  
de nuestra polar estrella  
de nuevo se ha oscurecido,  
y el cielo más denegrido  
nos anuncia algo fatal.

— Cuando contrario el destino  
nos cierre, Brián, el camino,  
antes de volver á manos  
de esos indios inhumanos,  
nos queda algo: ¡ este puñal! —

### *Cuarta parte*

#### LA ALBORADA

Todo estaba silencioso.  
La brisa de la mañana  
recién la yerba lozana  
acariciaba y la flor,  
y en el oriente nubloso  
la luz apenas rayando,  
iba el campo matizando  
de claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido ;



ni del pájaro se oía  
la variada melodía,  
música que al alba dá;  
y sólo, al ronco bufido  
de algún potro que se azora,  
mezclaba su voz sonora  
el agorero yajá.

En el campo de la holganza,  
sola techumbre del cielo,  
libre, ajena de recelo  
dormía la tribu infiel;  
más, la terrible venganza  
de su constante enemigo  
alerta estaba, y castigo  
le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron  
sobre la extendida loma,  
dos jinetes, como asoma  
el astuto cazador;  
y al pie de ella divisaron  
la chusma quieta y dormida,  
y volviendo atrás la brida  
fueron á dar el clamor

de alarma al campo cristiano.  
Pronto en brutos altaneros  
un escuadrón de lanceros  
trotando allí se acercó,  
con acero y lanza en mano;  
y en hileras dividido,  
al indio no apercebido  
en doble muro encerró.

Entonces el grito «¡ Cristiano, cristiano! »  
resuena en el llano.

« ¡ Cristiano ! » repite confuso clamor.  
La turba que duerme despierta turbada,  
clamando azorada :  
« ¡ Cristiano nos cerca, cristiano traidor ! »  
Niños y mujeres, llenos de conflicto  
levantan el grito ;  
sus almas conturba la tribulación ;  
los unos pasmados, al peligro horrendo,  
los otros huyendo,  
corren, gritan, llevan miedo y confusión.  
Quien salta al caballo que encontró primero,  
quien toma el acero,  
quien corre su potro querido á buscar ;  
mas ya la llanura cruzan desbandadas  
yeguas y manadas,  
que el cauto enemigo las hizo espantar.  
En trance tan duro los carga el cristiano,  
blandiendo en su mano  
la terrible lanza que no da cuartel.  
Los indios más bravos luchando resisten :  
cual fieras embisten.  
El brazo difunde matanza cruel.  
El sol aparece : las armas agudas  
relucen desnudas :  
horrible la muerte se muestra doquier.  
En lomos del bruto, la fuerza y coraje  
crece del salvaje ;  
sin su apoyo, inerme se deja vencer.  
Pie en tierra poniendo, la fácil victoria,  
que no le da gloria,  
prosigue el cristiano lleno de rencor.  
Caen luego caciques, soberbios caudillos ;  
los fieros cuchillos  
degüellan, degüellan sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,  
gemitir del que implora  
puesto de rodillas en vano piedad...  
todo se confunde: del plomo el silbido,  
del hierro el crujido,  
que ciego no acata ni sexo ni edad.

Horrible, horrible matanza  
hizo el cristiano aquel día ;  
ni hembra, ni varón, ni cría  
de aquella tribu quedó.  
La inexorable venganza  
siguió el paso á la perfidia,  
y en fácil y breve lidia  
su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida  
de sangre, hediondo y sembrado  
de cadáveres el prado  
donde resonó el festín.  
Y del sueño de la vida  
al de la muerte pasaron  
los que poco antes se holgaron  
sin temer aciago fin.

Las cautivas derramaban  
lágrimas de regocijo ;  
una al esposo, otra al hijo  
debió allí la libertad ;  
pero ellos tristes estaban,  
porque ni vivo ni muerto  
halló á Brián, en el desierto, •  
su valor y su lealtad.

*Quinta parte*

EL PAJONAL (1)

Así, huyendo á la ventura,  
ambos á pie divagaron  
por la lóbrega llanura,  
y al salir la luz del día  
á corto trecho se hallaron  
de un inmenso pajonal.  
Brián, debilitado, herido,  
á la fatiga rendido,  
la planta apenas movía ;  
su angustia era sin igual.  
Pero un angel, su querida,  
siempre á su lado velaba,  
y el espíritu y la vida,  
que su alma heróica anidaba  
la infundía, al parecer,  
con miradas cariñosas,  
voces del alma profundas  
que debieran ser eternas ;  
y aquellas palabras tiernas  
ó armonías misteriosas,  
que sólo manan fecundas  
del labio de la mujer.

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos, á la distancia, aparecen en la planicie como bosques: son los *oasis* de la Pampa.

Temerosos del salvaje  
acogiéronse al abrigo  
de aquel pajonal amigo,  
para de nuevo su viaje  
por la noche continuar ;  
descansar allí un momento,  
y refrigerio y sustento  
á la flaqueza buscar.

Era el adusto verano :  
ardiente el sol como fragua,  
en cenagoso pantano  
convertido había el agua  
allí estancada, y los peces,  
los animales inmundos  
que aquel bañado habitaban,  
muertos el aire infestaban,  
ó entre las impuras heces  
aparecían á veces  
boqueando moribundos,  
como del cielo implorando  
agua y aire : aquí se vía  
al voraz cuervo, tragando  
lo más asqueroso y vil :  
allí la blanca cigüeña  
el pescuezo corvo alzando,  
en su largo pico enseña  
el tronco de algún reptil ;  
más allá se ve el carancho,  
que jamás pieza desdeña,  
con pico en forma de gancho,  
de la espirante alimaña  
zajar la fétida entraña :  
y en aquel páramo yerto,  
donde á buscar como á puerto

refrigerio, van errantes  
Brián y María anhelantes,  
sólo divisan sus ojos,  
feos, inmundos despojos  
de la muerte. ¡Qué destino  
como el suyo miserable !  
Si en aquel instante vino,  
la memoria perdurable  
de la pasada ventura,  
á turbar su fantasía,  
¡cuán amarga les sería !  
¡cuán triste, yerma y oscura !

Pero con pecho animoso  
en el lodo pegajoso  
penetraron, ya cayendo,  
ya levantando, ó subiendo  
el pie flaco y dolorido ;  
y sobre un flotante nido  
de yajá, (columna bella,  
que entre la paja descuella,  
como edificio construido  
por mano hábil), se sentaron  
á descansar ó morir.  
Súbito allí desmayaron  
los espíritus vitales  
de Brián á tanto sufrir ;  
y en los brazos de María,  
que inmóvil permanecía,  
cayó muerto al parecer.  
¡Cómo palabras mortales  
pintar al vivo podrian  
el desaliento y angustias,  
ó las imágenes mustias  
que el alma atravesarian

de aquella infeliz mujer!  
Flor hermosa y delicada,  
perseguida y conculcada  
por cuantos males tiranos  
dió en herencia á los humanos  
inexorable poder.

Pero á cada golpe injusto  
retoñece más robusto  
de su noble alma el valor;  
y otra vez con paso fuerte,  
huella el fango dó la muerte  
disputa un resto de vida  
á indefensos animales;  
y rompiendo enfurecida  
los espesos matorrales,  
camina á un sordo rumor  
que oye próximo, y mirando  
el hondo cauce anchuroso  
de un arroyo que copioso  
entre la paja corría,  
se volvió atrás, exclamando  
arrobada de alegría:  
— ¡Gracias te doy, Dios supremo!  
Brián se salva, nada temo—

Pronto llega al alto nido  
donde yace su querido;  
sobre sus hombros le carga,  
y con vigor desmedido  
lleva, lleva á paso lento,  
al puerto de salvamento  
aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa  
el inmóvil cuerpo posa,  
y los labios, frente y cara

en el agua fresca y clara  
le embebe ; su aliento aspira,  
por ver si vivo respira,  
trémula su pecho toca ;  
y otra vez sienes y boca  
le empapa : en sus ojos vivos,  
y en su semblante animado,  
los matices fugitivos  
de la apasionada guerra  
que su corazón encierra,  
se muestran. Brián recobrado  
se mueve, incorpora, alienta,  
y débil mirada lenta  
clava en la hermosa María,  
diciéndola : — Amada mía,  
pensé no volver á verte,  
y que este sueño sería  
como el sueño de la muerte ;  
pero tú, siempre velando,  
mi vivir sustentas, cuando  
yo en nada puedo valerte  
sino doblar la amargura  
de tu extraña desventura.  
— Que vivas tan sólo quiero,  
porque si mueres, yo muero ;  
Brián mío, alienta, triunfamos ;  
en salvo y libres estamos ;  
no te aflijas. Bebe, bebe  
esta agua, cuyo frescor  
el extenuado vigor  
volverá á tu cuerpo en breve,  
y esperemos con valor  
de Dios el fin que imploramos.—  
Dijo así, y en la corriente



recoge agua, y diligente  
de sus miembros con esmero  
se aplica á lavar primero  
las dolorosas heridas,  
las hondas llagas henchidas  
de negra sangre cuajada,  
y á sus inflamados piés  
el lodo impuro ; y después  
con su mano delicada  
las venda. Brián silencioso  
sufre el dolor con firmeza ;  
pero siente á la flaqueza  
rendido el pecho animoso.

Ella entonces alimento  
corre á buscar ; y un momento,  
sin duda el cielo piadoso,  
de aquellos tiernos amantes,  
infortunados y errantes,  
quiso aliviar el tormento.

### *Sexta parte*

#### LA ESPERA

Triste, oscura, encapotada  
llegó la noche esperada,  
la noche que ser debiera  
su grata y fiel compañera ;  
y en el vasto pajonal  
permanecen inactivos  
los amantes fugitivos.  
Su astro, al parecer, declina,

como la luz vespertina  
entre sombra funeral.

Brián por el dolor vencido  
al margen yace tendido  
del arroyo; probó en vano  
el paso firme y lozano  
de su querida seguir;  
sus plantas desfallecieron,  
y sus heridas vertieron  
sangre otra vez. Sintió entonces  
como una mano de bronce  
por sus miembros discurrir.

María, espera á su lado,  
con corazón agitado,  
que amanecerá otra aurora  
más bella y consoladora;  
el amor le inspira fe  
en destino más propicio,  
y le oculta el precipicio  
cuya idea sólo pasma:  
el descarnado fantasma  
de la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,  
ciega pasión la fascina;  
mostrando á su alma el trofeo  
de su impetuoso deseo  
la dice: tú triunfarás.  
Ella infunde á su flaqueza  
constancia allí y fortaleza;  
ella su hambre, su fatiga  
y sus angustias mitiga,  
para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,  
¿qué sería? Frágil caña

que el más leve impulso quiebra,  
sér delicado, fina hebra,  
sensible y flaca mujer.  
Con él es ente divino  
que pone á raya el destino,  
angel poderoso y tierno  
á quién no haría el infierno  
vacilar ni estremecer.

De su querido no advierte  
el mortal abatimiento,  
ni cree se atreva la muerte  
á sofocar el aliento  
que hace vivir á los dos;  
porque de su llama intensa  
es la vida tan inmensa,  
que á la muerte vencería  
y en sí eficacia tendría  
para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,  
es religión arraigada  
en lo íntimo de la vida.  
Fuente inagotable henchida  
de esperanza; su anhelar  
no halla obstáculo invencible  
hasta conseguir victoria;  
si se estrella en lo imposible,  
gozoso vuela á la gloria  
su heróica palma á buscar.

María no desespera,  
porque su ahinco procura  
para lo que ama ventura,  
y al infortunio supera  
su imperiosa voluntad.  
— Mañana, — el grito constante

de su corazón amante  
la dice, — mañana el cielo  
hará cesar vuestro duelo,  
la nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto,  
camina en densa tiniebla,  
y en el abismo de espanto  
que aquellos páramos puebla,  
ambos perdidos se ven.  
Parda, rojiza, radiosa,  
una faja luminosa  
forma horizonte no lejos ;  
sus amarillos reflejos  
en lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,  
y que con el viento crece,  
se encrespa, aviva y derrama  
el resplandor y la llama  
en el mar de lobreguez.  
Aquel fuego colorado,  
en tinieblas engolfado,  
cuyo esplendor vaga horrendo,  
era trasunto estupendo  
de la inferna terriblez.

Brián, recostado en la yerba  
como ajeno de sentido,  
nada ve: ella un rüido  
oye; pero sólo observa  
la negra desolación,  
ó las sombrías visiones  
que engendran las turbaciones  
de su espíritu. ¡ Cuán larga  
aquella noche y amarga  
sería á su corazón!

Miró á su amante. Espantoso,  
un bramido cavernoso  
la hizo temblar, resonando:  
era el tigre que buscando  
pasto á su saña feroz  
en los densos matorrales,  
nuevos presagios fatales  
al infortunio traía.  
En silencio, echó María  
mano á su puñal veloz.

*Sétima parte*

LA QUEMAZÓN

El aire estaba inflamado,  
turbia la región suprema,  
envuelto el campo en vapor;  
rojo el sol, y coronado  
de parda oscura diadema,  
amarillo resplandor  
en la atmósfera esparcía;  
el bruto, el pájaro huía,  
y agua la tierra pedía  
sedienta y llena de ardor.

Soplando á veces el viento  
limpiaba los horizontes,  
y de la tierra brotar  
de humo rojo y ceniciento  
se veían como montes;  
y en la llanura ondear,  
formando espiras doradas,

como lenguas inflamadas,  
ó melenas encrespadas  
de ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas  
por la esfera dilataban,  
como cuando hay tempestad,  
sus negras alas inmensas ;  
y más, y más aumentaban  
el pavor y oscuridad.  
El cielo entenebrecido,  
el aire, el humo encendido,  
eran con el sordo ruido,  
signo de calamidad.

El pueblo de lejos  
contempla asombrado  
los turbios reflejos ;  
del día enlutado  
la ceñuda faz.

El humilde llora,  
el piadoso implora ;  
se turba y azora  
la malicia audaz.

Quién cree ser indicio  
fatal, estupendo  
del día del juicio,  
del día tremendo  
que anunciado está.

Quién piensa que al mundo,  
sumido en lo inmundo,  
el cielo iracundo  
pone á prueba ya.

Era la plaga que cría  
la devorante sequía  
para estrago y confusión .

De la chispa de una hoguera,  
que llevó el viento ligera,  
nació grande, cundió fiera  
la terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos  
relucen, chispean ;  
en rubios manojos  
sus crines ondean  
flameando también :  
la tierra gimiendo,  
los brutos rugiendo,  
los hombres huyendo,  
confusos la ven.

Sutil se difunde,  
camina, se mueve,  
penetra, se infunde ;  
cuanto toca, en breve  
reduce á tizón.

Ella era, y pastales,  
densos pajonales,  
cardos y animales  
ceniza, humo son.

Raudal vomitando,  
venia de llama,  
que hirviendo, silbando,  
se enrosca y derrama  
con velocidad.

Sentada María  
con su Brián la vía :  
—Dios miol—decía,—  
de nós ten piedad.—

Piedad María imploraba,  
y piedad necesitaba  
de potencia celestial,

Brián caminar no podía,  
y la quemazón cundía  
por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,  
como culebra serpeando,  
velozmente caminó;  
y agitando, desbocada,  
su crin de fuego erizada  
gigante cuérpo tomó.

Lodo, paja, restos viles  
de animales y reptiles  
quema el fuego vencedor,  
que el viento iracundo atiza;  
vuelan el humo y ceniza,  
y el inflamado vapor,

al lugar donde, pasmados,  
los cautivos desdichados,  
con despavoridos ojos,  
están, su hervidero oyendo,  
y las llamaradas viendo  
subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efugio,  
esperanza ni refugio;

¿dónde auxilio encontrarán?  
Postrado Brián yace inmoble  
como el orgulloso roble  
que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.  
Detrás arroyo profundo  
ancho se extiende, y delante,  
formidable y horroroso,  
alza la cresta furioso  
mar de fuego devorante.

— Huye presto, — Brián decía



con voz débil á María, —  
déjame solo morir ;  
este lugar es un horno :  
huye ¿ no miras en torno  
vapor cárdeno subir? —

Ella calla, ó le responde :  
— Dios, largo tiempo, no esconde  
su divina protección.

¿ Crees tú nos haya olvidado ?  
Salvar tu vida ha jurado  
ó morir, mi corazón. —

Pero del cielo era juicio  
que en tan horrendo suplicio  
no debían perecer ;  
y que otra vez de la muerte  
inexorable, amor fuerte  
triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora :  
de la pasión que atesora  
el espíritu inmortal  
brota, en su faz la belleza  
estampando y fortaleza  
de criatura celestial,

no sujeta á ley humana ;  
y como cosa liviana  
carga el cuerpo amortecido  
de su amante, y con él junto,  
sin cejar, se arroja al punto  
en el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente  
surca la mansa corriente  
con el tesoro de amor ;  
semejante á ondina bella  
su cuerpo airoso descuella,

y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,  
sobre sus hombros nevados  
suelos, reluciendo van ;  
boga con un brazo lenta,  
y con el otro sustenta  
á flor, el cuerpo de Brián.

Aran la corriente unidos  
como dos cisnes queridos,  
que huyen de águila crüel,  
cuya garra, siempre lista,  
desde la nube se alista  
á separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana  
en perseguirlos. Ufana  
en la orilla opuesta el pie  
pone María triunfante,  
y otra vez libre á su amante  
de horrenda agonía ve.

¡ Oh del amor maravilla !  
en sus bellos ojos brota  
del corazón, gota á gota,  
el tesoro sin mancilla,  
celeste, inefable unción ;  
sale en lágrimas deshecho,  
su heróico amor satisfecho,  
y su formidable cresta  
sacude, enrosca y enhiesta  
la terrible quemazón.

Calmó después el violento  
soplar del airado viento :  
el fuego á paso más lento  
surcó por el pajonal  
sin topar ningún escollo ;

y á la orilla del arroyo  
á morir al cabo vino,  
dejando, en su ancho camino,  
negra y profunda señal.

*Octava parte*

BRIÁN

Pasó aquél, llegó otro día  
triste, ardiente, y todavía  
desamparados como antes,  
á los míseros amantes  
encontró en el pajonal.  
Brián sobre pajizo lecho  
inmóvil está, y en su pecho  
arde fuego inextinguible;  
brota en su rostro visible  
abatimiento mortal.

Abrumados y rendidos  
sus ojos, como adormidos,  
la luz esquivan, ó absortos  
en los pálidos abortos  
de la conciencia, (legión  
que atribula al moribundo),  
verán formas de otro mundo;  
imágenes fugitivas,  
ó las claridades vivas, •  
de fantástica región.

Triste á su lado María  
revuelve en la fantasía  
mil contrarios pensamientos,

y horribles presentimientos  
la vienen allí á asaltar;  
espectros que engendra el alma,  
cuando el ciego desvarío  
de las pasiones se calma,  
y perdida en el vacío  
se recoge á meditar.

Allí, frágil navecilla  
en mar sin fondo ni orilla,  
do nunca rie bonanza  
se encuentra, sin esperanza  
de poder al fin surgir.

Allí vé su afán perdido  
por salvar á su querido;  
y cuán lejano y nubloso  
el horizonte radioso  
está de su porvenir.

¡Cuán largo, incierto camino  
la desdicha le previno!

¡cuán triste peregrinaje!  
Allí vé de aquel paraje  
la yerta inmovilidad.

Allí ya del desaliento  
sufre el pausado tormento,  
y abrumada de tristeza,  
al cabo á sentir empieza  
su abandono y soledad.

Echa la vista delante,  
y al aspecto de su amante  
desfallece su heroísmo;  
la vuelve, y hórrido abismo  
mira atónita detrás.

Allí apura la agonía  
del que vió cuando dormía

edén de ventura eterno,  
y al despertar, un infierno  
que no imaginó jamás.

En el empireo nublado  
flamea el sol colorado;  
y en la llanura domina  
la vaporosa calina,  
el bochorno abrasador.  
Brián sigue inmoble, y María  
en formar se entretenía  
de junco un denso tejido,  
que guardase á su querido  
de la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento  
que al levantarse ó moverse  
hace animal corpulento,  
crujir la paja y romperse  
de un cercano matorral.  
Miró ¡oh terror! y acercarse  
vió con movimiento tardo,  
y hacia ella encaminarse  
lamiéndose, un tigre pardo  
tinto en sangre: atroz señal.

Cobrando ánimo al instante  
se alzó María arrogante,  
en mano el puñal desnudo  
vivo el mirar, y un escudo  
formó de su cuerpo á Brián.  
Llegó la fiera inclemente;  
clavó en ella vista ardiente,  
y á compasión ya movida,  
ó fascinada y herida  
por sus ojos y ademán,  
recta prosiguió el camino,

y al arroyo cristalino  
se echó á nadar. ¡Oh amor tierno!  
de lo más frágil y eterno  
se formó tu hermoso sér.  
Siendo sólo afecto humano,  
chispa fugaz, tu grandeza,  
por impenetrable arcano,  
es celestial.—¡ Oh belleza!  
no se anida tu poder,  
    en tus lágrimas, ni enojos;  
sí en los sinceros arrojos  
de tu corazón amante.  
María en aquel instante  
se sobrepuso al terror,  
pero cayó sin sentido  
á conmoción tan violenta.  
Bella como angel dormido  
la infeliz estaba, exenta  
de tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía  
que marchitado no había  
la aridez de la congoja,  
que á lo más bello despoja,  
su frescura juvenil.  
¡Venturosa si más largo  
hubiera sido su sueño!  
Brián despierta del letargo:  
brilla matiz más risueño  
en su rostro varonil.

Se sienta... extático mira...  
como el que en vela delira,  
lleva la mano á su frente  
sudorífera y ardiente.  
¿Qué cosas su alma verá?

La luz noche le parece,  
tierra y cielo se oscurece,  
y rueda en un torbellino  
de nubes. — Este camino  
lleno de espinas está:

y la llanura, María,  
¿no ves cuán triste y sombría!  
¿Dónde vamos?— A la muerte.  
—Triunfó la enemiga suerte.—  
dice delirando Brián.

— ¡Cuán caro mi amor te cuesta!  
y mi confianza funesta,  
¡cuánta fatiga y ultrajes!  
• Pero pronto los salvajes  
su deslealtad pagarán.—

Cobra María el sentido  
al oír de su querido  
la voz, y en gozo nadando  
se incorpora, en él clavando  
su cariñosa mirada.

—Pensé dormías, — la dice, —  
y despertarte no quise;  
fuera mejor que durmieras  
y del bárbaro no oyeras  
la estrepitosa llegada.

¿Sabes? Sus manos lavaron,  
con infernal regocijo,  
en la sangre de mi hijo;  
mis valientes degollaron.  
Como el huracán pasó,  
desolación vomitando,  
su vigilante perfidia.

Obra es del inícuo bando...  
¡Qué dirá la torpe envidial

Ya mi gloria se eclipsó.

De paz con ellos estaba  
y en la villa descansaba...

Oye, no te fies, vela...

Lanza, caballo y espuela  
siempre lista has de tener...

Mira donde me han traído...

Atado estoy y ceñido;  
no me es dado levantarme,  
ni valerte ni vengarme,  
ni batallar ni vencer.

¡Venga, venga mi caballo!

¡Mi caballo por la vida!

¡Venga mi lanza fornida,  
que yo basto á ese tropel!...

Rodeado de picas me hallo...

¡Paso, canalla traidora!

Que mi lanza vengadora  
castigo os dará cruel!

¿No mirais la polvareda  
que del llano se levanta?

¿No sentís lejos la planta  
de los brutos retumbar?

La tribu es, huyendo leda,  
como carnicero lobo,  
con los despojos del robo,  
no de intrépido lidiar.

Mirad ardiendo la villa,  
y degollados dormidos  
nuestros hermanos queridos  
por la mano del infiel.

¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!

¡Venga mi lanza ligero!

Mi caballo parejero



dará alcance á ese tropel. —

Se alzó Brián enajenado,  
y su bigote erizado  
se mueve; chispean rojos,  
como centellas, sus ojos  
que hace el entusiasmo arder;  
el rostro y talante fiero,  
do resalta con viveza  
el valor y la nobleza,  
la majestad del guerrero  
acostumbrado á vencer.

Pero al punto desfallece.  
Ella atónita enmudece:  
no halla voz su sentimiento;  
en tan solemne momento  
flaquea su corazón.

El sol pálido declina:  
en la cercana colina  
triscan las gamas y ciervos,  
y de caranchos y cuervos  
grazna la impura legión,

de cadáveres avara,  
cual si muerte presagiara.  
Así la caterva estulta,  
vil el heroísmo insulta,  
que triunfante veneró.

María tiembla. Él alzando  
la vista al cielo, y tomando  
con sus manos casi heladas  
las de su amiga adoradas,  
á su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:  
— Oye: de Dios es arcano,  
que más tarde ó más temprano

todos debemos morir.  
Insensato el que maldice  
la ley que á todos iguala:  
hoy el término señala  
á mi robusto vivir.

Resígnate; bien venida  
siempre, mi amor, fué la muerte  
para el bravo, para el fuerte,  
que á la patria y al honor  
joven consagró su vida.  
¿Qué es ella? Una chispa, nada,  
con ese sol comparada,  
raudal vivo de esplendor.

La mia brilló un momento,  
pero á la patria sirviera;  
también mi sangre corriera  
por su gloria y libertad.  
Lo que me da sentimiento  
es que de ti me separo,  
dejándote sin amparo  
aquí en esta soledad.

Otro premio merecía  
tu amor y espíritu brioso,  
y galardón mas precioso  
te destinaba mi fe.  
Pero ¡ay Dios! la suerte mia  
de otro modo se eslabona;  
hoy me arrancan la corona  
que insensato ambicioné.

¡Si al menos la azul bandera  
sombra á mi cabeza diese!  
ó antes por la patria fuese  
aclamado vencedor!  
¡Oh destino! ¡quién pudiera

morir en la lid, oyendo  
el alarido y estruendo,  
la trompeta y atambor !

Tal gloria no he conseguido,  
mis enemigos triunfaron;  
pero mi orgullo no ajaron  
los favores del poder.  
¡ Qué importa ! mi brazo ha sido  
terror del salvaje fiero:  
los Andes vieron mi acero  
con honor resplandecer.

¡ Oh estrépito de las armas !  
¡ Oh embriaguez de la victoria !  
¡ Oh campos, soñada gloria !  
¡ Oh lances del combatir !  
Inesperadas alarmas,  
patria, honor, objetos caros,  
ya no volveré á gozaros;  
joven yo debo morir.

Hoy es el aniversario  
de mi primera batalla,  
y en torno á mí todo calla . . .  
Guarda en tu pecho mi amor,  
nadie llegue á tu santuario . . .  
Aves de presa parecen.  
Ya mis ojos se oscurecen;  
pero allí baja un condór,  
y huye el enjambre insolente.  
Adios, en vano te aflijo . . .  
Vive, vive para tu hijo.  
Dios te impone ese deber.  
Sigue, sigue al occidente  
en trabajosa jornada.  
Adios, en otra morada

nos volveremos á ver.

Calló Brián, y en su querida,  
clavó mirada tan bella,  
tan profunda y dolorida,  
que toda el alma por ella  
al parecer exhaló.  
El crepúsculo esparcía  
en el desierto luz mustia.  
Del corazón de María,  
el desaliento y angustia,  
sólo el cielo penetró.

*Novena parte*

MARÍA

¿Qué hará María? En la tierra  
ya no se arraiga su vida:  
¿Dónde irá? Su pecho encierra  
tan honda y vivaz herida,  
tanta congoja y pasión,  
que para ella es infecundo  
todo consuelo del mundo;  
burla horrible, su contento;  
su compasión, un tormento;  
su sonrisa, una irrisión;  
¿Qué le importan sus placeres,  
su bullicio y vanagloria,  
si ella, entre todos los séres,  
como desechada escoria,  
lejos, olvidada está?  
¿En qué corazón humano,

en qué límite del orbe,  
el tesoro soberano;  
que sus potencias absorbe,  
ya perdido encontrará ?

Nace del sol la luz pura,  
y una fresca sepultura  
encuentra ; lecho postrero,  
que al cadáver del guerrero  
preparó el más tierno amor.  
Sobre ella hincada Maria,  
muda, como estatua fria,  
inclinada la cabeza,  
semejaba á la tristeza  
embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos  
caen por los hombros tendidos,  
y sombrean de su frente,  
su cuello y rostro inocente,  
la nevada palidez.  
No suspira allí, ni llora ;  
pero como ángel que implora,  
para miserias del suelo  
una mirada del cielo,  
hace esta sencilla prez :

— Ya en la tierra no existe  
el poderoso brazo,  
donde hallaba regazo  
mi enamorada sien :  
tú ¡oh Dios! no permitiSte  
que mi amor lo salvase,  
quisiste que volase  
donde florece el bien.

Abre, Señor, á su alma

tu seno regalado,  
del bienaventurado  
reciba el galardón :  
encuentre allí la calma,  
encuentre allí la dicha,  
que busca en su desdicha,  
mi viudo corazón. —

Dice : un punto su sentido  
queda como sumergido.  
Echa la postrer mirada  
sobre la tumba callada  
donde toda su alma está.  
Mirada llena de vida ;  
pero lánguida, abatida  
como la última vislumbre  
de la agonizante lumbre  
falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla ;  
y tomando por la orilla  
del arroyo hacia el ocaso,  
con indiferente paso  
se encamina al parecer.  
Pronto sale de aquel monte  
de paja, y mira adelante  
ilimitado horizonte,  
llanura y cielo brillante,  
desierto y campo doquier.  
¡ Oh noche ! ¡ oh fúlgida estrella,  
luna solitaria y bella,  
sed benignas ! El indicio  
de vuestro influjo propicio  
siquiera una vez mostrad.  
Bochornos, cálidos vientos,

inconstantes elementos,  
preñados de temporales,  
apiadaos ; fieras fatales,  
su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos  
de los míseros humanos  
está el oculto destino,  
siquiera un rayo divino  
haz á su esperanza ver.  
Vacilar, de alma sencilla,  
que resignada se humilla,  
no hagas la fe acrisolada ;  
susténtala en su jornada,  
no la dejes perecer.

Adios, pajonal funesto,  
adios, pajonal amigo.  
Se vá ella sola. ¡ Cuán presto  
de su júbilo, testigo,  
de su luto fuiste ¡oh Dios!  
El sol y la llama impía  
marchitaron tu ufanía ;  
pero hoy tumba de un soldado  
eres y asilo sagrado :  
pajonal glorioso, adios!

Gózate ; ya no se anidan  
en tí las aves parleras,  
ni tu agua y sombra convidan.  
sólo á los brutos y fieras :  
soberbio debes estar.  
El valor y la hermosura,  
ligados por la ternura,  
en tí hallaron refrigerio ;  
de su infortunio el misterio  
tú sólo puedes contar.

Gózate ; votos ni ardores  
de felices amadores  
tu esquividad no turbaron ;  
sino voces que confiaron  
á tu silencio su mal.  
En la noche tenebrosa,  
con los ásperos graznidos  
de la legión ominosa,  
oirás ayes y gemidos :  
adios, triste pajonal.

De tí María se aleja,  
y en tus soledades deja  
toda su alma ; agradecido  
el depósito querido  
guarda y conserva ; quizá  
mano generosa y pía  
venga á pedírtelo un día :  
quizá la viva palabra  
un monumento le labra  
que el tiempo respetará—

Día y noche ella camina :  
y la estrella matutina  
caminando solitaria,  
sin articular plegaria,  
sin descansar ni dormir  
la vé. En su planta desnuda  
brota la sangre y chorrea ;  
pero toda ella, sin duda,  
va absorta en la única idea  
que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.  
Su garganta es viva fragua,  
un volcán su pensamiento ;  
pero mar de hielo y agua



refrigerio inútil es  
para el incendio que abriga ;  
insensible á la fatiga,  
á cuanto ve indiferente,  
como mísera demente  
mueve sus heridos piés  
por el desierto. Adormida  
está su orgánica vida ;  
pero la vida de su alma  
fomenta en sí aquella calma  
que sigue á la tempestad,  
cuando el ánimo cansado  
del afán violento y duro,  
al parecer resignado,  
se abisma en el fondo oscuro  
de su propia soledad.

Tremebundo precipicio,  
fiebre lenta y devorante,  
último efugio, suplicio  
del infierno, semejante  
á la postrer convulsión  
de la víctima en tormento :  
trance que si dura un día  
anonada el pensamiento,  
encanece, ó deja fría  
la sangre en el corazón.

Dos soles pasan ¿ Adónde  
tu poder ¡ oh Dios ! se esconde ?  
¿ Está por ventura exhausto ?  
¿ Más dolor en holocausto  
pide á una flaca mujer ?  
No ; de la quieta llanura  
ya se remonta á la altura  
gritando el yajá. — Camina,

oye la voz peregrina  
que te viene á socorrer.

¡ Oh ave de la Pampa hermosa,  
cómo te meces ufana !

Reina, si, reina orgullosa  
eres, pero no tirana  
como el águila fatal :  
tuyo es también del espacio  
el transparente palacio :  
si ella en las rocas se anida,  
tú en la esquivez escondida  
de algun vasto pajonal.

De la víctima el gemido,  
el huracán y el tronido  
ella busca, y deleite halla  
en los campos de batalla :  
pero tú la tempestad,  
día y noche vigilante,  
anuncias al gaucho errante ;  
tu grito es de buen presagio,  
al que asechanza ó naufragio  
teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera  
la voz del ave agorera,  
oye, María, infelice .

— ¡ Alerta, alerta ! — te dice  
— Aquí está tu salvación. —

¿ No la ves cómo en el aire  
balancea con donaire  
su cuerpo albo-ceniciento ?  
¿ No escuchas su ronco acento ?  
Corre á calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,  
ni el feliz reclamo escucha ;

y caminando va á prisa :  
el demonio con que lucha .  
la turba, impele y amaga.  
Turbios, confusos y rojos  
se presentan á sus ojos  
cielo, espacio, sol, verdura,  
quieta, insondable llanura  
donde sin brújula vaga.

Mas, ah! que en vivos corceles  
un grupo de hombres armados  
se acerca. ¿ Serán infieles,  
enemigos ? No: soldados  
son del desdichado Brián.  
Llegan, su vista se pasma ;  
ya no es la mujer hermosa,  
sino pálido fantasma ;  
mas reconocen la esposa  
de su fuerte capitán.

Creíanla cautiva ó muerta ;  
grande fué su regocijo.  
Ella los mira y despierta.  
— ¿ No sabeis que es de mi hijo ? —  
con toda el alma exclamó.  
Tristes mirando á María  
todos el labio sellaron ;  
mas luego una voz impía :  
— Los indios lo degollaron —  
roncamente articuló.

Y al oír tan crudo acento,  
cual se quiebra seco tallo  
al menor soplo de viento,  
ó como herida del rayo,  
cayó exánime á sus piés.  
Al verla caer, turbados,

los animosos soldados  
una lágrima vertieron,  
y en torno á su cuerpo hicieron  
mudo círculo después.

Aquella trama formada  
de la hebra más delicada,  
cuyo espíritu robusto  
lo más acerbo é injusto  
de la adversidad probó,  
un soplo débil deshizo :  
Dios para amar, sin duda, hizo  
un corazón tan sensible ;  
palpitar le fué imposible  
cuando á quien amar no halló.

Murió María. ¡ Oh voz fiera !  
¡cuál entraña te abortara !  
Mover al tigre pudiera  
su vista sola ; y no hallara  
en tí alguna compasión,  
tanta miseria y conflicto,  
ni aquel su materno grito ;  
y como flecha saliste,  
y en lo más profundo heriste  
su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones  
de un mar de tribulaciones  
ella arrostró ; y la agonía  
saboreó su fantasía,  
y el punzante frenesí  
de la esperanza insaciable,  
que en pos de un deseo vuela ;  
no alcanza el blanco inefable,  
se irrita en vano y desvela ;  
vuelve á devorarse á sí.

Una á una, todas bellas,  
sus ilusiones volaron,  
y sus deseos con ellas ;  
sola y triste la dejaron  
sufrir hasta enloquecer.

Quedaba á su desventura  
un amor, una esperanza,  
un astro en la noche oscura,  
un destello de bonanza,  
un corazón que querer,

una voz cuya armonía  
adormecerla podría ;  
á su llorar un testigo,  
á su miseria un abrigo,  
á sus ojos qué mirar.

Quedaba á su amor desnudo  
un hijo, un vástago tierno ;  
encontrarlo aquí no pudo,  
y su alma al regazo eterno  
lo fué volando á buscar.

Murió ; por siempre cerrados  
están sus ojos cansados  
de errar por llanura y cielo,  
de sufrir tanto desvelo,  
de afanar sin conseguir.

El atractivo está yerto  
de su mirar : ya el desierto,  
su último asilo, los rastros  
de tan hechiceros astros  
no verá otra vez lucir.

Pero de ella áun hay vestigio.  
¿ No veis el raro prodigio ?  
Sobre su cándida frente  
aparece nuevamente

un prestigio encantador.  
Su boca y tersa mejilla  
rosada, entre nieve brilla,  
y revive en su semblante  
la frescura rozagante  
que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,  
y estampó en su rostro hermoso  
aquel inefable hechizo,  
inalterable reposo,  
y sonrisa angelical,  
que destellan las facciones  
de una virgen en su lecho,  
cuando las tristes pasiones  
no han ajado de su pecho  
la pura flor virginal.

Entonces el que la viera,  
dormida ¡oh Dios! la creyera ;  
deleitándose en el sueño  
con memorias de su dueño,  
llenas de felicidad :  
soñando en la alba lucida  
del banquete de la vida  
que sonríe á su amor puro :  
mas ¡ay! que en el seno oscuro  
duerme de la eternidad.

#### EPÍLOGO

¡ Oh María! Tu heroísmo  
tu varonil fortaleza,  
tu juventud y belleza

merecieran fin mejor.  
Ciegos de amor, el abismo  
fatal tus ojos no vieron,  
y sin vacilar se hundieron  
en él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía  
salvar quisiste á tu amante,  
y lo viste delirante  
en el desierto morir.

¡ Cuál tu congoja sería !  
¡ Cuál tu dolor y amargura !  
Y no hubo humana criatura  
que te ayudara á sentir.

Se malogró tu esperanza,  
y cuando sola te viste,  
también misera caíste,  
como árbol cuya raiz  
en la tierra ya no afianza  
su pompa y florido ornato :  
nada supo el mundo ingrato  
de tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta  
como diamante en la mina.  
La belleza peregrina  
de tu noble alma quedó.  
El desierto la sepulta,  
tumba sublime y grandiosa,  
do el héroe también reposa :  
que la gozó y admiró.

El destino de tu vida  
fué amar, amor tu defirio,  
amor causó tu martirio,  
te dió sobrehumano sér ;  
y amor en edad florida,

sofocó la pasión tierna,  
que omnipotencia de eterna  
trajo consigo al nacer.

Pero no triunfa el olvido,  
de amor, ¡oh bella María!  
que la virgen poesía  
corona te forma ya  
de ciprés entretejido  
con flores que nunca mueren;  
y que admiren y veneren  
tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,  
inhospitable morada,  
que no siempre sosegada  
mira el astro de la luz ;  
descollando en una altura,  
entre agreste flor y yerba,  
hoy el caminante observa  
una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre  
la copa extensa y tupida  
de un ombú (1), donde se anida  
la altiva águila real ;  
y la varia muchedumbre  
de aves que cria el desierto,  
se pone en ella á cubierto  
del frío y sol estival.

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras, como la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre; pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.



Nadie sabe cuya mano  
plantó aquel árbol benigno,  
ni quién á su sombra el signo  
puso de la redención.

Cuando el cautivo cristiano  
se acerca á aquellos lugares,  
recordando sus hogares  
se postra á hacer oración.

Fama es que la tribu errante,  
si hasta allí llega embebida  
en la caza apetecida  
de la gama y avestruz,  
al ver del ombú gigante  
la verdosa cabellera,  
suelta al potro la carrera  
gritando: — ¡Allí está la cruz. !—

Y revuelve atrás la vista,  
como quien huye aterrado,  
creyendo se alza el airado,  
terrible espectro de Brián.  
Pálido el indio exorcista  
el fatídico árbol nombra.  
Ni á hollar se atreven su sombra  
los que de camino van.

También el vulgo asombrado  
cuenta, que en la noche oscura  
suelen en aquella altura  
dos *lucos* aparecer ;  
que salen y habiendo errado  
por el desierto tranquilo,  
juntas á su triste asilo  
vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes  
serán del páramo aéreo,

quizá espíritus, ¡misterio!  
Visiones del alma son.  
Quizá los sueños brillantes  
de la inquieta fantasía,  
forman coro en la armonía  
de la invisible creación.

---

## TUCUMÁN

*(Fragmento del poema AVELLANEDA)*

¿Conocéis esa tierra bendecida  
por la fecunda mano del Creador,  
de cuyo virgen seno sin medida,  
fluye, como el aroma de la flor,  
la balsámica esencia de la vida?

Tierra de los naranjos y las flores,  
de las selvas y pájaros cantores,  
que el Inca poseyera, hermosa joya  
de su corona regia, donde crece  
el camote y la rica chirimoya,  
y el naranjero sin cesar florece.

Donde el sacro laurel, ambicionado  
galardón del poeta y del soldado,  
al rayo desafía entre la nube  
á par del cedro que gallardo sube,  
y el pacará, que al viajador asombra,  
cien jinetes cobija con su sombra,

Donde el zorzal y la calandria, artistas  
de ingénuu inspiración, en el verano,  
cuando reina sin par melancolía  
en las selvas, el premio soberano  
se disputan del canto y la armonía.

Las casas son verjeles  
donde habitó la paz y la abundancia  
en tiempos más felices, cuando fieles  
á la costumbre y fe de sus mayores,  
ó avenidos tal vez con su ignorancia,  
vivían sus tranquilos moradores.  
Peço hoy ya no es así; de esos hogares  
la paz huyó ante la civil contienda,  
y quedaron el llanto y los pesares,  
de las pasiones dolorosa ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,  
ni por bosquejo alguno conocerla  
de pluma ó de pincel! Cuando el invierno.  
con el soplo glacial de sus montañas  
viene el raudal eterno  
de vida á amortiguar en sus entrañas,  
una virgen parece adormecida  
sobre lecho de rosas,  
con las galas de ayer en torno suyo,  
medio marchitas ya, pero olorosas.

Duerme y no duerme, sueña;  
oye soñando el plácido murmullo  
del festín y la danza, el alborozo  
del expansivo gozo,  
y el recuerdo de todo en la sonrisa  
de su plácido rostro se diseña,  
como si el fresco animador volviera  
á respirar de perfumada brisa.

Después la primavera

con su templado sol y sus rumores,  
su concierto de pájaros cantores,  
á electrizar sus miembros adormidos  
llega, y bañar en lumbre sus sentidos;  
y la virgen despierta  
de su sueño fugaz y se levanta,  
radiante de alegría y de frescura,  
de gracia y de hermosura;  
y á engalanar empieza  
con corona de mirtos y arrayanes  
su espléndida cabeza,  
y su seno con ramos de mil flores  
de distintos matices y colores,  
y á perfumarse con esencias puras,  
derramando por montes y llanuras  
de su eterna beldad los resplandores;  
hasta que el sol de la estación ardiente  
subir hace á su frente  
todo el intenso ardor; toda la vida  
que entre su seno inmaculado anida,  
revistiendo de pompa y de grandeza  
su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,  
engendra en sus entrañas virginales  
cuanto apetece y necesita el hombre  
para vivir feliz: en animales,  
en frutas y productos tropicales,  
en colosal vegetación. En vano  
el adusto verano  
la quema con su sol; el Aconquiya,  
que entre las nubes fija  
la nevada cerviz, de sus raudales  
el tesoro derrama, y la fecunda,  
la baña con sus frígidos alientos,

y sus campos sedientos  
de fresca lluvia y de vigor inunda.

¡Cuán bella entonces es! Al pensamiento  
¡cuánto inspira de luz y arrobamiento!  
¡cuánto de eterna nutrición le ofrecé!  
La mirada de Dios bañar parece  
sus campiñas y claros horizontes,  
y transformar con su inefable hechizo  
sus selvas y sus montes  
en otro Paraíso!

---

\*  
\*  
.

*(Fragmento de EL ANGEL CAIDO)*

Sentir, amar, mirarte extático de gozo,  
tan solo sé, ángel mío, cuando á tu lado estoy:  
cautivo permanece mi espíritu del tuyo,  
dichoso como nadie cuando te escucho soy.

No sé qué lumbré brota de tu pupila negra,  
no sé qué magia tienes para hechizarme así;  
no sé por qué á tu vista mi corazón se alegra,  
y en sentimiento puro reboza junto á ti.

Quisiera ser el ángel de los deliquios tiernos  
para inspirarte imágenes purísimas de amor,  
para alejar de tu alma presentimientos tristes  
y hablarte á todas horas de dicha sin dolor.

Quisiera ser el aura nocturna del estío,

para vagar serena en deredor de tí,  
y regalarte aromas, y refrescar tu frente  
besando con mi aliento tus labios de rubí.

Quisiera ser la lumbre que tu pupila baña,  
para tener en ella mi permanente hogar,  
quisiera ser el aire vital que tú respiras  
para en tu pecho y venas incorporado estar.

Pero ¡ah! no soy el ángel, ni el aura, ni la lumbre,  
ni la mundana pompa me pertenece á mí;  
más tengo de ternura raudal inagotable  
tesoro de armonías guardado para tí.

---

## LA AUSENCIA

Fuése el hechizo  
del alma mía,  
y mi alegría  
se fué también:  
en un instante  
todo he perdido.  
¿Dónde te has ido  
mi amado bien?

Cubrióse todo  
de oscuro velo,  
el bello cielo  
que me alumbró;  
y el astro hermoso  
de mi destino,

en su camino  
se oscureció.

Perdió su hechizo  
la melodía,  
que apetecía  
mi corazón.  
Fúnebre canto  
sólo serena  
la esquivá pena  
de mi pasión.

Do quiera llevo  
mis tristes ojos,  
hallo despojos  
del dulce amor;

do quier vestigios	sol halagüeño
dé fugaz gloria,	me alumbrará:
cuya memoria	vuelve; tu vista,
me da dolor.	que todo alegría,
Vuelve á mis brazos,	mi noche negra
querido dueño:	disipará.

---

## HIMNO AL DOLOR

Devora, fiera insaciable,  
mónstruo, ó demonio execrable,  
que avasallas la creación;  
devora, como lo has hecho,  
si no te hallas satisfecho,  
con furor aún maş deshecho  
mi robusto corazón.

Cebe, cebe en mis entrañas  
con más rencorosas sañas  
tu furia el diente voraz;  
y en ellas continuo asida,  
como el cáncer á la herida,  
lo que me resta de vida  
cónsuma en su afán tenaz.

Roe, roe. Tu constancia  
no abatirá mi arrogancia,  
ni mi orgullo tu furor.  
Nada, nada desconhorta  
un corazón que conforta

alma grande, á quien importa  
poco, placer, mundo, amor.

Roe, roe, y en mi seno  
tu mortífero veneno  
derrama: no he de gemir;  
y cual Jacob, sin testigo  
contra el ángel enemigo,  
lucharé firme contigo  
hasta vencer ó morir.

No temas, no, que me espante  
tu fuerza y poder gigante,  
aunque frágil caña soy.  
Mi alma es símil á la roca  
cuya frente al cielo toca,  
y la tempestad provoca,  
siendo mañana lo que hoy.

Hollada la sierpe, vibra  
su dardo, hierre y se libra  
del villano pie veloz;  
ó sobre el tigre, enroscando  
su flexible cuerpo blando,  
lucha incansable, burlando  
su instinto y saña feroz.

Devora. Tu fiero brío  
yo provoco y desafío  
armado de mi razón;  
yo, masa de vil arcilla,  
yo, flor que un soplo amancilla,  
trama débil y sencilla,  
despojo de la creación;  
yo, miserable gusano,  
luz que alienta efluvio vano,  
insecto, chispa mortal;  
yo, menos que un ente aéreo



yo, esclavo vil de tu imperio,  
yo, polvo, nada, misterio...  
nacido en hora fatal;

yo te provoco. Descarga  
sobre mí con mano larga  
tus iras: yo callaré;  
y sellando como el sabio  
á toda queja mi labio,  
cual firme monte á tu agravio  
inmóvil siempre estaré.

Yo te provoco. Dios eres,  
Dios terrible que á los séres  
impones tu dura ley;  
Dios que su furia sedienta  
con gemidos alimenta,  
como el oso su cruenta  
zarpa en indefensa grey;

Dios inexorable y fuerte  
que divides con la muerte  
el vasto imperio del mal;  
desde que el hombre perverso,  
en oscuro día adverso  
fué lanzado al universo  
del crimen con la señal.

Yo te provoco. Al infierno  
pide su penar eterno,  
su angustia y noche sin fin;  
su exquisito sentimiento,  
el vivaz remordimiento,  
la congoja y el tormento  
del soberbio serafin.

Pídele con sus delirios  
sus indecibles martirios,  
el hielo y llama voraz;

la sed, la rabia y despechos  
de los más precitos pechos;  
y aquellos marmóreos lechos  
do no hay sueño ni solaz.

Pide también á la tierra  
cuántos dolores encierra,  
cuánto há y debe padecer;  
y sobre mí con violencia  
lanza toda su inclemencia,  
que de mí alma la excelencia  
no se dejará vencer.

Yo te provocho. Cuatro años  
los tormentos más extraños  
probaste iracundo en mí;  
agostando de mi vida,  
de mi juventud florida,  
la fuente excelsa, que henchida  
de un mundo de glorias ví.

Yo te provocho. Cuatro años  
de mil y mil desengaños  
me hiciste apurar la hiel;  
y en un páramo desierto,  
do todo era negro y yerto,  
me dejaste al descubierto  
presa de borrasca cruel.

Yo te provocho. Tu mano  
de mis fatigas temprano  
la copiosa mies segó,  
dejándome los abrojos,  
para doblar mis enojos,  
y el recuerdo y los despojos  
de un tiempo feliz que huyó.

Yo te provocho. ¿Qué males,  
que ansias ó penas fatales

me podrán sobrevenir,  
que no haya firme sufrido?  
¿Qué pasión no habré sentido?  
¿Qué idea no habré podido  
grande ó noble concebir?

    Mi espíritu en su carrera  
ha recorrido la esfera  
de lo terrestre y lo ideal;  
visto su forma desnuda,  
y sondado sin ayuda  
los abismos de la duda,  
del bien, la vida y el mal.

    Cuando los otros, insanos,  
á pasatiempos livianos  
el juvenil brío dan;  
y en el labio la sonrisa  
con inquietud indecisa,  
flores de la vida á prisa  
deshojando torpes van;

    mi corazón de tormentas  
desatadas y violentas  
sufrido había el rigor;  
y laso en un solo día,  
muerto al placer y alegría,  
dicho, en su congoja había,  
adios eterno al amor.

    En la edad en que sin tino  
del error por el camino  
mueve tropezando el pie  
la turba insana, y apura,  
sumida en tiniebla oscura,  
del placer la copa impura  
que vacía siempre vé;  
    ya mi espíritu ambicioso

para su ardor generoso  
buscaba un nuevo manjar;  
y en sus vuelos soberanos,  
libre de lazos mundanos,  
de la creación los arcanos  
osaba altivo indagar.

Como en un espejo terso,  
reflejaba el universo  
sus maravillas en él:  
nada, nada se encubría  
á la inteligencia mía,  
y mi ardiente fantasía  
era un mágico pincel.

Gloria, gloria era el acento  
que en el cielo, tierra y viento  
yo escuchaba resonar;  
gloria mi pecho exhalaba,  
gloria durmiendo soñaba,  
y su fantasma miraba  
doquier como astró brillar.

Ella me llevara ufano  
á contemplar del Oceano  
el tempestuoso furor;  
ella entre cultas naciones  
á buscar dignas lecciones  
de graves meditaciones;  
nuevo alimento á mi ardor.

¿Dónde se fué tanto sueño,  
porvenir tan halagüeño,  
tanta sublime pasión?  
¡Dolor impío! Triunfante  
tu brazo asoló pujante,  
el edificio gigante  
que labrara mi ambición.

Tú agotando, poco á poco,  
has ido el ardienté foco  
de luz que mi alma abrigó,  
y con tu soplo de muerte  
convirtiendo en masa inerte  
una edad joven y fuerte,  
que mil frutos prometió.

¿Qué esperanza me has dejado?

¿Qué idea no has sofocado  
en mi espíritu al nacer?

¿Qué pasión ó sentimiento  
no me has trocado en tormento?

¿Qué amor ó contentamiento  
en hastio ó desplacer?

¿Qué ilusión ó dulce engaño  
en funesto desengaño?

¿Qué dicha en triste pesar?

¿De qué angustia no has cercado  
mi corazón desolado?

¿Qué lágrimas no has helado  
en mis ojos al brotar?

Nobles y grandes pasiones,  
pensamientos y visiones  
sublimes, gran porvenir;  
estudios, vigiliass largas,  
siempre fastidiosas cargas  
para débil cuerpo, amargas  
horas de oscuro vivir  
y de frío desaliento...

Todo, todo en un momento  
¡oh inescrutable Dolor!  
para mí estéril ha sido,  
grano en el agua esparcido;  
y en fuente lo has convertido

de despecho y amargor.

¿Qué aflicción ó desventura  
podrá parecerme dura?

¿Qué puedes robarme ya?

¿Qué placer del mundo activo  
puede tener atractivo

para mi pesar esquivo?

¿Qué llenar mi alma podrá?

Vén, vén ¡oh Dolor terrible!

De tu poder invisible

haz un nuevo ensayo en mí;

verás que un alma arrogante

es como el duro diamante,

que siempre brilla flamante,

sin admitir mancha en sí.

Vén, ¡oh Dolor! en silencio;

vén, pues ya te reverencio

como á genio bienhechor,

que mueve influjo divino;

no cuál numen que previno

inexorable destino

para venganza y terror.

Como animando la tierra

el aire impuro destierra

con su ardiente rayo el sol;

así tú ¡oh Dolor fecundo!

lacerando el cuerpo inmundo,

que se hace reptil al mundo,

eres del alma el crisol.

Tu intensa llama le aplicas,

la limpias y purificas

de la escoria material;

sublimando la excelencia

de su peregrina esencia,

hasta darle una potencia  
divina, excelsa, inmortal.

Tú pruebas su fortaleza,  
su constancia y su grandeza  
en el yunque del sufrir;  
el triunfo glorificando  
del que contigo luchando  
sufre y calla, sofocando  
de sus huesos el gemir.

Sin tu influjo, el hombre henchido  
de vanidad, sumergido  
yace en el mar del placer;  
y cree en su delirio ufano,  
cuando se arrastra gusano,  
tierra y cielo soberano  
sujetar á su poder.

Vén, que tal vez atesora  
alguna fibra sonora  
mi pecho aún lleno de ardor;  
que á tu inhumana porfía  
exhalará una armonía  
capaz de darme alegría  
y de vencerte ¡oh Dolor!

Vén luego, que un alma noble  
firme, incontrastable, inmoble,  
es contra la adversidad,  
como el Oceano, sublime,  
que de ley común se exime,  
y en cuya frente no imprime  
mancilla el tiempo, ni edad.

## LA DIAMELA

Dióme un día una bella porteña,  
que en mi senda pusiera el destino,  
una flor cuyo aroma divino  
llena el alma de dulce embriaguez;  
me la dió con sonrisa halagüeña,  
matizada de puros sonrojos,  
y bajando hechicera los ojos,  
incapaces de engaño y doblez.

En silencio y absorto toméla  
como don misterioso del cielo  
que algún ángel de amor y consuelo  
me viniese, en mi sueño, á ofrecer;  
en mi seno inflamado guardéla,  
con el suyo mézclando mi aliento,  
y un hechizo amoroso al momento  
yo sentí por mis venas correr.

Desde entonces, do quiera que miro  
allí está la diamela olorosa,  
y á su lado una imagen hermosa  
cuya frente respira candor;  
desde entonces por ella suspiro,  
rindo el pecho inconstante á su halago,  
con su aroma inefable me embriago,  
á ella solo consagro mi amor.

---



## À JUAN CRUZ VARELA

### *Muerto en la expatriación*

Pobre al fin, desterrado  
de su patria querida,  
el poeta argentino  
dijo adiós á la lira,  
dijo adiós al vivir.  
¡ Triste destino el suyo !  
En diez años, un día  
no respirar las auras  
de la natal orilla ;  
no verla ni al morir !!

Pero esto no bastaba.  
Al volver al asilo,  
de donde moribundo,  
satélites vendidos  
al tirano feroz,  
lo arrojan á que busque  
en el mar un abrigo ;  
al abrazar su madre,  
su esposa y tiernos hijos,  
les da el último adiós.

Cuando anhelante mira  
su espíritu agitado  
alborear victorioso  
el nuevo sol de Mayo,  
el sol de Libertad ;  
cuando otra vez la pluma  
temible á los tiranos  
toma en pro de la Patria  
y de sus fueros sacros,

pasa á la eternidad ;  
¡ oh Dios ! ¡ cuánta amargura  
á su agonía lenta !  
¡ ver vana la esperanza  
que su alma de poeta  
tanto tiempo abrigó !  
¡ no ver su patria libre,  
después que á defenderla,  
ilustrarla y servirla,  
su juvenil riqueza,  
su ingenio consagró !

Verla en las manos viles  
de viles opresores,  
siendo escarnio y vergüenza  
de las cultas naciones,  
sin poderla valer ;  
ultraje sobre ultraje  
de enemigos innobles  
sufrir en el destierro,  
y devorar baldones  
de infames con poder !

Mendigar, por patriota,  
el pan del extranjero,  
tan duro y tan amargo  
á los altivos pechos,  
¡ oh digno galardón !  
Partirlo con sus hijos,  
y con su esposa, lleno  
de esas lágrimas tristes,  
que como plomo hirviendo  
brotan del corazón.

Tolerar la arrogancia  
de la mezquina turba,  
insectos miserables

que en torno al león susurran  
cuando en hierros está;  
y el graznido molésto  
de esas aves inmundas,  
que en desechos del tigre  
ceban su torpe gula,  
hartas de sangre ya.

¡ Oh Dios! ¡ cuánto infortunio  
reservado al poeta,  
reservado al ingenio  
que en la común palestra  
se avanza á combatir,  
en pro de la justicia  
y la verdad austera;  
sin más arma que el filo  
de incorruptible lengua,  
firme en su fe y sentir!

En premio inmerecido  
del heróico combate  
que hace al error y al crimen,  
y del sudor y afanes  
de su más bella edad,  
recibe desengaños,  
muerte, infamia ó pesares,  
y dejas que burlando  
tu justicia insondable  
triunfe la iniquidad.

¿ No la ves cómo hipócrita  
se postra ante las aras,  
y grita levantando  
su mano ensangrentada :  
« ¿ Dios es justo también ? »  
Castigo, recompensas  
justicia soberana,

¿qué son? ¿O indiferente  
tu providencia infausta  
prodiga el mal y el bien?

¡ Insondable misterio!  
Aquí no es el castigo  
ni la infamia del crimen ;  
que él reina y tiene impio,  
de la justicia el fiel ;  
la inocencia parece  
implorando tu auxilio,  
y las virtudes lloran  
sus más ilustres hijos  
perseguidos por él.

Para mezquinos séres,  
sin labor concentrado,  
crece y medra fecundo  
de la fortuna el árbol ;  
para el poeta no.  
La tierra que él abona  
con su sudor y llanto,  
sólo espinas le ofrece :  
otros se regalaron  
con el fruto que dió.

El corazón que sabe  
mover los corazones,  
inflamarlos, henchirlos  
de sentimientos nobles,  
de espíritu marcial ;  
el que en las horas tristes  
con hechiceras voces  
los consuela y anima,  
pintándoles visiones  
de una ventura ideal :  
ignorado en la tierra,

huérfano y sólo vive,  
sin que nadie el misterio  
de su elación sublime  
alcance á penetrar ;  
ni lo que sufre y calla,  
simpático y sensible  
á los males humanos,  
sin que ninguno aplique  
bálsamo á su pesar.

Aquél que generoso  
los lauros de la gloria  
réparte, celebrando  
las virtudes heróicas,  
de los pueblos blasón,  
y su elocuente ejemplo  
legó á edades remotas ;  
la palma del martirio,  
la diadema espinosa  
recibe en galardón.

Pero no; en paz descansa  
en tu florida tumba,  
cantor del Plata ilustre :  
la que alcanzó tu musa  
digna venganza fué ;  
la infamia del tirano  
estampó ya tu pluma  
en indelebles versos.  
No es la victoria suya,  
aunque en la cumbre esté.

Hoy el clamor lo engríe  
de sus esclavos necios ;  
pero quizá mañana  
la justicia del pueblo  
cuenta les pedirá

de la sangre inocente  
que bárbaros vertieron ;  
y á tí, y á tus amigos  
de infortunio, alto premio  
de honor consagrará.

En vano al ver tu suerte  
la providencia acusa,  
porque vedó al poeta  
los delicados frutos  
de su terrestre Edén.  
Incienso perdurable  
fué el patrimonio suyo,  
y su inefable dicha,  
y su deleite puro,  
ver en idea el bien :

gozarse en animarlo  
con un fecundo soplo,  
ofrecerlo vestido  
á los humanos ojos  
de belleza inmortal ;  
y ver la muchedumbre,  
el frívolo alborozo  
menospreciar del mundo,  
por agruparse en torno  
de su creación ideal.

¡Oh poeta ! la gloria  
que te cupo en herencia  
bella fué. Yo la envidio  
yo que tarde á la arena  
lleno de ardor corrí.

Tu musa nació al ruido  
de la trompa guerrera  
nació al nacer la patria  
virgen, robusta y bella

para inspirarte á tí.

La mía al eco-infausto  
de las impuras órgias,  
del despotismo en triunfo,  
cuando murió su gloria,  
su libertad y honor.

Tu musa de laureles  
se fabricó coronas  
y entusiasmada al grito  
de combate y victoria,  
dió al heroísmo loor.

La mía al triste luto  
de la mísera patria  
¿qué pudo dar? Silencio,  
ó una acerba mirada  
dé estéril compasión;  
y buscó en los abismos  
de la conciencia humana,  
cantos que nunca oyeron  
las argentinas playas,  
cantos del corazón.

No tema en mí tu nombre  
rivalidad mezquina.

Las musas son hermanas,  
y á la rastrera envidia  
niegan su alto laurel.

La región do se albergan  
es mundo de armonía  
inagotable, y sólo  
la inspiración divina  
bebe el poeta en él.

Émulos generosos  
tal vez mi lira nó halle:  
¿qué importa? Tributando

á la tuya homenaje,  
hago ofrenda al deber.  
¿Se negará al ingenio  
que á su patria honrar sabe  
este dón, cuando turba  
de ambiciosos vulgares  
honra usurpó y poder?

¡Oh! tú fuiste dichoso,  
respiraste aura libre  
y el astro de la patria  
en el Oriente viste  
más de una vez brillar.  
Yo sólo allá en mi infancia  
la ví en sueño felice;  
que joven á otro clima  
me llevó ansia sublime  
de sáber y admirar.

Tú entre libres gozaste  
de su benigno influjo;  
yo entre opresor y esclavos  
mi juventud consumo,  
falto de aire vital:  
y esperando el gran día  
de redención y triunfo,  
viendo do quier vileza,  
salvar mi honor procuro  
del contagio letal.

Pero ¡ay! con esperanza  
frágil yo me alucino:  
de ese glorioso día  
los albores lucidos  
mi voz no ensalzará.  
Mi vida ya se agota  
como se agota un río



en arenal sediento;  
mi corazón altivo  
despedazado está!

Poeta ¿qué es la vida  
después que victoriosos  
del combate salimos,  
mostrando arado el rostro  
de honrosa cicatriz?  
¿Qué es? Inacción molesta,  
triste afanar: sin logro,  
ir, venir como el vulgo  
con el costal al hombro.  
¡Oh! tú fuiste feliz!

Más morir cuando el alma  
lleva joven y ardiente  
la ambición generosa,  
que á conquistar impele  
el lauro vencedor;  
al poner pie en la liza  
que ambicionan los fuertes  
morir desesperado...  
triste destino es este,  
este, acerbo dolor!

Paz al noble poeta,  
honra al digno patriota,  
que en la arena luchando  
supo doble corona  
á su frente ceñir.  
Musa de nuestro siglo,  
la libertad lo llora  
mártir esclarecido,  
y su ejemplar memoria  
trasmite al porvenir.

## Á UNA LÁGRIMA

Si la magia del arte  
cristalizar pudiera  
esa gota ligera  
de origen celestial;  
en la más noble parte  
del pecho la pondría;  
ningún tesoro habría  
en todo el orbe igual.

Por ella amor se inflama,  
por ella amor suspira,  
ella á la par inspira  
ternura y compasión:  
su luz es como llama  
del cielo desprendida,  
que infunde al mármol vida,  
penetra el corazón.

¿Quién mira indiferente  
la lágrima preciosa  
que vierte generosa  
la sensibilidad?  
Su brillo, transparente  
del alma el fondo deja,  
y hasta el matiz refleja  
de la felicidad.

Permite que recoja  
esa preciosa perla.  
Los ángeles al verla  
mi dicha envidiarán.  
Amor en su congoja,

para calmar enojos,  
en tus divinos ojos  
puso ese talismán.

---

## LA AROMA

Flor dorada que entre espinas  
tienes trono misterioso,  
¡cuánto sueño delicioso  
tú me inspiras á la vez!  
En tí veo yo la imagen  
de la hermosa que me hechiza,  
y mi afecto tiraniza,  
con halago y esquizvez.

El espíritu oloroso  
con que llenas el ambiente,  
me penetra suavemente  
como el fuego del amor;  
y rendido á los encantos  
de amoroso devaneo,  
un instante apurar creo  
de sus labios el dulzor.

Si te pone ella en su seno,  
que á las flores nunca esquiva,  
ó te mezcla pensativa  
con el cándido azahar;  
tu fragancia llega al alma  
como bálsamo divino,  
y yo entonces me imagino  
ser dichoso con amar.

## Á MI GUITARRA

Tú que has sido siempre  
mi fiel compañera,  
justo es que te cante,  
sonora vihuela.

La dulce armonía  
que exhalan tus cuerdas,  
cuando enajenada  
te pulsa mi diestra,  
justo es que celebre  
mi musa halagüeña,  
pues endulzas siempre  
mis amargas penas.

Cuando enfurecida  
la negra tristeza  
devora mi pecho,  
de angustias me llena,  
te tomo en mi mano,  
te pulsa mi diestra,  
y al oír tu armonía  
la fiera se aleja.

Halaga mi oído,  
que suenen tus cuerdas  
de amor y ternura  
las dulces endechas.

Y me digo entonces:  
pues que á amar se niega  
mi burlado pecho,  
de tus dulces cuerdas  
oigamos al menos

de amor las endechas,  
que el que amando vive  
sufre muchas penas.

Ora suave cantes,  
ora más severa  
eficaz preludies  
las pasiones fieras:  
ora el paso sigas  
de la danza suelta,  
graciosa imitando  
sus giros y vueltas;  
ora la voz dulce  
de alguna belleza  
acompañes suave,  
siempre me enajenas.

Así es que te adoro  
sonora vihuela  
con igual cariño  
que amante á su bella,  
y elevarte quiero  
más que las estrellas,  
al tono cantando  
de tus dulces cuerdas  
sonoras odas  
y canciones tiernas.

Tú que has sido siempre  
mi fiel compañera,  
serás de hoy mi numen,  
mi líra suprema.

---

## Á LA JUVENTUD ARGENTINA

I

Compañeros, salud! Al fin exento  
de esperanza ó temor, mi pensamiento  
rompe el sueño fatal que le oprimía;  
y en medio del silencio pavoroso  
osa hablaros con eco poderoso,  
de patria y libertad la musa mía.

¿Y podré acaso refrenar mi lengua,  
cuando el luto y la mengua  
de la misera patria estoy mirando?

¿Cuando, sólo en su mal los ojos fijos,  
gimen y callan sus bastardos hijos  
sus antiguas virtudes olvidando?

¿Cuando dado al temor y al egoísmo  
vé sentarse, paciente, al despotismo  
sobre el trono sagrado de sus leyes,  
un pueblo que fué libre, y cuya espada,  
con gloria y con honor siempre vibrada,  
hizo temblar á los inícuos reyes?

¿Cuando á la faz del mundo impunemente  
una turba venal, necia, impudente,  
instrumentos estúpidos de un hombre,  
hoy se atreve á vender nuestros derechos  
conquistados con sangre y con mil hechos,  
dignos de admiración y de renombre?

¿Cuando la raza humana conmovida  
marcha al soplo de Dios, y nueva vida  
recobran las naciones de ambos mundos,

mientras se encorva humilde el Argentino,  
hollar dejando su blasón divino  
á un hato de satélites inmundos?

¡No! salga al fin mi incorruptible acento,  
y convierta en coraje al desaliento,  
y subleve el espíritu abatido  
contra todo poder que injusto oprima,  
y este fuego sagrado que me anima  
castigue al opresor y al oprimido!

II

¿No los veis, no los veis, compañeros?  
Ya caminan mostrando altaneros  
por divisa sanguíneo color;  
ya levantan el grito perjuro,  
y en sus hombros un ídolo impuro  
llevan de odio, exterminio y rencor.

Preguntad á esos viles traidores  
si celebran con esos clamores  
de la patria algún triunfo marcial.  
Preguntad si su afrenta lavaron,  
si en el campo de honor conquistaron  
combatiendo algun lauro inmortal.

—No,—dirán:—nuestro triunfo es más grande  
que el que escrito en la cima del Ande  
el acero argentino dejó;  
nuestro brazo abatió al patriotismo,  
y de nuevo exhumó al despotismo  
del sepulcro en que Mayo lo hundió.—

¿No mirais? Ya del monstruo arrogante  
la deforme cabeza triunfante  
en el solio se ve de la ley.  
Nuestros fueros son ya sus antojos,

y apacienta en nosotros sus ojos  
como en mansa y estúpida grey.

¿Y esto sufre un gran pueblo, paciente,  
con infamia del siglo presente,  
cuando puede morir con honor?  
¿Esto sufre y gimiendo se humilla,  
cuando ve la terrible cuchilla  
amagar con siniestro fulgor?

### III

Si; el cuello dóble abatido  
al castigo merecido  
el pueblo que ha preferido  
la tiranía á la ley.  
Pues lo tolera villano,  
sufra el azote inhumano  
de un compatriota tirano,  
quien romper supo el de un rey.

Que su real, noble ropaje,  
manche, pisotee y aje,  
que lo envilezca y ultraje,  
como al esclavo el señor;  
que á su lengua maldiciente  
ponga mordaza, y el diente  
de la ironía insolente  
le muestre al ver su furor.

Que la sangre corra á ríos  
para hartar los desvaríos  
de sus enconos sombríos,  
de su barbarie feroz;  
y que la infame ralea,  
que lo sostiene y rodea,  
y á quien huella y bofetea,



hiera, asesine á su voz.

Que á la venganza del mundo,  
todo exangüe y moribundo,  
te saque el tirano inmundo,  
del siglo á ser irrisión,  
¡oh pueblo! y con rojos lazos  
orne tus sienes y brazos,  
y á su vista mil pedazos  
haga tu heróico blasón.

Rememora tu grandeza  
para sentir la tristeza  
del abismo de vileza  
do te hundió tu insensatez;  
¿ cinco lustros vanamente  
uno y otro continente  
no te llamó independiente,  
no admiró tu intrepidez?

Dime, ¡oh pueblo soberano!  
¿ qué hiciste de ellos liviano  
cuando tuviste en la mano  
tu destino y porvenir?  
Despedazarte cual fiera,  
dar la palma lisonjera  
á la ignorancia rastrera,  
al ingenio perseguir.

A tus ilustres varones  
pagar con muerte y baldones,  
y merecer maldiciones  
de los que te dieron sér:  
á las madres dejar llanto,  
al patriotismo quebranto,  
á tus hijos sólo espanto,  
sólo hierros que romper.

IV

Digno premio á tu gloria y tu demencia,  
digno ejemplo á tu prole, digna herencia;  
mas no fué crimen tuyo; te engañaron;  
tu ignorancia y pasiones sedujeron,  
los que de tu honra y sangre avaros fueron  
y de tu ciego error se aprovecharon.

De ellos el crimen es; tuya la mengua,  
tuyo el largo sufrir; así mi lengua  
sólo infamar quisiera á los malvados;  
pero la voz de la justicia austera  
dice, que el despotismo sólo impera  
sobre pueblos cobardes ó estragados.

V

Aceptemos el dón, compañeros,  
como ejemplo elocuente y terrible,  
y en las almas, altar invisible,  
elevemos á la LIBERTAD:  
demostramos culto, á su imagen, secreto,  
mientras yace la patria querida  
en el mar de miserias sumida,  
do la hundió la más negra maldad.

Reine, mande, á esos seres innobles  
en buenhora el feroz despotismo;  
pero sepa que aún hay patriotismo,  
y que hierve en silencio el volcán:  
de esa turba que besa su planta  
vil reciba alabanzas impuras;  
pero sepa que vivas y puras  
las virtudes heróicas están.

Por tener una patria y ser libres

nuestros padres valientes lucharon,  
y gloriosas sus armas llevaron  
desde el Plata al Pacífico mar;  
con su sangre y su vida preciosa  
la corona del triunfo obtuvieron,  
y en herencia á sus hijos quisieron  
Leyes, Patria, Derechos, dejar.

Pero vano fué todo, y vosotros  
de la patria mirando el desdoro,  
llorareis el precioso tesoro  
que os robara una inicua facción;  
ella puso á merced de un tirano  
vuestras Leyes, Derechos y vida,  
y os insulta y amaga atrevida  
porque osais arrostrar la opresión.

Arrostradla, y lanzad anatema  
contra el bando de necios traidores,  
que imagina con viejos errores  
el progreso del siglo atajar;  
arrostradla, y con ella luchando  
á ese pueblo que atónito gime  
dad al menos ejemplo sublime;  
no dejeis vuestro honor mancillar.

De los héroes de Mayo sois hijos,  
no herederos de sangre de esclavos;  
digna prole de raza de bravos,  
para bien de la patria sereis;  
si á su esfuerzo debió ella la vida,  
si renombre la espada le diera,  
del saber la corona os esperá.  
Feliz, libre, ilustrada la hareis.

¿Ignorais, por acaso, la suerte  
que esa turba ignorante os destina?  
¿Que arrostrais una vida mezquina,

que de Parias sufris el baldón?  
El pensar es un crimen para ellos;  
abrigar alma noble, demencia;  
detestar la opresión, insolencia;  
pronunciar Libertad, rebelión.

¡ Maldición! — ¿ Pretendeis, miserables,  
poner freno al fugaz pensamiento?  
¿ No sabeis que terrible y violento  
rompe al cabo cual fiero huracán?  
¿ No sabeis que la lava oprimida  
largo tiempo rebulle y fermenta,  
pero al fin inflamada revienta  
por la boca de airado volcán?

VI

¡ Compañeros, salud! La tiranía,  
más injusta y audaz que la que un día  
desplomó sobre América la Iberia,  
hoy con ella ambiciona embrutecernos,  
apagar la razón y envilecernos,  
para afirmar su reino en la miseria.

Gimen vuestros hermanos y suspiran,  
y el astro hermoso de la patria miran  
entre nubes perderse enrojecido,  
marchitarse su gloria y sus laureles,  
y el numen que acataron siempre fieles,  
á los Andes volar despavorido.

Allí se burla del horrible encono  
de las pasiones viles, sobre trono  
de nieve sempiterna, y con su escudo,  
el vasto mundo de Colón cubriendo,  
y torrentes de luz siempre vertiendo,  
hace la guerra al despotismo rudo.

Empero ahora de la patria nuestra  
vosotros, compañeros, sois la diestra,  
la esperanza y el muro do se estrelle  
su efímero poder; hasta que henchida  
rompa la indignación como avenida,  
liberte, arrase y su exterminio selle!

Marzo de 1835.

A . . . . .

Quien no vió nunca la hermosura tuya,  
nunca admiró su encantadora magia,  
ni sintió el pecho palpar de júbilo,  
ni fué dichoso como yo al mirarla.

Otras hermosas ví, otras pudieron  
inspirarme ternura momentánea;  
pero ninguna embelesarme supo,  
ni cautivarme el corazón y el alma.

Fué mi destino idolatrarte bella,  
hallár en ti lo que busqué con ansia,  
la forma ideal que me pintó el deseo,  
la imagen fiel de la que yo soñara.

Fué mi destino en tus hermosos ojos  
beber de amor la inextinguible llama,  
por ellos suspirar, y encontrar sólo  
el celestial deleite en su mirada.

¡ Oh! no apartes de mí tus bellos ojos

foco de amor, aunque su amor me mata;  
déjame al menos la ilusión querida,  
la serena ilusión de la esperanza.

1840.

---

## LA LÁGRIMA

Enjuga, enjuga, esa preciosa perla  
que para herir cristalizó el amor:  
ella deslumbra el corazón que al verla  
hierve de nuevo en criminal ardor.

No venga, no, de tus hermosos ojos,  
astros de vida el brillo á oscurecer;  
no venga infausta á presagiar enojos,  
ni amortiguar su bello rosicler.

Chispa divina del sagrado fuego  
que infundió á tu alma celestial piedad  
ella es, y deja al desdichado ciego  
que vaga envuelto en triste oscuridad.

¿Por qué llorar? De las pasiones fieras  
tú no has sentido el devorante ardor;  
siempre te halagan auras lisonjeras,  
nunca te asalta el frígido escozor.

¿Por qué llorar? Un misterioso velo  
te encubre aún arcanos del vivir;  
tu alma es más pura que la luz del cielo,  
todo á tu anhelo miras sonreír.

¿Por qué llorar? Impresa en la memoria

no llevas, no, la sombra del pesar;  
gozas de un ángel la inefable gloria;  
tu sueño guarda un ángel tutelar.

Mas ¡ay! que veo tu pupila ardiente  
toda anegada en lloro virginal;  
mas ¡ay! que asoma en tu lozana frente  
del infortunio el precursor fatal.

Dale á mi mano el enjugar tus ojos;  
mas ¡ah! que vierten fuego abrasador;  
y yo insensato, para más enojos,  
ni llorar puedo ni sentir amor:

---

## AL CORAZÓN

¿Qué corazón es el mio  
¡oh Dios que riges los mundos  
con la ley de tu albedrío,  
cuyos designios profundos  
no me es dado penetrar?  
¿Qué misterio, arcano, abismo  
es este que ni yo mismo  
me atrevo ¡oh Dios! á sondar?  
¿Cuándo su volcán se apaga?  
¿Cuándo su hondura se llena?  
¿Cuándo la tormenta aciaga  
de sus pasiones serena  
podré ver y no sufrir?  
¿Cómo es que nada le sacia,  
si ha perdido la eficacia  
para gozar y sentir?

¿Cómo al cúmulo de males,  
que con porfía violenta,  
como furias infernales  
le acosan, no se revienta,  
ni exhala un solo clamor?  
¿Cómo no vierte siquiera  
una lágrima ligera  
para amortiguar su ardor?

¿Cómo cabe entre mi pecho,  
cuando su vuelo atrevido  
halla el universo estrecho,  
desprecia lo conseguido,  
y sin cesar pide más?  
¿Cómo snfre, calla, anhela,  
se roe á sí mismo, y vela  
sin fatigarse jamás?

Vuelvo la vista azorado  
como náufrago en el puerto,  
al borrascoso pasado,  
y encuentro todo desierto.  
todo triste y funeral;  
miro atónito delante,  
y ni la luz vacilante  
veo de astro divinal.

¿Qué quiere, pues, ¡oh Dios mio!  
mi corazón insaciable,  
en su loco desvarío,  
si en la sirte miserable  
todo su caudal perdió?

¿Qué quiere, si ya la tierra  
nada en su extensión encierra  
semejante á lo que vió?

¿Acaso en región luciente  
guardas ¡oh Dios poderoso!



algo que el alma presente,  
algún tesoro precioso  
que deba en vano desear;  
y que la mía ambiciona,  
como la excelsa corona  
de su incansable afanar?

Parece que el hombre errante,  
como triste peregrino,  
marcha con pie vacilante,  
sin saber por qué camino,  
en pos de alguna visión;  
de paso echa una mirada,  
sin arraigar aquí á nada  
su voluble corazón.

Pero ¡infeliz! marcha en vano,  
tropieza, cae, se fatiga,  
maldice su error insano,  
y á veces su sed mitiga  
con lágrimas de dolor;  
hasta que una mano yerta  
viene, lo toca, y despierta  
despechado del sopor.

Mas yo continuo luchando  
con un genio incontrastable  
—con mi corazón,—sangrando,  
al destino irrevocable  
obedezco á mi pesar;  
y no puedo en mi ansia fiera  
ni una lágrima siquiera  
para alivio derramar.

¿Qué es esto ¡oh Dios! ¿Por qué ha sido  
para mí tu ley más dura?  
¿Por qué hacerme así has querido  
blanco de la desventura,

formándome un corazón  
tan indómito y sediento,  
que batallando violento  
siempre está con mi razón?

Pero nada me respondes,  
Dios clemente y soberano:  
¿por qué tu auxilio me escondes,  
y me dejas en oceano  
de dudas siempre fluctuar?  
¿Por qué un rayo de luz pura  
no me abre senda segura  
para poder descansar?

No te pido ¡oh Dios! riqueza,  
felicidad, poderío  
gloria, deleites, grandeza;  
manjares que dan hastio  
y nunca pueden saciar:  
sólo quiero olvido eterno,  
y algo que pueda el infierno  
de mis pasiones calmar.

Junio, 1835.

---

## EL POETA ENFERMO

El sol fulgente de mis bellos días,  
se ha oscurecido en su primer aurora,  
y el cáliz de oro de mi frágil vida  
se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo,  
mi vida yace moribunda y triste,  
y el sacro fuego, inspiración divina,  
devora mi alma.

¡Dón ominoso! En juventud temprana  
yo me consumo, sin que el canto excelso,  
eco sublime de mi dulce lira,  
admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas musas  
me prometieron, y guirnalda bella  
á la sien tierna de la patria mía  
yo preparaba.

Mas él destino inexorable corta  
con mano impía, los frondosos ramos;  
que el frío sòplo de dolencia infausta  
hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos  
mi alma era un tiempo, que al activo soplo  
de las pasiones, exhalaba ardiente  
voces sublimes.

Cuanto tocaba en su celeste fuego  
ardía al punto; el universo un himno  
era para ella, de armonías puras  
coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;  
ángel de muerte de mi lira en torno  
mueve sus alas, y suspira solo  
fúnebre canto.

Como la lumbre de meteoro errante,  
como el són dulce de armoniosa lira,  
así la llama que mi vida alienta  
veo extinguirse.

¡ Adiós por siempre aspiraciones vanas,  
vanas, más nobles, que abrigó mi mente!

¡Adiós del mundo lisonjeras glorias,  
deleites vanos!

¡Adiós, morada de tiniebla y llanto,  
tierra infeliz que la virtud repeles  
y desconoces insensata el genio  
que te ilumina!

Mi mente siempre en tu región impura  
se halló oprimida; peregrino ignoto  
por tí he pasado, y sin pesar ninguno  
de tí me alejo.

¡Lira enlutada! melodiosa entona  
fúnebre canto. Acompañadla gratas,  
musas divinas. Mi postrer suspiro  
un himno sea.

Agosto 13, 1831.

---

## ADIÓS AL RÍO NEGRO

Adiós digo á tus orillas,  
hermoso río, y me alejo  
como vine, atribulado,  
triste, abatido y enfermo.  
Ni tus benéficas aguas,  
ni tu clima placentero,  
ni tu aire puro, han podido  
darme un instante consuelo,  
y á mi patria y mis hogares  
hoy sin esperanza vuelvo.

Desdichado del que aguarda  
cura á sus males del tiempo;  
infeliz del que confía  
de la esperanza en los sueños.  
Se pierde una vez la calma  
del corazón sin quererlo,  
y se pierde para siempre  
aquel encanto hechicero,  
que hacía amar la existencia,  
embelleciéndola á un tiempo  
con mil gratas ilusiones,  
con mil plácidos recreos.

Así la perdí temprano  
en mi insensato ardimiento,  
y fatigado la busco  
y en ningún sitio la encuentro.  
Ella de mis ansias huye,  
huye al mirar mis tormentos,  
y me abandona inhumana  
á mi destino funesto,  
sin dolerse de mis penas,  
sin escuchar mis lamentos.  
Do quiera voy van conmigo  
desesperación y tedio,  
como enemigos fantasmas,  
devorando mi contento.  
Mientras, el dolor terrible  
como buitre carnívoros,  
ceba con tenaz porfía  
su garra en mi triste pecho.

Adiós, río, á tus riberas,  
á tus lugares amenos,  
á tus bosques silenciosos,  
donde se abriga el contento

que de mí huyó para siempre.  
Voy mi destino siguiendo  
á llevar, de mi existencia,  
estos miserables restos  
á mi patria... y á la tumba...  
Para mi mal no hay remedio.

Mayo, 1832.

---

## AL PLATA

*(Fragmento de EL ANGEL CAIDO)*

¡Salve, oh Plata! En tu presencia  
multiplicarse yo siento,  
sublimarse mi existencia,  
lo que hay de humano en mí;  
y ora quieta, ora iracunda  
se muestra, hirviendo la vida  
rebosar en mí fecunda,  
como rebosa ahora en tí.

Y toda vez que el pampero  
sobre tus espaldas monta,  
y arrojar espuma fiero,  
bramar te hace de furor;  
y te azota, y tú soberbio,  
tú indomable te agigantas,  
por millares de gargantas  
lanzando eco átronador;

tú á mis ojos representas  
de la pasión, y del hombre

el afán y las tormentas  
 y la convulsión febril;  
 y el incesante murmullo  
 y el tesón infatigable,  
 y de su indómito orgullo  
 la pujanza varonil.

Cuando agitado te miro;  
 el corazón se me ensancha,  
 alegre y libre respiro  
 de cuidado mundanal;  
 y todo olvido, y mi mente  
 en su inspiración sublime  
 abarca, concibe, siente  
 lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso  
 no hallan aire mis pulmones;  
 sólo entre fango diviso  
 las reliquias del *no ser*;  
 misteriosa y escondida  
 tú me revelas la fuente  
 del deleite y de la vida  
 que no tiene ni hoy ni ayer.

Esa inagotable fuente  
 que insaciables, delirando  
 mi corazón y mi mente  
 van buscando en el vivir;  
 cuya agua sola el abismo  
 insondable de pasiones  
 calmar podrá, que en mí mismo  
 palpitante siento hervir.

¡Oh! la tierra me fastidia  
 con sus mezquinos afanes,  
 con su miserable envidia,  
 con su odiosa ingratitud,

con el humo de su gloria,  
con sus frívolos amores,  
con su ambición irrisoria,  
con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura  
de su gozo y sus deleites,  
que refrigerio ni hartura  
jamás á mi labio dan;  
todo cuanto loco en ella  
apetezco y acaricio,  
y hasta el beso de la bella  
que busqué con tanto afán.

Junto á tí mi pensamiento  
algo tiene de divino,  
en todó sér y elemento  
columbra el soplo de Dios;  
y la vida de la muerte  
surgir vé, armónico el orden,  
del aparente desorden,  
la luz viva del caos.

Tu voz ¡oh Plata estupendo!  
gigantesca habla un idioma  
que me deleita y comprendo,  
que nunca en el mundo oí;  
hay en ella una armonía  
que mi espíritu apetece,  
un arrullo que adormece  
lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata  
cabalgar sobre tus ondas  
y de tus entrañas hondas  
los misterios descubrir,  
y en el raudó torbellino  
de la tormenta engolfarse,



en su atmósfera bañarse,  
y de su vida vivir!

Me place con el pampero  
esa tu lidia gigante,  
y el incansable hervidero  
de tus olas á mis pies;  
y la espuma y los bramidos  
de tu cólera soberbia,  
que sumergen mis sentidos  
en extática embriaguez.

Y me place verte en calma  
dormir, como suele á veces  
dormitar tranquila mi alma  
ó mi vida material;  
cuando la luna barniza  
tu faz de plata, y jugando  
el aura apenas te riza  
la melena de cristal.

Me places, como el Océano,  
tu rival en poderío,  
cuando lo surcaba ufano  
en mi albor de juventud;  
con el corazón de luto,  
pero con alma nutrida  
de savia fértil de vida,  
de fe y sueños de virtud.

Me places, cual la llanura  
con su horizonte infinito,  
con su gala de verdura,  
y su vaga ondulación;  
cuando en los lomos del bruto  
la cruzaba velozmente,  
para aturdir de mi mente  
la febril cavilación.

Y te quiero ¡oh Plata! tanto  
como te quise algún día,  
porque tienes un encanto  
indecible para mí;  
porque en tu orilla mi cuna  
feliz se meció, aunque el brillo  
del astro de mi fortuna  
jamás en tu cielo ví.

Te quiero como el recuerdo  
más dichoso de mi vida,  
como reliquia querida  
de lo que fué y ya no es;  
como la tumba do yacen  
esperanzas, ambiciones...  
todo un mundo de ilusiones  
que ví en sueño alguna vez!

¡Oh Plata! al verte gigante  
me agiganto, iluso siento  
la emoción y arrobamiento  
de un inefable placer;  
y mi vida incorporarse  
con la tuya turbulenta,  
y en inmortal transformarse  
mi perecedero sér.

Si algo pedirte pudiera,  
si me oyeses; en tus ondas  
sepulcro encontrar quisiera;  
mi cuerpo entregarte, sí;  
para que no viese el hombre  
sobre lápida ninguna  
jamás escrito mi nombre  
ni preguntase quién fuí.

---

## PROSA

---

### EL MATADERO

Á pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes, como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, á más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia, adoptando el precepto de Epitecto, *sustine, abstine* (sufre, abstente) ordena vigilia y abstinencia á los estómagos de los fieles, á causa de que la carne es pecaminosa y, como dice el proverbio, busca á la carne. Y como la Iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios, el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, Buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse á toda especie de mandamiento, sólo traen en días cuaresmales al matadero, los novi-

llos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula y no con el ánimo de que se hartan algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre á violar los mandamientos carnificinos de la Iglesia, y á contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron á nado, y las calles de entrada y salida á la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata, creciendo embravecido, empujó esas aguas que venían buscando su cauce, y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad, circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sud por un piélago blanquecino, en cuya superficie flotaban á la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas, atónitas miradas al horizonte como implorando la misericordia del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito á puñetazos. ¡Es el día del juicio! decían, ¡el fin del mundo está por venir! ¡La cólera divina rebosando se derrama en inundación! ¡Ay de vosotros pecadores! ¡Ay de vosotros unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no im-

plorais misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestrá impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas, del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad á los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo á cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron á tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron á amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía de ir toda la población descalza y á cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces, conjurando al demonio unitario de la inundación, debían de implorar la misericordia divina.

Feliz, ó mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fué poco á poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente á mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno ó dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto

de la ciudad. Los pobres niños y enfermos, se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el beefsteak y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fué que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron á 6 \$ y los huevos á 4 reales y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derecho al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron ó de hambre ó ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de *achuras*, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas arpías prontas á devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros, inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fué el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao, y se fueron al otro mundo á pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope, por estar los estómagos acostumbrados á su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres

contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la Iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tiendá á relajar las costumbres católicas: á lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad, ó donde quiera que concurrían gentes. Alarmóse un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos á los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población, y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que á todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado á los corrales.

En efecto, el décimo sexto día de la carestía, vispera del día de Dolores, entró á nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca, por cierto, para una población acostumbrada á consumir diariamente de 250 á 300, y cuya tercera parte al menos gozaria del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña

que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos á leyes inviolables, y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo, y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre á una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino á turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera, á la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, á pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda,—exclamaban.—¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador!—Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero, y no había fiesta sin Restaurador, como no hay sermón sin San Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos, las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron á correr desatentadas, conociendo que volvían á aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fué todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó á ofrecérselo á nombre de los federales del matadero, manifestándole



*in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador, y su odio entrañable á los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó á la arenga, *rinforzando* sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza, y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallaban tendidos en la playa del matadero, desollados los unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco, aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo á un golpe de ojo, preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalecencia ó del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa, con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge, en tiempo de lluvia, toda la sangre seca ó reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua,

con corredor al frente que da á la calle y palenque para atar caballos, á cuya espalda se notan varios corrales de palo á pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal, en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas, por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruín y pequeño que nadie lo notaría en los corrales á no estar asociado su nombre al del terrible juez y á no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: « Viva la Federación », « Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra », « Mueran los salvajes unitarios ». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla á la heroína, banquete á que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso, ofreció á los señores carniceros en un solemne brin-

dis su federal patrocinió, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patróna del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero á la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. Á sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo sus movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y de mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las arpías de la fábula, y entremezclados con ellas, algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían ó se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente á lo largo de la playa, y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco, ó reclinados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquíazules, que habían vuelto de la emigración al olor de la carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero, y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero á medida que adelantaba, la perspectiva va-

riaba; los grupos se deshacían, venían á formarse tomando diversas aptitudes, y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida ó asomase la quijada de algun encolezado mastín. Esto era, que ínter el carnicero en un grupo descuartizaba á golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos á su carreta, despellaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano á dar un tarazón con el cuchillo al sebo ó á los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos,—dichos y gritería descompasada de los muchachos.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas, y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía á plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejando sobre las faldas el ovillo y arrancando uno á uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

• Varios muchachos gambeteando á pie y á caballo, se daban de vejigazos ó se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse á menudo, á pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo

el cinismo bestial que caracteriza á la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar á los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba á la de otro, hasta que algun deforme mastin lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo ó no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tia vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo á sus gritos, los compañeros del rapaz, la roñeaban y azuzaban como los perros al toro, y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horrendos tajos y reverses; por otro, cuatro ya adolescentes ventilaban á cuchilladas el derecho á una tripa gorda y un mondongo que habian robado á un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros, flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista, no para escrita.

Un animal de corta y ancha cerviz y de mirar fiero había quedado en los corrales. Llególe su hora. Dos enlazadores á caballo penetraron al corral, en cuyo contorno hervía la chusma á pie, á caballo y horquetada sobre los ñudosos palos. Formaban en la

puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de á pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó, y chaleco y chiripá colorado, teniendo á sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal, prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo, y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro, donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanle, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral; y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces tiples y roncas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas, rodaban de boca en boca, y cada cual hacia alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo ó picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—El matambre á Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡Á Matasiete el matambre!

—Allá va—gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. ¡Allá va el toro!

—¡Alerta! ¡Guarda los de la puerta! ¡Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando á la puerta, lanzando á entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por

el aire un áspero zumbido, y al mismo tiempo se vió rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido á cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

—¡ Se cortó el lazo!—gritaron unos.—¡ Allá va el toro!

Pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio, porque todo fué como un relámpago.

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe, se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando—¡ Allá va el toro! ¡ Atajen! ¡ Guarda!—¡ Enlaza, Siete-pelos!—¡ Que te agarra, Botija!—¡ Va furioso!—¡ No se le pongan delante!—¡ Ataja, ataja, morado!—¡ Déle espuela al mancarrón!—¡ Ya se metió en la calle sola!—¡ Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocerío era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón, oyendo el tumulto, se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, porque el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dió un brinco sesgado y siguió delante perseguido por los jinetes.

El toro, entre tanto, tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman

*sola* por no tener más de dos casas laterales, y en cuyo apozado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja á zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero, vadeaba este pantano á la sazón, paso á paso, en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos, que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano; Azoróse de repente su caballo dando un brinco al sesgo, y echó á correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro; antes bien, soltando carcajadas sarcásticas—¡ Se amoló el gringo! —¡ Levántate, gringo! —exclamaron, y cruzaron el pantano amasando con barro, bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo.

Salió el gringo, como pudo, después á la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirubio. Más adelante al grito de—¡ Al toro! —¡ Al toro! cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zabulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas 20 cuadras en distintas direcciones, azorando con su presencia á todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba brios y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pítas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores, que se hallaban desbandados, y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que expiase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga, el toro estaba otra



vez en el matadero, donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo, no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal, que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncros bramidos. Echáronle uno, dos, tres piales, pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua, estirándose convulsiva, arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas.

—¡Desgarreten ese animal!—exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortóle el garrón de una cuchillada, y gambeteando en torno de él con su enorme daga en la mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta, mostrándola en seguida humeante y roja á los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló el soberbio animal algunos bramidos roncros, y vaciló y cayó entre los gritos de la chusma, que proclamaba á Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado, y se agachó á desollarlo con otros compañeros. . .

En un dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba á partir. La matanza estaba concluida á las 12, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de á pie y de á caballo, ó tirando á la cincha algunas carretas cargadas de carne.

**Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó:**

—Allí viene un unitario!—Y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

—¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

—¡Perro unitario!

—Es un cajetilla.

—Monta en silla como los gringos,

—La mazorca con él.

—¡La tijera!

—Es preciso sobarlo.

—Trae pistoleras por pintar.

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿Á que no te le animas, Matasiete?

—¿Á que nó?

—Á que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo ó el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela á su caballo, y se lanzó á brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de 25 años, de gallarda y bien apuesta persona, que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones, trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando empero las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echó maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete, lo arrojó de los lomos del suyo, tendiéndolo á la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

— ¡Viva Matasiete!—exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima, como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven, fué, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo, que permanecía inmóvil no muy distante á buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete, dando un salto, le salió al encuentro, y con fornido brazo, asiéndolo de la corbata, lo tendió en el suelo, tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola á su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estentoreo volvió á victorearlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—¡Degüéllalo, Matasiete! Quiso sacar las pistolas. ¡Degüéllalo como al toro!

—Pícaro unitario. Es preciso tuserlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tócale el violín.

—Mejor es la resbalosa.

—Probemos—dijo Matasiete—y empezó sonriendo á pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no lo degüellen—exclamó de lejos la voz imponente del Juez del matadero que se acercaba á caballo.

—¡A la casilla con él, á la casilla! Preparen la mazorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

—¡Viva Matasiete!

¡Mueran! ¡Viva!—repitieron en coro los espectadores, y atándolo codo con codo, entre moquetes y tiro-nes, entre vociferaciones é injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fórnida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes, sino para dar lugar á las ejecu-ciones y torturas de los sayones federales del mata-dero. Notábase, además, en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apun-tes, y porción de sillas, entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas, can-taba al són de la guitarra la resbalosa, tonada de in-mensa popularidad entre los federales, cuando la chus-ma, llegando en tropel al corredor de la casilla, lanzó á empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa—gritó uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Está furioso como un toro montaraz.

—Ya lo amansará el palo.

—Es preciso sobarlo.

—Por ahora verga y tijera.

—Sino, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse,—exclamó el Juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie, encarándose al Juez, exclamó con voz preñada de indignación:

—¡Infames sayones! ¿qué intentan hacer de mí?

—Calma—dijo sonriendo el Juez—No hay que en-colerizarse.—Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y á la vez amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa, dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿Tiemblas?—le dijo el Juez.

—De rabia porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrias fuerza y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para tí, infame!

—A ver las tijeras de tusar mi caballo.—Túsenlo á la federala.

Dos hombres lo asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza, y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por debajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

—A ver—dijo el Juez—Un vaso de agua para que se refresque.

—Uno de hiel te haría yo beber, infame!

Un negro petizo púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el jóven un puntapié en el brazo, y el vaso fué á estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

—Este es incorregible.

—Ya lo domaremos.

—¡Silencio!—dijo el Juez—Ya estás afeitado á la federala. Solo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos á cuentas.—¿Por qué no traes divisa?

—Porque no quiero.

—¿No sabes que lo manda el Restaurador?

—La librea es para ustedes esclavos, no para los hombres libres.

—A los libres se les hace llevarla á la fuerza.

—Sí; la fuerza y la violencia bestial. Esas son las armas de ustedes, infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como ustedes. Deberían andar como ellos en cuatro patas.

—¿No temes que el tigre te despedace?

—Lo prefiero á que maniatado me arranquen, como el cuervo, una á una las entrañas.

—¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la Heroína?

—Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que ustedes han asesinado, infames!

—¿No sabes que así lo dispuso el Restaurador?

—Lo dispusieron ustedes, esclavos, para lisonjear el orgullo de su señor y tributarle vasallaje infame.

—¡Insolente! te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

—Abajo los calzones á ese mentecato cajetilla, y á nalga pelada déngle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo á largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

—¡Primero degollarme que desnudarme, infame canalla!

Atáronle un pañuelo á la boca y empezaron á tiro-  
near sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del hierro, y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido

al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro, grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

—Atenlo primero,—exclamó el Juez.

—Está rugiendo de rabia,—articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo á los cuatro piés de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimian en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, despues sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando:

—¡Primero degollarme que desnudarme, infame canalla!

Sus fuerzas se habían agotado. Inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbotoneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose, empezó á caer á chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

—Reventó de rabia el salvaje unitario—dijo uno.

—Tenía un río de sangre en las venas—articuló otro.

—¡Pobre diablo! Queríamos únicamente divertirnos con él, y tomó la cosa demasiado á lo serio—exclamó el Juez frunciendo el ceño de tigre. Es preciso dar parte. Desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave á la puerta, y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin á una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del matadero, eran los apóstoles que propagaban á verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme á la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, á todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; á todo hombre decente y de corazón bien puesto, á todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse á las claras que el foco de la federación estaba en el matadero.

---

## EMANCIPACIÓN DEL ESPÍRITU AMERICANO

*(Fragmento del DOGMA SOCIALISTA)*

El gran pensamiento de la revolución no se ha realizado. Somos independientes, pero no libres. Los brazos de la España no nos oprimen; pero sus tradiciones nos abrumán. De las entrañas de la anarquía nació la contrarrevolución.

La idea estacionaria, la idea española, saliendo de su tenebrosa guarida, levanta de nuevo triunfante su estólida cabeza, y lanza anatemas contra el espíritu reformador y progresivo.



Pero su triunfo será efímero. Dios ha querido y la historia de la humanidad lo atestigüa, que las ideas y los hechos que existieron desaparezcan de la escena del mundo y se engolfen por siempre en el abismo del pasado, como desaparecen una tras otra las generaciones. Dios ha querido que el día de hoy no se parezca al de ayer; que el siglo de ahora no sea una repetición monótona del anterior; que lo que fué no renazca; y que en el mundo moral como en el físico, en la vida del hombre como en la de los Pueblos, todo marche y progrese, todo sea actividad incesante y continuo movimiento.

La contrarrevolución no es más que la agonía lenta de un siglo caduco, de las tradiciones retrógradas del antiguo régimen, de unas ideas que tuvieron ya completa vida en la historia. ¿Quién, violando la ley de Dios, podrá reanimar ese espectro que se levanta en sus delirios envuelto ya en el sudario de la tumba? ¿El esfuerzo impotente de algunos espíritus obcecados?—¡Quimera!

La revolución ruge sordamente en las entrañas de nuestra sociedad. Ella espera, para asomar la cabeza, la reaparición del astro generador de la patria; ella afila en la oscuridad sus armas, y aguza sus lenguas de fuego en las cárceles donde la oprimen y la ponen mordaza; ella enciende todos los corazones patriotas; ella madura en silencio sus planes reformadores, y cobra en el ocio mayor inteligencia y poderío.

La revolución marcha, pero con grillos. A la joven generación toca despedazarlos, y conquistar la gloria de la iniciativa en la grande obra de la emancipación del espíritu americano, que se resume en estos dos problemas: *emancipación política*, y *emancipación social*.

El primero está resuelto; falta que resolver el segundo.

En la emancipación social de la patria está vinculada su libertad.

La emancipación social americana sólo podrá conseguirse, repudiando la herencia que nos dejó la España, y concretando toda la acción de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad americana.

La sociabilidad de un pueblo se compone de todos los elementos de la civilización: del elemento político, del filosófico, del religioso, del científico, del artístico, del industrial.

La política americana tenderá á organizar la democracia, ó en otros términos, la igualdad y la libertad, asegurando, por medio de leyes adecuadas, á todos y cada uno de los miembros de la asociación, el más amplio y libre ejercicio de sus facultades naturales. Ella reconocerá el principio de la independencia y soberanía de cada pueblo, trazando con letras de oro en la empinada cresta de los Andes á la sombra de todos los estandartes americanos, este emblema divino; *La nacionalidad es sagrada*. Ella fijará las reglas que deben regir sus relaciones entre sí y con los demás pueblos del mundo.

La Filosofía reconocé á la razón individual como único juez de todo lo que toca al individuo; y á la razón colectiva, ó al *consensus* general, como al árbitro soberano de todo lo que atañe á la sociedad.

La Filosofía en la asociación procurará establecer el pacto de alianza de la razón individual y de la razón colectiva, del ciudadano y de la patria.

La Filosofía ilumina la fe, explica la religión y la subordina también á la ley del progreso.

La Filosofía en la naturaleza inerte, busca la ley de su generación; en la animalidad, la ley del desarrollo de la vida de todos los seres; en la historia, el hilo de la tradición progresiva de cada pueblo y de la humanidad, y por consiguiente la manifestación de los designios de la Providencia; en el Arte, busca el pensamiento individual y el pensamiento social, los cuales confronta y explica; ó en términos metafísicos, la expresión armoniosa de la vida finita y contingente, y de la vida absoluta, infinita, humanitaria.

La Filosofía sujeta á leyes racionales la industria y el trabajo material del hombre.

La Filosofía, en suma, es la ciencia de la vida en todas sus manifestaciones posibles, desde el mineral á la planta, desde la planta al insecto infusorio, desde el insecto al hombre, desde el hombre á Dios.

La Filosofía es el ojo de la inteligencia examinando é interpretando las leyes necesarias que rigen al mundo físico y moral, ó al universo.

La Religión es el cimiento moral sobre que descansa la sociedad, el bálsamo divino del corazón, la fuente pura de nuestras esperanzas venideras, y la escala mística por donde suben al cielo los pensamientos de la tierra.

La Ciencia enseña al hombre á conocerse á sí mismo, á penetrar los misterios de la naturaleza, á levantar su pensamiento al Creador, y á encontrar los medios de mejora y perfección individual y social.

El Arte abarca en sus divinas inspiraciones todos los elementos morales y afectivos de la humanidad: lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo bello, lo sublime, lo divino; la individualidad y la sociedad, lo

finito y lo infinito; el amor, los presentimientos, las visiones del alma, las intuiciones más vagas y misteriosas de la conciencia; todo lo penetra y abarca con su espíritu profético; todo lo mira al través del brillante prisma de su imaginación, lo anima con el soplo de fuego de su palabra generatriz, lo embellece con los lúcidos colores de su paleta, y lo traduce en inefables ó sublimes armonías. Él canta el heroísmo y la libertad, y solemniza todos los grandes actos, tanto internos como externos de la vida de las naciones.

La Industria pone en manos del hombre los instrumentos para domeñar las fuerzas de la naturaleza, labrarse su bienestar, y conquistar el señorío de la creación.

Política, filosofía, ciencia, religión, arte, industria ....todo deberá encaminarse á la democracia, ofrecerle su apoyo, y cooperar activamente á robustecerla y cimentarla.

En el desarrollo natural, armónico y completo de estos elementos, está enumerado el problema de la emancipación del espíritu americano.

---

## CARTAS Á UN AMIGO

Las almas de fuego no sienten  
como las almas vulgares.

Querido amigo: Después de tu partida, un suceso infausto ha venido á interrumpir la tranquilidad de mi corazón. En el seno de mis ilusiones y al abrigo del cariño maternal, yo me reposaba sin imaginarme, ni áun en sueños, que la desgracia avara del bien pudiera venir á arrebatarme de ese mundo de glorias engendrado por mi imaginación, para trasportarme á otro lleno de imágenes sombrías y de realidades terribles. La previsión maternal me evitaba mil inquietudes y zozobras, y mi sér, en una armonía perfecta, gozaba de aquel bien inefable que no tiene nombre en la tierra, y que en la lengua de los ángeles se llama felicidad. Mi madre también era feliz al ver el esmero que yo ponía en agradarla, al paso que lisonjeado con la idea de que llegaría el día en que pudiese recompensar de algún modo sus bondades y cariños, proporcionándole una vejez cómoda y tranquila, yo me afanaba en enriquecer mi inteligencia correspondiendo á sus deseos para poder entrar á desempeñar con éxito en la sociedad los deberes de hombre. Pero temo, amigo, que mis esperanzas sean ilusorias: una melancolía profunda se ha amparado de su espíritu; ha renunciado á todo alimento, y va perdiendo poco á poco sus fuerzas. Un presentimiento fatal le dice, como en secreto, que se acerca el término de su carrera, y la hace desesperar de su salud. En vano trato yo de disuadirla para

que aleje de su imaginación esas lúgubres ideas y se libre á su jovialidad ordinaria; en vano, amigo: una especie de vértigo embarga sus sentidos, y no presenta á su espíritu enervado sino imágenes de muerte. Parece que una mano oculta la arrastra hacia el sepulcro. ¡Qué desdichado seré si pierdo á esta buena madre! ¿Quién será mi mentor y mi guía en el camino; del mundo? Tiemblo al pensarlo solamente. Sin experiencia en la edad de las pasiones, devorado de mil deseos, ¿quién será mi consejo? ¿Quién me ayudará á retener estos impulsos violentos del corazón, y me hará oír la voz de la razón en medio de la tormenta de las pasiones? ¿Quién me emulará en mis estudios y me enseñará el camino por donde se llega á la ilustración? ¿Quién será, en fin, mi verdadero amigo?

Una idea me atormenta: creo haber sido la causa involuntaria de la melancolía que la consume. Los halagos seductores de una mujer me arrastraron á algunos excesos; la ignorancia y la indiscreción propagaron y exageraron estos extrávíos de mi inexperiencia: ella los supo y desde entónces data su enfermedad; calla por no afligirme, sin duda, pero yo he creído leer en su semblante mi acusación y mi martirio.

\*  
\* \*

Junio 3o de 182...

Mis infaustos temores se van realizando. Ya no hay medicina para su mal. Cuando articula algunas palabras, el cansancio y la fatiga las ahogan entre sus labios. Paso los días y las noches al lado de su cama prodigándola mis inútiles cuidados, y no me

canso de contemplar aquella fisonomía, antes tan dulce y expresiva, ahora pálida y desfigurada con el lívido velo del dolor. Sin embargo, sus ojos conservan toda su expresión y son aún el espejo de aquel corazón tan sensible, tan puro y tan humano. Anoche lo pasé en vela á su lado, y por la mañana me retiré á descansar; pero al poco rato me hizo llamar. ¡Ah! ¡qué escena tan desolante! Arrojéme sobre su cuerpo casi yerto, lo regué con mis lágrimas, imprimí mil y mil besos sobre su frío rostro, y pareció animarse como con un éter vivificante al respirar mi aliento; recogió todas sus fuerzas y articuló estas palabras: «Hijo, yo me muero: la Providencia me llama á su seno... Ya mi hora va á sonar... Tú quedas sólo en el mundo... No te olvides de mis lecciones... Eres joven; no te dejes arrastrar por tus pasiones... El hombre debe abrigar aspiraciones elevadas. La Patria espera de sus hijos: ella es la única madre que te queda. A...», y la palabra espiró en su garganta y la expresión de su fisonomía y de sus ojos me dijeron el resto con voz callada y elocuente. Mi dolor llegó á su colmo, me arrancaron de entre sus brazos, y mi mente está aún tan turbada que me falta el tino para escribirte.

¡Qué preliminares tan espantosos los que preceden el pasaje de la vida á la muerte! Como si la distancia del ser al no ser fuese inmensa; como si un muro de diamante se interpusiese entre el sepulcro y la vida, se mueven mil resortes para evitar el golpe fatal; pero él cae como la cuchilla justiciera burlándose de nuestra previsión y poder, y nos muestra en un instante que la vida y la muerte son dos puntos que se tocan ó dos accidentes pequeños en la vida general del universo.

Júlio 28 de 182.,.

El verdadero motivo de mi silencio lo habrás, sin duda, adivinado. Llegó al fin el fatal momento y con él un cúmulo de aflicciones que ya me faltan fuerzas para soportar. La vigilia y el dolor me obligaron á hacer cama; no he podido verla más ni decirle el último adiós. Me ocultaron la catástrofe por algunos días; pero el semblante de los que me rodeaban hablaba elocuentemente á mi corazón. ¡Qué momentos tan crueles! Levantéme de mi cama; busqué á mi madre y no la encontré. Estaba en el sepulcro: la eternidad la separaba de mí! Mis sentidos cayeron en el estupor, la fuerza del sentimiento heló las lágrimas en mis ojos, y mi corazón quedó como deshecho. He permanecido por algunos días en una especie de pasmo ó suspensión de que conservo una idea muy confusa; estuve, según me dicen, á punto de enloquecer. He salido por fin de ese letargo, pero para sentir más el horror de mi situación. Ven amigo, y sabrás apreciarla; la pluma cae de mi mano. Perdí á mi padre cuando no podía aún apreciar su pérdida, y en un mes he perdido lo que mas adoraba y hacía la felicidad de mi vida. ¿Qué es la vida, amigo, y la felicidad para el hombre? Vanos sueños, sombras fantásticas que se disipan en un momento.

\*  
\* \*

Agosto 1<sup>o</sup>.

Ella espiró; pero su imagen está grabada aquí en mi corazón y en todas mis potencias con caracteres indelebles. Ella me consuela en mis sueños y me acompaña en todas partes. El hábito de verla y hablarla me lleva muchas veces á su cuarto; allí está



la silla, el sofá, la mesa, la cama; pero todo desierto y silencioso.... Salgo de allí como un frenético y corro por las calles hasta llegar á su sepulcro; me hincó sobre la fría losa que lo cubre; lloro, ruego, la llamo, y una voz apagada me responde del seno de la tierra: «Está en el cielo.» Si, amigo, está en el cielo, pero yo no estoy con ella y estoy solo en el universo.

\* \* \*

Agosto 28.

Tú me aconsejas un viaje á la capital donde los pasatiempos y la sociedad podrán proporcionarme alguna distracción y contribuir á aliviar mi dolor. Te engañas, amigo, si has creído que el ruido del mundo y el trato de los hombres puedan ser un bálsamo para mi corazón. Además no está entre los felices el consuelo del desdichado. No hay amigos para el dolor, porque el que sufre lleva escrito en su frente este emblema que todos miran con horror. Nada puedo hacer yo para halagar las pasiones del hombre feliz. La prosperidad es el único cebo de los amigos; ellos vienen cuando podemos entregarnos con júbilo insensato á los placeres y mezclarnos en sus reuniones tumultuosas, destilando con boca risueña pláticas insípidas y licenciosas. Pero cuando la tristeza oscurece nuestros semblantes y las lágrimas humedecen nuestras mejillas, huyen aterrados. Este triste desengaño lo he adquirido desde la muerte de mi madre: pocos días de tribulación han bastado para alejar á mis amigos de casa; mi dolor los fastidia y me llaman débil porque sé sentir. Tú sólo me has quedado en esta tormenta. Estoy rodeado

de ingratos, y debo salir de este lugar que sólo me inspira ideas desolantes: y ¿á dónde iré?

\*  
\* \*

Setiembre 20.

He resuelto bajar á la capital, donde me llama un litigio de intereses que dejó pendiente mi madre; mi salud está muy quebrantada y pienso antes pasar algunos días en una estancia poco distante de. . . . . De allí te escribiré cuantas veces haya proporción. Vengo de regar con mis lágrimas, quizá por la última vez, la tumba de mi madre; mil dolorosas memorias vinieron á asaltarme en aquel religioso deber; allí se me presentaron como fantasmas colosales los deslices de mi juventud y me increparon con voces penetrantes mis errores. En vano tú tratas de disuadirme: yo abrevié los días de mi desventurada madre; mis desaciertos le ocasionaron aquella melancolía profunda que la consumió; yo robé al mundo aquella vida tan preciosa empleada toda en socorrer al desvalido y en aliviar la humanidad doliente.

¡Y aún vivo, y aún la tierra me sustenta! . . . ¿Por qué no se abre bajo mi planta y me sepulta de una vez en sus entrañas? Así al menos los ayes de mi dolor no importunarían al mundo; el eco sordo de la conciencia y el murmullo de la detracción no herirían más mis oídos; ni esos hombres intolerantes y débiles que no consideran la edad, la inexperiencia, los lazos que la sociedad corrompida tiende á la indiscreta juventud, me fastidiarían con sus insípidas reflexiones, ni con el amargo cuadro de mis desaciertos. ¿Y somos, por acaso, árbitros de nuestras acciones, cuando las pasiones hierven en el corazón; cuando

luchamos débiles contra las tentaciones que nos rodean para relevarnos en la opinión de los demás; para hacer ver que somos fuertes y cautivar la admiración y los aplausos? ¿No son la presunción y el orgullo las primeras lecciones que nos da la sociedad, y por consiguiente los primeros móviles del corazón humano?

La vida es un sueño que agitan mil imágenes terribles. Mil imágenes terribles agitan el sueño de la vida.

\*  
\*

Octubre 1º.

La herida de mi corazón sangra á cada paso, y no hay bálsamo en la tierra que pueda curarla. Busco á mi madre y no la encuentro, y una voz interior me dice: Tú abreviaste sus días... Perdóname, sombra querida; no fué mi voluntad criminal; yo estoy inocente y te venero, y te adoro aún más que mi vida.

\*  
\*

Octubre 20.

Tú sabes cómo yo me recreaba con la vista de alguna escena imponente de la naturaleza; cómo gustaba entregarme al curso de mis pensamientos en medio de las llanuras desiertas de nuestros campos ó en el abrigo de esos montes donde apenas penetra la luz; cómo mi imaginación se eleva en la soledad á las más altas contemplaciones ansiando penetrar los arcanos del universo. Tú me has visto más de una vez desaparecer súbitamente de las placenteras reuniones, abandonar mis lecturas favoritas, para ir á esparcir mi ánimo en el retiro silencioso y entregar-

me libre á la meditación. ¡Qué instantes tan felices aquellos! Entonces mi corazón estaba tranquilo; ningún contratiempo había venido aún á turbar la armonía de mis facultades, y exento de cuidados, podía divagar á mi antojo por las regiones fantásticas de mi imaginación. Ahora, obligado á arrastrar la pesada cadena del infortunio, me muevo lentamente; estoy atado á la argolla de los pesares, punzado á cada paso por el aguijón del dolor, devorado interiormente por una actividad que me consume; y sin poder desatarme de las prisiones que me abaten, siento un gran vacío en mi corazón, que nada creo es capaz de llenar. ¿Dónde está la que me dió el sér; la amiga de mi juventud; la mujer venerable cuyo influjo divino relevaba mi espíritu abatido descubriéndole un mundo nuevo de ideas y pensamientos sublimes? Ninguna de mis facultades quedaba inactiva en su presencia, y siguiendo mi inteligencia progresivamente sus inspiraciones, se elevaba sin sentirlo hasta la excelsitud de mi razón, abrazando en su vuelo sublime la inmensidad de la creación. Ella penetraba todos mis sentimientos porque mi alma y la suya eran como dos hermanas.

\*  
\*  
\*

Noviembre 2.

Mi anterior fué escrita en camino y hoy hace dos días que estoy en la estancia de... Pienso permanecer aquí algún tiempo por ver si consigo restablecer mi salud. El paraje es desierto y solitario, y conviene al estado de mi corazón; un mar de verdura nos rodea y nuestro rancho se pierde en este océano inmenso cuyo horizonte es sin límites. Aquí no se ven

como en las regiones que tú has visitado, ni montañas de nieve sempiterna, ni carámbanos gigantescos, ni cataratas espumosas desplomándose con ruido espantoso entre las rocas y los abismos. La naturaleza no presenta variedad ni contraste; pero es admirable y asombrosa por su grandeza y majestad. Un cielo sereno y transparente, enjambres de animales de diversas especies, paciendo, retozando, bramando en estos inmensos campos, es lo que llama la vista y despierta y releva la imaginación. He notado en mi tránsito que las gentes son sencillas y hospitalarias; siempre me han dado alojamiento en lo interior de sus reducidas chozas, como si no fuese un desconocido. Mis huéspedes me han hecho el mismo acogimiento, y me han cobrado en dos días una afección y cariño que no he podido adquirir con un trato largo y continuo en las ciudades. Se empeñan en que los acompañe algunos meses. No saben mi desgracia, pero han notado que estoy melancólico y que busco la soledad. ¡ Buena gente! Ignoran que la tristeza ha echado raíces profundas en mi corazón.

\*  
\* \*

Diciembre 12.

Todo entregado á la meditación, paso momentos deliciosos en estas soledades. Mi imaginación se anima y sale del letargo sombrío y ominoso que la abruma, al contemplar los encantos del espectáculo maravilloso que la rodea. De todo me olvido, de mi dolor, de mi aislamiento, del mundo, y aún á veces de mí mismo. Al romper el día hago ensillar mi bruto fogoso, monto y salgo con algunos peones á recorrer el campo y los rodeos de ganado; luego me separo

de ellos y voy á visitar algunos ranchos vecinos, y en todos encuentro la satisfacción y el regocijo que huyen de mí. Huyó yo también de estas moradas de felicidad, y perseguido por mis lúgubres ideas, suelto la rienda á mi caballo, para aturdir mi mente, y me alejo más y más hasta perderme en medio del desierto. Persigo al sagaz avestruz, corro en pos del ligero venado, y luego bajo fatigado á reposarme en el verde prado. ¡Qué gusto! verse transportado de aquí á allí como por las alas del viento; volar de un sitio á otro y esparcir su vista á la vez por horizontes diversos, y luego venir á reposarse al rededor de una multitud de insectos que hormiguean y chillan, de una multitud de aves que vuelan ó reposan también, y de enjambres de cuadrúpedos que rumian tranquilamente la yerba! ¡Observar el orden y la armonía de la naturaleza y elevarse hasta la meditación de sus leyes inmortales, y descubrir allá, en el corazón del universo, la mano omnipotente que lo rige! ¡Qué vuelo tan sublime toma entonces la fantasía, cómo se llena de gozo á medida que penetra y mira faz á faz los maravillosos arcanos de la creación! Su elemento es infinito, el cielo, los espacios imaginarios, el universo todo, lo abarca y lo sujeta á su atracción. ¿Quién no queda absorto al contemplar en la callada noche el disco melancólico y plateado de la luna, acompañado de esa multitud de faros rutilantes que pueblan el firmamento? ¿Quién, al respirar el aroma vivificante de las flores en medio de esta soledad y de este silencio, que no interrumpen sino el balido de la oveja, el relincho del caballo y el chillido de los insectos, queda frío espectador y no siente en su corazón emociones peregrinas? Y luego tanta luciérnaga ambulante, el murmullo del arroyo y esos fuegos fátuos que

se levantan, se acercan, se alejan y desaparecen dando pábulo á la fantasía y aterrorizando al vulgo! Son las doce de la noche y es la hora que yo voy, como Ossian, á interrogar mis recuerdos al resplandor de la luna, á escuchar las melodías aéreas y á hablar con mi corazón.

\*  
\*  
\*

Diciembre.

Ayer, retirándome á mi choza con el crepúsculo vespertino, encontré á una joven campesina arreando á caballo un pequeño hato de ovejas que se había alejado un poco del redil, en busca de alimento. Su rostro hermoso, aunque algo tostado por el ardor del sol, su aire pensativo y melancólico, me interesaron. Acerquéme á ella córtésmente y la dije:—Parece que usted no se apura mucho por concluir su tarea; las ovejas se han apercebido sin duda de su negligencia y caminan con pasos perezosos. ¿Quiere usted que le ayude? Ya la noche se acerca y hay alguna distancia de aquí á su rancho.—Muy bien, señor,—me contestó;—y héme aquí pastor de Arcadia guardando ganados con mi bella Galátea: ella por un lado y yo por otro, picamos los caballos y dimos un repunte á las ovejas que se habían desparramado un poco, y seguimos al tranco sus lentos pasos, dando de cuando en cuando un grito ó un silbido para hacerles notar nuestra vigilancia. Caminábamos así, y punzado por la curiosidad le dije:—Usted me parece triste y pensativa. ¿Qué cuidado la aflige?—Ninguno, señor—me contestó.—¿Cómo ninguno?—la repliqué—su fisonomía de usted indica que tiene alguna pena secreta, y yo me intereso en saberlo.—No, señor, no tengo pena ninguna—y las lágrimas le brotaron en los ojos.

En esto la luna aparecía como un globo de fuego en el claro horizonte y bañaba con sus rayos plateados la inmensa llanura que semejaba á un oceano movido por la brisa suave del occidente. El cielo estaba claro, y en él centelleaban aqui y allá con luz incierta varios grupos de estrellas, mientras que el aire embalsamado con el aroma de las yerbas halagaba dulcemente los sentidos y despertaba en el corazón mil emociones tiernas y apacibles. Paráronse las ovejas á poca distancia del rancho y oí una voz de mujer desde su puerta repetir altamente: —¡María! ¡María!—¿Quién la llama á usted?—la dije. —Mi madre—me contestó—No tiene mas compañía que yo, y se aflige cuando está sola; mi padre y mi hermano están en la frontera.

Llegamos en esto al rancho, y la madre de María me recibió con agasajo sencillo, pero algo embarazada y sorprendida; más luego se recobró cuando le conté el encuentro fortuito de su hija. En su modo de expresarse y maneras manifestaba la señora que no había tenido siempre el rústico roce de los campesinos. Hablamos de cosas indiferentes, y le hice notar el interés que me había inspirado el rostro y ademán melancólico de María. Entonces ella me contestó poco más ó menos en estos términos: —La tristeza de mi hija es muy fundada; mi hijo hace como un mes partió con un escuadrón de milicias que salió á escarmentar los bárbaros de la frontera, que como usted debe de saber, han entrado á nuestros campos matando, robando y desolando todo cuanto encuentran. El futuro esposo de mi hija ha ido en seguida de él, y hemos quedado solas con un peón de mala cabeza que hace dos días que no aparece por aquí. Aun no hemos tenido noticias de ellos, y nues-



tro cuidado se aumenta, porque supimos ayer que el escuadrón fronterizo se ha batido con los indios. ¡Quién sabe cuál habrá sido su suerte! Yo que estoy habituada á los contratiempos y los trabajos, no me afecto tanto como María que empieza á vivir y se ha hallado burlada en sus primeros amores.—Pero su hija de usted debe consolarse, le contesté, pues su amante ha ido á llenar uno de los primeros deberes del patriota, y se cubre de gloria cuando corre á prestar su brazo para defender su tierra, posponiendo los intereses de su corazón á los de la patria.

Este elogio de su querido animó á María que enajenada dijo: Mire usted si tendrá sentimientos elevados Alberto: estábamos en vísperas de casarnos cuando llegó á sus manos una proclama del gobierno á los habitantes de la campaña anunciándoles la próxima incursión de los indios y diciéndoles que se preparasen para defender sus fortunas y familias. Ese mismo día escogió sus mejores caballos, preparó su equipaje y me dijo: la Patria, tu vida y la de mi familia peligran; los indios están próximos; estos son deberes sagrados para un hombre de honor; yo no puedo desconocerlos. Cuando haya servido á mi Patria vendré á consagrarte mi mano y mi corazón. Ya tu hermano me precedió, voy á seguirlo: adios, volveré glorioso y enamorado. Dióme un abrazo y se fué.

La noche estaba avanzada, mi caballo algo cansado de las carreras del día, mi rancho algo distante, y resolví, cediendo á las repetidas instancias que me hicieron, pasar la noche allí. Cenamos los tres cordialmente un buen asado de cordero; retirámonos á dormir y al romper el día dije adios á mis dos amables huéspedes, después de haberles prometido que pronto les daría noticias ciertas de los ausentes. Que-

daron algo consoladas con mi promesa, monté á caballo y me retiré lentamente pensando en las vicisitudes de la suerte y en la fragilidad de las cosas humanas.

\*  
\* \*

La idea de los padecimientos de los otros debe derramar el bálsamo de la conformidad en los corazones afligidos, pues que ella nos prueba claramente que la humanidad nació para sufrir. Yo siento menos mis dolores cuando pienso que otros son mas infelices que yo y soportan con más paciencia sus calamidades.

He sabido que la señora de que hablé en mi última carta pertenece á una familia distinguida de... que poseía una fortuna pingüe en la campaña, y que la guerra civil la dejó de la noche á la mañana casi en la indigencia. Después de esta catástrofe reunió lo que pudo de los despojos de su riqueza, y reducida por la necesidad se retiró con su marido y sus dos hijos al paraje donde yo la ví ayer. Su esposo murió al poco tiempo, y sin más apoyo que su hijo y María, vive soterrada en el campo, olvidada del mundo y conforme con su destino.

\*  
\* \*

Hoy me retiraba al tranco del caballo á mi rancho acompañado de un peón. El viento adormido apenas respiraba. El sol flameaba como una hoguera inmensa en el firmamento. y el blanco desierto semejava á un mar de luz resplandeciente. Toda la naturaleza parecía envuelta en un letargo profundo ocasionado por el ardor febeo. Caminábamos, y de repente una nube opaca nos interceptó los rayos del sol y nos

cubrió con su sombra ; miré hacia el cielo, y ví con admiración como un cono opaco cuya base tocaba en la tierra y cuyo vértice se elevaba hasta las nubes, que reflejando los rayos de la luz parecía coronado de una aureola resplandeciente, y ondeaba y hervía como torbellino en el espacio. Pregunté al peón qué era aquello, y me contestó : Es un hormiguero de hormigas voladoras que ha reventado ; cuando el tiempo está sereno, el viento no sopla y hace mucha calor, reventan con frecuencia. ¡Qué! ¿usted nunca ha visto eso? —No, le respondí ; es una cosa bastante rara y dudo que sea lo que tú dices. Llegamos á casa y la relación de muchas personas confirmó mi fe en este fenómeno maravilloso, que yo había tomado por un meteoro.

\*  
\* \*

Hoy, cansado de galopar y sediento, detuve la rienda á mi caballo en la orilla de una laguna poblada de espadaña y juncos. El sol flameando en el mediodía, abrasaba la tierra, y los húmedos vapores que se elevaban de la laguna formando una nube de humo sobre su superficie tranquila, reflejaban los rayos luminosos, transformándolos en mil iris resplandecientes que deslumbraban la vista. Sofocado de fatiga y de sed, acerquéme á tomar un poco de agua ; pero ví con sorpresa multitud de peces flotando como muertos sobre la faz cenagosa de la laguna. Un olor corrompido hirió mi olfato, y ya no me fué posible refrigerar mi cuerpo inflamado, ni humedecer mi seca garganta. Hacía como un mes que no llovía, las aguas estancadas se habían evaporado poco á poco con los rayos ardientes del sol, y todos los habitantes que contenía habían perecido. Varios nidos de chajaes y de cuervos, como columnas de paja, flo-

taban aún sobre aquella agua cenagosa y sus infelices dueños habían ido á buscar paraje más adecuado á su naturaleza y más halagüeño, dejando abandonados en ellos á la inclemencia y orfandad, los tiernos frutos de sus malogrados amores. Aproximéme á caballo á uno de aquellos nidos, y lo ví cubierto de polluelos de cuervo, que al mirarme piaban y saltaban como si creyesen que yo les trajera algún alimento. Tomé uno en mi mano; comencé á halagarlo, y ví con horror que vomitó de su cuerpo un zapo, una víbora y un huevo de perdiz. Soltélo al punto con asco, y me retiré precipitado de aquel lodazal inmundo de la muerte. Así, amigo, todo parece que conspira en la naturaleza á la destrucción. Los elementos inertes y etéreos están en guerra continua con la naturaleza animada. Esta sostiene la lucha, y sucumbe ó triunfa momentáneamente. Todos los séres procuran mutuamente su destrucción. Los animales de una misma especie se devoran entre sí, y aún algunos se alimentan con el propio fruto de sus entrañas, para obedecer al instinto imperioso de la conservación. El hombre destruye cuanto está á su alcance y aún á sí mismo sin necesidad, y el tiempo, ó la muerte, gigante voraz é insaciable sentado sobre las ruinas y los despojos de lo pasado, aniquila y anonada á la vez cuanto nace en el universo. Pero existe derramado en la creación un poder inagotable de vida, que de la escoria de todos estos elementos desorganizadores, engendra nuevos séres, purificando en el crisol del tiempo el espíritu creador que los anima.

\*  
\* \*

Enero 23.

Sí, amigo, voy á partir; quiero experimentar los

efectos de la vida activa que tú me alabas; sé que la inacción me es nociva; pero te engañas si has creído que mi existencia está al presente inactiva. El águila se goza en su área sublime; el león en su guarida solitaria; sólo al hombre no le es dado encontrar reposo en ninguna parte; su vida es un peregrinaje continuo y fatigoso hasta el día en que la eternidad se abre á sus ojos. Cada máquina tiene su resorte principal que rige todos sus movimientos; pero la humana tiene infinitos que ponen en ejercicio constante sus facultades. Siento separarme de estas buenas gentes y de lugares que han endulzado con su atractivo las penas de mi corazón; pero mi salud ya está restablecida y algunos negocios de interés me llaman á la Capital: mañana pienso ponerme en camino.

\*  
\*  
\*

Febrero 4.

La casa que habito está situada en uno de los sitios más hermosos de esta ciudad. Las ventanas de mi aposento miran á la alameda, y el Plata extiende ante mis ojos sus ondas turbulentas y majestuosas. Hoy al toque de diana me levanté, abrí una de las ventanas y me senté á respirar el aura fresca y aromática del Oriente. ¡Qué espectáculo! El cielo estaba sereno; el sol rielaba el horizonte diáfano con sus cárdenos rayos; las aguas del padre de los rios se hallaban en una perfecta calma: todo era silencioso, y solo se oía el suave choque de las olas que besaban las peñas en cadencia y armonía. Un dulce sueño de ilusiones se amparó de mi imaginación, no me sentía á mi mismo; mas de repente hi-

rió mis oídos un sordisónico murmullo; desperté; tendí la vista, y ví que era el ruido que hacían los habitantes esparcidos por la alameda. El astro del día flameaba ya en el firmamento y se miraba con placer en el espejo inmenso del Plata. Las pasiones de los hombres al ver la luz se habían despertado: yo salí como ellos de mi letargo, y mi ilusión se fué.

\*  
\* \*

Febrero 10.

Asisto al paseo público diariamente sin salir de casa. Llega la tarde, me siento en mi ventana, y veo pasar á los curiosos, á los afligidos, á los enamorados, ó á los que la vanidad del lujo trae á la Alameda. De toda esta multitud de gentes que se reúnen por diversos motivos en un mismo sitio, los vanos me parecen los menos disculpables. El curioso viene por satisfacer un instinto casi natural; el afligido porque se imagina que la diversidad de objetos, el ruido que hacen los que van y vienen, podrán aliviar el peso de su corazón, y el enamorado por buscar el alimento exquisito de la pasión que lo domina; pero el vano es arrastrado por una inclinación baja y pueril, por el innoble deseo de saciar su mezquina ambición con las miradas, las críticas ó los elogios de los tontos á quienes su ostentación deslumbra. A las mujeres se les puede tolerar esta pequeña extravagancia anexa á la debilidad de su sexo, porque en cambio poseen las gracias, la belleza y ese deslumbrante atractivo, gloria y tormento de nuestros corazones. Pero á los hombres, no, porque el hombre nació para más alto fin, para pensamientos más nobles y elevados. Hay otra clase de seres, mofa ó

irrisión de la especie humana que frecuentan mucho los paseos públicos, y en general todas las reuniones donde pueden introducirse; estos son los pisaverdes ó paquetes como aquí les llaman. Su ocupación es mirarse y remirarse, tocarse y retocarse; caminar á compás como en la danza, andar siempre á la moda y hacer centro del mundo su cerebro microscópico. A esta alameda asisten algunos; pero excuso hablar- te de ellos porque Buffon, creo, trata largamente de esta clase en el capítulo micos. Me acuerdo que ayer vi uno de estos entes perseguir con sus mirá- das y ademanes una señorita bella é interesante por su exterior modesto, la que visiblemente se fastidiaba de sus atenciones. ¡Pobres hombres!

\*  
\* \*

Febrero 17.

Mi anterior la interrumpieron los dulces ecos de una vihuela y la tierna y quejumbrosa voz de un enamorado que había escogido el silencio de la noche para venir á cantar los quebrantos de su corazón al pie mismo de la ventana donde dormía tranquilamente la causadora de ellos. ¡Qué cruel debe de ser el martirio del que ama sin ser correspondido! A medida que su pasión crece, á medida que su imaginación se engolfa en la ilusión encantadora de la posesión del objeto amado, cada desdén es un puñal agudo que se clava en su corazón, ó una sierpe que roe envenenando sus entrañas; cada desengaño una nube opaca que se levanta á oscurecer el astro de su esperanza. Es de compadecer el que se halle en semejante situación. ¡Ah, mujeres! ¡cuán fatales son vuestros atractivos! Una mirada dulce de vuestros hermosos ojos,

llena de delicias y angustias nuestros corazones y pone en tormenta deshecha nuestras pasiones tranquilas; y cuando una mirada tierna puede arrancarnos del pecho el aguijón doliente y calmar nuestra agitación, no la dais y os deleitais en clavar más profundamente la envenenada vira y en ver consumirse en sus propios fuegos al infeliz que no fué de hielo á vuestros incentivos.

Los versos siguientes, según recuerdo, son los que cantaba el amante mal correspondido; pero esos tristes ecos los llevó el viento. Ninguna voz consoladora le dijo siquiera: «te he oído, pero tus esperanzas son vanas.»

Al bien que idolatro busco  
desvelado noche y día,  
y tras su imagen me lleva  
la esperanza fementida,  
prometiéndome halagüeña  
felicidades y dichas.  
Angel tutelar que guardas  
su feliz sueño, decidla,  
las amorosas endechas  
que mi guitarra suspira.

Sobre el universo en calma  
reina la noche sombría,  
y las estrellas flamantes  
en el firmamento brillan:  
todo reposa en la tierra,  
sólo vela el alma mía.  
Angel tutelar, etc.

Como el ciervo enamorado  
tras la corza se fatiga,  
que de sus halagos huye



desapiadada y esquivada,  
así yo corro afanoso  
en pos del bien de mi vida,  
Angel tutelar, etc.

El contento me robaste  
con tu encantadora vista,  
y sin quererlo te hiciste  
de un inocente homicida.  
Vuelvelo la paz al menos  
con tu halagüena sonrisa.  
Angel tutelar, etc.

\* \* \*

Febrero 28.

Mi corazón es un torrente inflamado que en vano quiero comprimir; él hierve, se agita, rebosa y rompe con el ímpetu ciego de un torbellino; mi fantasía le presta sus alas, y ambos me transportan fuera de mí con vuelo impetuoso y sublime. ¿Qué es, amigo, la razón cuando las pasiones son tan activas y fogosas? Si una idea se despierta en mi mente, mi imaginación se ampara de ella. La vuelve y la revuelve dándole mil formas y revistiéndola de apariencias monstruosas ó inefables, y luego se pierde con estas imágenes fantásticas en las regiones del infinito. Si un sentimiento se despierta en mi corazón, corro en pos de él con la velocidad del rayo, lo abrazo, lo comprimo en mi seno y lo reduzco al fin en mis insensatos transportes á cenizas y á nada, como aquel meteoro inflamado los objetos que toca. Todos mis sentimientos é ilusiones son como relámpagos fugaces que ofuscan un instante con su vivo resplandor y desaparecen dejando sumergido al infeliz peregrino en

lúgubre y espantable noche: así la felicidad huye de mí velozmente porque todo me sacia y empalaga, ó más bien porque nada es capaz de llenar este vacío inmenso de mi corazón.

Estoy asombrado de mí mismo: quisiera ver por momentos aletargadas todas mis facultades ó estar sumergido en un profundo sueño. Mi cerebro es un caos donde se agita un mundo de elementos heterogéneos. Mis pasiones son infinitas y las cosas de la tierra de un día, de una hora, de un instante, son humo ante el viento embravecido, ó átomos en la inmensidad. Mi primer cuidado al llegar aquí fué el de obtener noticias ciertas sobre el hermano y el novio de María: un amigo empleado en la secretaría de guerra me prometió dármelas pronto, y áun hacer empeño para que se diese de baja á estos dos jóvenes, único apoyo de una familia indigente y desgraciada. Determiné aguardar el resultado de estas promesas antes de escribir á la madre de María, deseando comunicarle algo que minorase la cruel ansiedad en que las dejé. Pero, amigo, mis esperanzas han sido burladas por una catástrofe terrible que ha venido á consumir los infortunios de esa familia, y á llenar de llanto y duelo otras muchas de nuestra campaña. El escuadrón de milicianos donde estaban incorporados el hermano y el novio de María, ha sido destruido completamente por un enjambre de indios que lo sorprendió al amanecer. Apenas escaparon ocho soldados, que han venido derramando con la voz de indios y de derrota, el terror y el espanto por todos los ámbitos de la provincia. El hermano y el novio de María murieron en la refriega peleando valerosamente. María ha perdido la razón, y su infeliz madre llora sobre el cadáver del único apoyo de su vejez y

sobre el infortunio de su única compañera en medio del desierto. La he enviado un socorro de dinero, ya que no me es dado dar ningun consuelo á esas desgraciadas.

\*  
\* \*

Enero 5.

Cuánto siento, amigo, haber venido á encerrarme en esta estrecha prisión: yo no puedo respirar entre los muros de las ciudades. Mi sangre no circula casi, aquí no hay alimento para mi fantasía, el horizonte de mi vista es muy limitado, y me voy consumiendo á mí mismo poco á poco. A veces me imagino estar en medio de los llanos desiertos de nuestros campos y respirar libre su aire vivificante: me levanto, salgo de casa y camino velozmente por la primera calle que se me presenta, con la vista inclinada al suelo; pero el ruido de los pasantes, los encontrones que me dan, disipan bien pronto mi ilusión, y me retiro fatigado y el corazón oprimido. Así es que he tomado el partido de no salir á pasear sino al claro de la luna y cuando el sueño retiene á los habitantes en sus moradas. Nunca olvidaré esos placenteros días que he pasado en la campaña. Allí yo podía entregarme libremente á los caprichos de mi fantasía; la naturaleza con toda su pompa y majestad se ostentaba á mis ojos; podía contemplar el oriente y el ocaso del sol en el lejano y diáfano horizonte, é ir á contar á la luna silenciosa y á las estrellas, la angustia de mi corazón.

Estoy deseando desprenderme de una vez de mis negocios para salir de este encierro.

\*  
\* \*

Enero 30.

Ayer con la aurora dejé mi habitación, alquilé un bote y salí con dos marineros á pasearme por el gran río. El viento soplaba fresco del sur, el tiempo estaba sereno, amainamos la velilla y nos alejamos como volando de la costa. Virábamos aquí y allí, y la aguda quilla de nuestro bote se deslizaba haciendo un murmullo apacible como por una superficie de cristal resplandeciente. Visitamos algunas embarcaciones extranjeras de la rada exterior, que como tú sabes, dista de 4 á 5 leguas de la costa, y dirigimos nuestra proa á tierra. El viento soplaba con vigor; las olas crecían y se encrespaban, y el cielo cubierto de nubes eclipsaba los rayos del Sol. Un murmullo sordisono resonaba á lo lejos, y las marinas aves, nuncias de la tempestad, se mecían con vuelo oblicuo en las nubes ó arrastraban sus alas por las concavidades y las crestas espumosas de las ondas. Yo empuñé el timón; los marineros apuraban el remo; pero el choque de las olas y del viento inutilizaba mis esfuerzos. Nuestras fuerzas se agotaban en lucha tan desigual; el río levantaba más y más sus olas encrespadas, los relámpagos flameaban y el trueno retumbaba horrísonamente entre las nubes. El débil pino que nos sostenía, subía en la cresta de las ondas hasta las nubes, y luego descendía entre dos montañas móviles de agua que nos cubrían el horizonte, desplomándose al punto con murmullo horrísono en el cauce espumoso de las aguas. El instinto de la vida sustentaba nuestro ánimo y hacía redoblar nuestros esfuerzos. La costa estaba á nuestra vista, pero un mar irritado nos separaba de ella. Dominados por la idea del peligro, nuestras almas se hicieron insensibles al aspecto iracundo y

terrorífico de la naturaleza. Nuestras fuerzas se agotaron, y los remos y el timón fueron presa de las olas, y el bote casi lleno de agua flotaba á merced de ellas. Pero la esperanza nos sustentaba en medio de los conflictos de la muerte. Un bote cargado de hombres zozobró á nuestra vista; los infelices flotaron un instante sobre las aguas, pero fueron luego envueltos en sus tumultuosos remolinos. Nosotros fuimos más felices: un torrente de lluvia se desplomó del cielo; sopló el viento del oriente, y empujado por él y por las olas, nuestro bote encalló de repente sobre la arena. La ribera estaba cubierta de gente: empapados de agua y quebrantados de fatiga, llegamos á ella después de haber caminado un largo trecho con el agua á la cintura. A mí me llevaron, no sé cómo á casa, y ahora que te escribo, ya me encuentro restablecido y contento de un accidente que me ha hecho ver de cerca la muerte y un espectáculo maravilloso y sublime. El relámpago flamígero; el trueno horrisonante; ese hervir impetuoso de las olas; esas montañas de agua que se levantan bramando y se desploman en el abismo; el silbido del viento embravecido; esos escuadrones espesos de nubes que marchan majestuosamente chocándose con violencia y despidiendo de repente un rayo luminoso que abrasa el firmamento y nos deslumbra; esa agitación, en fin, de los elementos, han producido en mí emociones indecibles y levantado mi espíritu á una esfera sublime. Allí ningún pesar, ningún recuerdo triste vino á atribularme, y embebida toda mi imaginación en el sublime espectáculo que la rodeaba, se olvidaba del mundo y de los hombres.

Febrero 1<sup>o</sup>.

Acabo de recibir mis libros: he separado algunos poetas, y los demás pienso regalarlos á la biblioteca pública. Como sé que tú tienes una excelente colección, por eso no te los ofrezco. Tú extrañarás, sin duda, mi despego por lo que hizo en otro tiempo la delicia de mis días; pero te diré que ya he perdido el gusto por la lectura. Mi imaginación concibe, abarca, crea, con más rapidez que la que un filósofo emplea para escribir una frase; y mi corazón engendra más sentimientos y pasiones.

Además, encuentro que, en general, los escritores de esas ciencias son unos pedagogos insoportables; quieren tratar á los hombres como á niños y les dicen con tono magistral y un compás en la mano: este camino has de seguir para ser feliz; este sentimiento has de tener para no dejarte ofuscar por las pasiones y errar la senda; este pensamiento ha de ser el ídolo de tu mente si quieres ser siempre virtuoso y feliz; y cada uno aferrado á su infalible sistema divide en categorías al corazón humano y le señala la senda del bien y de la virtud. ¿Y á cuál, entretanto, atenerse para no errar? A ninguno, porque todos nos han dado los desvarios de su imaginación por reglas infalibles de moral y de filosofía. ¿Y á qué sirve tanto fárrago de doctrinas? A llenar de dudas el ánimo, á desmoralizar al hombre y poner muchas veces á la razón en guerra abierta con los sentimientos espontáneos del corazón. Estoy convencido de que el más simple campesino sabe más sobre moral que el más sabio filósofo: es verdad que él no explica ni analiza sus sentimientos; pero es feliz ignorando cómo siente y cómo piensa. A fuerza de reglas y preceptos pierden su fuerza.

los sentimientos más naturales, se ofusca la imaginación, y se engendran mil facticios que pervierten el corazón.

A mí me agrada el conversar con un autor que me haga confidente de sus pensamientos, porque su sociedad me instruye, despertando en mi espíritu alguna nueva serie de reflexiones: pero el que me habla en tono enfático y magistral provoca mi enojo y menosprecio. Las reglas y los preceptos violentan las inclinaciones naturales y convierten, á menudo, los sentimientos más pacíficos en pasiones frenéticas y fatales.

Un gran poeta es para mí el genio por excelencia, porque él me comunica sus sentimientos más sublimes ó delicados, revestidos con el mágico colorido de la imaginación; habla á mi corazón y á mi fantasía; me deleita y me instruye haciéndome ver los extravíos y las consecuencias funestas de las pasiones exaltadas; al mismo tiempo que engrandece el círculo de mis ideas y hace fecundar en mi corazón los sentimientos elevados y generosos. Estas observaciones te explicarán mi predilección por los libros de poesía y mi resolución de deshacerme de los de moral, filosofía, etc. Además el principio que me ha dirigido en mis lecturas ha sido siempre el de saber lo que pensó en tal época éste ó aquel filósofo sobre los problemas vitales de la humanidad; y como mi curiosidad se halla ya satisfecha, sus escritos me son inútiles, pues estoy convencido de que la única y mejor norma para obrar bien es el corazón, cuando éste no está corrompido. Pero se me dirá: ¿cómo atajar el mal de las inclinaciones viciadas? Entonces, yo responderé: nada pueden las declamaciones de la filosofía cuando el germen de la virtud está corrompido; así como la medicina es impotente cuando la gangrena ha des-

truido el principio vital de un órgano ó de un miembro.

\*  
\*  
\*

Febrero 8.

Te dije en una de mis anteriores que estaba comprometido á acompañar á una tertulia de baile á doña Ana, antigua amiga de mi madre. Acabo de entrar á mi cuarto, de vuelta, despues de haber pasado dos horas las más deliciosas de mi vida. Yo no sé cómo mi triste corazón ha podido tan fácilmente abrirse á las impresiones halagüeñas: aun no puedo explicármelo. ¡ Tal vez el poder de la hermosura! ¡ Tal es la magia encantadora de un alma angélica y sensible! ¡ Oh inconstancia del corazón humano! que yo he pasado en un instante, del abismo de la congoja al cielo de la gloria y de las delicias! ¿Y cómo no, amigo? He encontrado en la tertulia de... á la mujer más amable y más hermosa que existe sobre la tierra. Sí; la ilusión no me engaña; es imposible hallar reunidas en un mismo sér, más gracia con más sencillez, más discreción con más juventud, más candor con más inteligencia y talento, más amabilidad, en fin, con más ternura y sensibilidad, y yo he conversado con ella y me he embriagado de placer al mirarla, y he sostenido en mis manos su cuerpo gentil y aéreo.

Eran las nueve: la concurrencia era muy numerosa y lucida; y yo miraba, espectador indiferente, dirigirse sobre mí, como foráneo, las miradas curiosas de las bellas que componían aquella brillante reunión. Cuchicheaban en secreto de cuando en cuando, y me parecía que se decían al oído: ¿quién será ese hombre tan frío y taciturno? Levantéme del rincón donde



estaba apoltronado y me dirigí al sofá, donde doña Ana conversaba con la dueña de casa. Entré en conversación con ellas, mientras las jóvenes y señoras disfrutaban enajenadas del dulce placer de la danza, cuyos compases seguía el piano con su armonía sonora. — Usted ha venido en mal día, díjome la amable señora; nuestra tertulia está hoy algo triste; falta el alma de nuestra reunión, la señorita Luisa C. . . .

— ¡Qué! ¿no vendrá Luisita? exclamó en voz alta un concurrente: se hace hoy desear mucho. Y al nombre de Luisita todo el concurso se puso en expectación. La contradanza se deshizo, y se formaron en el recinto de la sala varios grupos á conversar. — Usted extrañará, sin duda, continuó la señora, el interés que manifiestan mis amigas por Luisita, pero es preciso que usted sepa para que no se sorprenda, que esa señorita es el ornamento más lucido de esta sociedad, por su carácter amable y bondadoso, y por su talento, gracias y jovialidad. Nuestros tertulianos no pueden pasarse sin ella y yo menos, pues cuando no viene me parece que falta algo en casa ó que los humores no están tan dispuestos á la jovialidad. — Desearía, le contesté, conocer una señorita tan cordialmente encarecida, pues creo que el aprecio general es el mejor garante del mérito de las personas y de la bondad de las cosas. En esto se presentó en la puerta de la sala la señorita Luisa. Toda la reunión se puso en movimiento; los corrillos se disolvieron; varios jóvenes se adelantaron á saludarla. Ella correspondió graciosamente y corrió al sofá donde yo estaba á abrazar á mi amiga la dueña de casa. — Querida, ¿por qué te has tardado tanto? Te has hecho desear mucho esta noche; nuestros concurrentes estaban inquietos por ti, y aun este caballero, nuevo en nuestra sociedad, ha partici-

pado del interés que todos han manifestado, pues que te creíamos enferma. —Varios incidentes me han impedido el poder venir antes, y debo regocijarme de ello, pues que esta circunstancia me presta la ocasión de conocer más el sincero cariño que me profesan mis amigas y las buenas ausencias que hacen de mí. En cuanto á este señor, no puedo lisonjearme de que mi ausencia le haya inquietado en algún modo, pero sí creo que el interés que han manifestado mis amigas haya obrado en su espíritu de un modo favorable á mi persona.—Señorita, le contesté: yo he deseado, como todos, la presencia de usted, y ahora le digo sinceramente que hubiera sentido sobremañera haber perdido la ocasión de conocer á una persona tan dignamente encarecida. En esto entraron varias señoras; la conversación general se interrumpió y yo quedé hablando á mis anchas con Luisa. ¡Qué candor! ¡qué amabilidad! De sus labios encarnados fluían las palabras más dulces que la miel, más hechiceras que las del amor. La pureza de su corazón resplandecía en sus negros ojos, y á medida que la escuchaba, una especie de fluido magnético, saliendo de toda su persona, se derramaba suavemente por todos mis sentidos y potencias, y los encadenaba.

En ese momento se trató de bailar una contradanza. Varios jóvenes se apresuraron á convidarla, pero ya estaba comprometida conmigo. Salimos, rompió el piano. ¡Oh! cómo se llevaba la vista de todos, qué agilidad, qué gracia tan natural! Me parecía que todos me miraban con envidia porque sustentaba en mis brazos aquel talle tan airoso y elegante, aquel cuerpo tan gentil y aéreo. Jamas he sido tan bailarín ni nunca los juegos de Terpsícore me han embelesado tanto.

Cesó la contradanza, continuó el baile y fué necesario ceder por prudencia mi compañera á la impaciencia de los jóvenes que se la disputaban. Llegó mi turno al fin y salimos á bailar un valse. ¡Oh! ¡qué delicia! Aun me parece que la sostengo en mis brazos, ligera y fragante como una sílfide aérea impregnada del ambar de las flores. Rompe el piano el compás, y nosotros partimos como el viento, rodamos por aquí y allí por el ámbito de la sala, como dos plumas en el espacio. Todo pasaba como torbellino al rededor de nosotros y aparecía confusamente. Todas las potencias de Luisa estaban en el baile, y yo todo en ella. La vista de los circunstantes seguía embebida en nuestros rápidos movimientos y nosotros volábamos casi sin hollar la tierra. En aquel instante, amigo, me parecía que un ángel me llevaba sobre sus alas etéreas á la región inefable del amor y de la gloria. La ilusión se fué, pero su dulce imagen me llena aún de delicia.

\*  
\*  
\*

Febrero 12.

Son las siete de la tarde. El cielo está sereno y trasparente; el Plata en calma, refleja al cerúleo firmamento, y ambos parecen dos amigos que se miran regocijados. Los vientos duermen y mi corazón participa de este halagüeño reposo de la naturaleza. Mil rientes imágenes vagan en derredor de mi mente y una de ellas más pura que un ángel me sonríe cariñosa y me muestra en lo porvenir un mundo de glorias y deleites inefables. ¿Qué mudanza tan repentina es esta? No puedo explicármela. ¿Serán, amigo, ilusiones fugaces, como todas las que han alimentado

hasta aquí mi vida? Qué importa: el náufrago que lucha fatigado con las aguas debe asirse de la primer tabla que se le presente, aunque luego las olas turbulentas y encrespadas lo envuelvan de nuevo en sus tumultuosos remolinos.

Ella ocupa todas mis potencias, me sigue por todas partes, la veo en todos lugares, me sonríe en mis sueños y es el ángel tutelar de mi vida.

---

## APOLOGÍA DEL MATAMBRE

### CUADRO DE COSTUMBRES ARGENTINAS

Un extranjero que ignorando absolutamente el castellano, oyese por primera vez pronunciar, con el énfasis que inspira el hambre, á un gaucho que va ayuno y de camino, la palabra *matambre*, diría para sí muy satisfecho de haber acertado: éste será el nombre de alguna persona ilustre, ó cuando menos el de algún rico hacendado. Otro que presumiese saberlo, pero no atinase con la exacta significación que unidos tienen los vocablos *mata* y *hambre*, al oírlos salir rotundos de un gajnate hambriento, creería sin duda que tan sonoro y expresivo nombre era de algún ladrón ó asesino famoso. Pero nosotros acostumbrados desde niños á verlo andar de boca en boca, á chuparlo cuando de teta, á saborearlo cuando más grandes, á desmenuzarlo y tragarlo cuando adultos, sabemos quién es, cuáles son sus nutritivas virtudes

y el brillante papel que en nuestras mesas representa.

No es, por cierto, el matambre ni asesino ni ladrón; lejos de eso, jamás que yo sepa, á nadie ha hecho el más mínimo daño: su nombradía es grande; pero no tan ruidosa como la de aquellos que haciendo gemir la humanidad, se extiende con el estrépito de las armas, ó se propaga por medio de la prensa ó de las mil bocas de la opinión. Nada de eso; son los estómagos anchos y fuertes el teatro de sus proezas, y cada diente, sincero apologista de su blandura y generoso carácter. Incapaz por temperamento y genio de más ardua y grave tarea, ocioso por otra parte y aburrido, quiero ser el órgano de modestas apologías, y así como otros escriben las vidas de los varones ilustres, transmitir si es posible á la más remota posteridad, los histórico-verídicos encomios que sin cesar hace cada quijada masticando, cada diente crujiendo, cada paladar saboreando, al jugoso é ilustrísimo matambre.

Varón es él como el que más, y si bien su fama no es de aquellas que al oro y al poder prodiga la rastrera adulación, sino recatada y silenciosa como la que al mérito y la virtud tributa á veces la justicia; no por eso á mi entender debe dejarse arrinconada en la región epigástrica de las innumerables criaturas á quienes da gusto y robustece, puede decirse, con la *sangre de sus propias venas*. Además, porteño en todo, ante todo y por todo, quisiera ver conocidas y mentadas nuestras cosas allende los mares, y que no nos vengan los de *extranjis* echando en cara nuestro poco gusto en el arte culinario, y ensalzando á vista y paciencia nuestra los indigestos y empalagosos manjares que brinda sin cesar la gastronomía á su estragado apetito: y esta ráfaga también de espíritu nacional, me

mueve á ocurrir á la comadrona intelectual, á la prensa, para que me ayude á parir si es posible sin el auxilio del *forceps*, este más que discurso apologético.

Griten en buenhora cuanto quieran los taciturnos ingleses, *roast-beef*, *plum pudding*; chillen los italianos, *macaroni*; y váyanse quedando tan delgados como una I ó la aguja de una torre gótica. Vocean los franceses *omelette soufflée*, *omelette au sucre*, *omelette au diable*; digan los españoles con sorna, *chorizos*, *olla podrida*, y más podrida y rancia que su ilustración secular. Griten en buenhora todos juntos, que nosotros apretándonos los flancos soltaremos zumbando el palabron *matambre*, y taparemos de cabo á cabo su descomedida boca.

Antonio Pérez decía: «Sólo los grandes estómagos digieren veneno,» y yo digo: sólo los grandes estómagos dijeren matambre. No es esto dar á entender que todos los porteños los tengan tales, sino que sólo el matambre alimenta y cria los estómagos robustos, que en las entendederas de Pérez eran los corazones magnánimos.

Con matambre se nutren los pechos varoniles avezados á batallar y vencer, y con matambre los vientres que los engendraron: con matambre se alimentaron los que en su infancia, de un salto escalaron los Andes, y allá en sus nevadas cumbres entre el ruido de los torrentes y el rugido de las tempestades, con hierro ensangrentado escribieron: *independencia*, *libertad*; y matambre comen los que á la edad de veinte y cinco años llevan todavía babador, se mueven con andaderas y gritan balbucientes: papá... papá. Pero «á juventudes tardías, largas y robustas vejeces», dice otro apotegma que puede servir de cola al de Pérez.

Siguiendo, pues, en mi propósito, entraré á averiguar quién es tan ponderado señor, y por qué sendas viene á parar á los estómagos de los carnívoros porteños.

El matambre nace pegado á ambos costillares del ganado vacuno y al cuero que le sirve de vestimenta; así es que hembras, machos y áun capones tienen sus sendos matambres, cuyas calidades comibles varían según la edad y el sexo del animal: macho es, por consiguiente, todo matambre cualquiera que sea su origen, y en los costados del toro, vaca ó novillo adquiere jugo y robustez. Las recónditas transformaciones nutritivas y digestivas que experimenta el matambre hasta llegar á su pleno crecimiento y sazón, no están á mi alcance: naturaleza en esto, como en todo lo demás de su jurisdicción, obra por sí, tan misteriosa y cumplidamente, que sólo nos es dado tributarle silenciosas alabanzas.

Sábese sólo que la dureza del matambre de toro rechaza al más bien engastado y fornido diente, mientras que el de un jóven novillo y sobre todo el de vaca, se deja masticar y comer por dientecitos de poca monta y áun por encías octogenarias.

Parecer común es, que á todas las cosas humanas, por más bellas que sean se le puede aplicar pero, por la misma razón que la perspectiva de un valle ó de una montaña varía según la distancia ó el lugar de donde se mira y la potencia visual del que la observa. El más hermoso rostro mujeril suele tener una mancha que amortigua la eficacia de sus hechizos; la más casta resbala, la más virtuosa cojea: Adán y Eva las dos criaturas más perfectas que vió jamás la tierra, como que fueron la primera obra en su género del artífice supremo, pecaron; Lili por flaqueza y vanidad, el otro porque fué de carne y no de piedra á los in-

centivos de la hermosura. Pues de la misma mismísima enfermedad de todo lo que entra en la esfera de nuestro poder, adolece también el matambre. Debe haberlos, y los hay, buenos y malos, grandes y chicos, flacos y gordos, duros y blandos; pero queda al arbitrio de cada cual escoger el que mejor pete á su paladar, estómago ó dentadura, dejando siempre á salvo el buen nombre de la especie matambruna, pues no es de recta ley que paguen justos por pecadores, ni que por una que otra indigestión que hayan causado los gordos, uno que otro sinsabor debido á los flacos, uno que otro aflojamiento de dientes ocasionado por los duros, se lance anatema sobre todos ellos.

Cocida ó asada tiene toda carne vacuna un dejo particular ó *sui generis*, debido según los químicos, á cierta materia roja poco conocida, y á la cual han dado el raro nombre de *osmozona* (olor de caldo). Esta sustancia, pues, que nosotros los profanos llamamos jugo exquisito, sabor delicado, es la misma que con delicia paladeamos cuando cae por fortuna en nuestros dientes un pedazo de tierno y gordiflaco matambre: digo gordiflaco, porque considero esencial este requisito para que sea más apetitoso; y no estará demás referir una anecdotilla, cuyo recuerdo saboreo yo con tanto gusto como una tajada de matambre que chorree.

Era yo niño mimado, y una hermosa mañana de primavera llevéme mi madre acompañada de varias amigas suyas, á un paseo de campo. Hízose el tránsito á pie, porque entonces eran tan raros los coches como hoy el metálico; y yo, como era natural, corrí, salté, brinqué con otros que iban de mi edad, hasta más no poder. Llegamos á la quinta: la mesa tendida para almorzar nos esperaba. A poco rato cubriéronla



de manjares y en medio de todos ellos descollaba un hermosísimo matambre.

Repuntaron los muchachos que andaban desbandados y despacháronlos á almorzar á la pieza inmediata, mientras yo, en un rincón del comedor, haciéndome el zorrocloco, devoraba con los ojos aquel prodigioso parto vacuno. «Véte, niño, con los otros,» me dijo mi madre; y yo agachando la cabeza me sonreía y me acercaba: «Véte, te digo» repitió; y una hermosa mujer, un ángel, contestó: «No, no, déjelo usted almorzar aquí,» y al lado suyo me plantó de pie en una silla. Allí estaba yo en mis glorias: el primero que destrizaron fué el matambre; dieron á cada cual su parte, y mi linda protectora con hechicera amabilidad, me preguntó: «¿Quieres, Pepito, gordo ó flaco?» «Yo quiero, contesté en voz alta: gordo, flaco y pegado,» y gordo, flaco y pegado repitió con gran ruido y risotadas toda la femenina concurrencia, y dióme un beso tan fuerte y cariñoso aquella preciosa criatura, que sus labios me hicieron un moretón en la mejilla y dejaron rastros indelebles en mi memoria.

Ahora bien, considerando que este discurso es ya demasiado largo y pudiera dar hartazgo de matambre á los estómagos delicados, considerando también que como tal, debe acabar con su correspondiente peroración ó golpe maestro oratorio, para que con razón palmeen los indigestos lectores, ingenuamente confieso que no es poco el aprieto en que me ha puesto la maldita humorada de hacer apologías de gente que no puede favorecerme con su patrocinio. Agotado se ha mi caudal encomiástico y mi paciencia, y me siento abrumado por el enorme peso que inconsideradamente eché sobre mis débiles hombros.

Sin embargo, allá va, y obre Dios que todo lo puede, porque sería reventar de otro modo. Diré sólo en descargo mío, que como no hablo ex-cátedra, ni ex-tribuna, sino que escribo sentado en mi poltrona, saldré como pueda del paso, dejando que los retóricos apliquen á mansalva á este mi discurso su infalible fallo literario.

Incubando estaba mi cerebro una hermosa peroración, y ya iba á escribirla, cuando el interrogante «¿qué haces?» de un amigo que entró de repente, cortó el rebesino á mi pluma. — ¿Qué haces? repitió. — Escribo una apología. — ¿De quién? — Del matambre. — ¿De qué matambre, hombre? — De uno que comerás si te quedas, dentro de una hora. — ¿Has perdido la chaveta? — No, no, la he recobrado, y en adelante sólo escribiré de cosas tales, contestando á los impertinentes con: fué humorada, humorada, humorada. Por tal puedes tomar, lector, este largo artículo; si te place, por peroración el fin; y todo ello, si te desplace, por nada.

Entre tanto te aconsejo, que si cuando lo estuvieses leyendo, alguno te preguntase: ¿qué lee usted? le respondas como Hamlet á Polonio: «*words, words, words*;» palabras, palabras, palabras, pues son ellas la moneda común y de ley con que llenamos los bolsillos de nuestra avara inteligencia.

---

## LA REPUTACIÓN Y LA GLORIA

(Fragmento del DOGMA SOCIALISTA)

Sentados y reconocidos los antecedentes principios, sólo serán para nosotros glorias legítimas, aquellas que hayan sido adquiridas por la senda del honor; aquellas que no estén manchadas de iniquidad ó injusticia; aquellas obtenidas á fuerza de heroísmo, constancia y sacrificios; aquellas que hayan dejado, sea en los campos de batalla, sea en el gabinete, la prensa ó la tribuna, rastros indelebles de su existencia; aquellas, en suma, que pueda sancionar el incorruptible juicio de la filosofía.

Hay grande diferencia entre *gloria* y *reputación*. El que quiere reputación, la consigue. Ella se encuentra en un título, en un grado, en un empleo, en un poco de oro, en un vaivén del acaso, en aventuras personales, en la lengua de los amigos y de la lisonja rastrera.

La reputación es el humo que amblicionan las almas mezquinas y los hombres descorazonados.

Pero la reputación va á parar á menudo á un mismo féretro con el que la poseyó, y en un día se convierte en humo, polvo y nada. En vano grabará la vanidad sobre la lápida que la cubre un *nombre*. Ese nombre nadie lo conoce, es un enigma que nadie entiende, es algo que fué y dejó de ser como cualquier animal ó planta, sin que se sepa para qué lo vació Dios en el molde del hombre, y estampó en su frente la dignidad de la razón y la inteligencia.

La gloria es distinta. La gloria es como planta perenne, cuyo verdor nunca amarillea. La gloria echa raíces tan profundas, que llegan al corazón de la tierra, y se levanta á las nubes incontrastable como el cedro del Líbano.

La gloria prende y se arraiga en todos los corazones: la gloria es el himno perpetuo de alabanza que consagra un pueblo ó la humanidad reconocida al ingenio, á la virtud y al heroísmo.

La gloria es la riqueza del grande hombre adquirida con el sudor de su rostro.

Grande hombre es aquél que, conociendo las necesidades de su tiempo, de su siglo, de su país, y confiando en su fortaleza, se adelanta á satisfacerlas; y á fuerza de tesón y sacrificios, se labra con la espada ó la pluma, el pensamiento ó la acción, un trono en el corazón de sus conciudadanos ó de la humanidad.

Grande hombre es aquél cuya vida es una série de hechos y triunfos, de ilusiones y desengaños, de agonías y deleites inefables, por alcanzar el alto bien prometido á sus esperanzas.

Grande hombre es aquél cuya personalidad es tan vasta, tan intensa y activa, que abraza en su esfera todas las personalidades humanas, y encierra en sí mismo, en su corazón y cabeza, todos los gérmenes inteligentes y afectivos de la humanidad.

Grande hombre es aquél que el dedo de Dios señala entre la muchedumbre para levantarse y descollar sobre todos por la omnipotencia de su genio.

El grande hombre puede ser guerrero, estadista, legislador, filósofo, poeta, hombre científico.

Sólo el genio es supremo después de Dios. La supremacía del genio constituye su gloria y el apoteosis de la razón. El genio es la razón por excelencia.

Toda otra supremacía no es más que vanidad pueril, ignorancia sin seso. Pero desde la altura, donde el genio se sienta como soberano, hasta la más ínfima grada de la sociedad, hay mil escalones donde pueden colocarse otras tantas glorias también legítimas, pero más humildes: hay mil lugares para el hombre de mérito; mil lauros que puede ambicionar la capacidad, la virtud y el heroísmo, con tal que marchen por la senda del honor, y lleven siempre al frente de sus pretensiones, el título legítimo que las sanciona.

Ambición legítima es aquella que se ajusta á la ley, y marcha á sus fines por la senda que ella traza. Toda otra ambición, no es más que el frenesí de las más innobles pasiones, cubierto con la máscara del verdadero mérito.

El que se siente capaz de hacer una cosa, de llevar á cabo una grande empresa, de ocupar un puesto elevado, debe ambicionarlo; pero sin hollar la ley ni la justicia, ni emplear los medios reservados á la incapacidad y la malicia.

La astucia es un instinto animal que poseen en alto grado los hombres que carecen de inteligencia, y el cual emplean sin rubor para llegar á sus depravados fines.

La virtud y la capacidad marchan á cara descubierta: la hipocresía y la estupidez se la cubren.

No hay gloria individual legítima sin estas condiciones. En este crisol pondremos la reputación de nuestras notabilidades revolucionarias, en esta balanza las pesaremos, con esta medida las mediremos, y con ella queremos ser medidos.

Hemos entrado recién en la vía del progreso: estamos al principio de un camino que nos proponemos andar: no tenemos ni gloria, ni dignidad, nada po-

seemos. Cuando hayamos concluido nuestra carrera, estaremos prontos á aparecer ante el tribunal de las generaciones venideras, y á que se pesen nuestras obras en la misma balanza donde nosotros pesaremos las de la generación pasada.

Contados son, en nuestra opinión, los hombres que han merecido la reputación y honores que les ha tributado el entusiasmo de la opinión y de los partidos. Nos reservamos hacer un inventario de sus títulos y colocarlos en su verdadero pedestal. ¿A dónde irán á parar entonces todas esas reputaciones tradicionales, todos esos grandes hombres raquíuticos, todos esos pigmeos que la ignorancia y la vanidad han hecho colosos?

Difícil es discernir el verdadero mérito de los hombres públicos, cuando la opinión general no lo sanciona, sino lo proclaman las pasiones é intereses de sus partidarios. Nosotros que no hemos tenido todavía vida pública ni pertenecido á ningún partido; que no hemos contaminado nuestras almas con las iniquidades ni torpezas de la guerra civil; nosotros somos jueces competentes para conocerlo á fondo, y dar á cada cual según sus obras; y lo haremos sin consideraciones ni reticencias.

Todas las naciones tienen sus grandes hombres, símbolos permanentes de su gloria.

La gloria de sus grandes hombres es el patrimonio más querido de las naciones, porque ella representa toda su ilustración y progreso, toda su riqueza intelectual y material, toda su civilización y poderío. ¡Feliz la nación que cuenta entre sus hijos muchos grandes hombres! Nosotros tenemos pocos, pero su gloria constituye el patrimonio de la patria, y no la repudiaremos.

La única gloria que puede legitimar la filosofía en el soldado, es aquella conquistada en los campos de batalla, luchando por la causa de la independencia y la libertad de su patria.

Vosotros militares que os envaneceis con llevar en vuestros hombros insignias y en vuestros pechos medallas, miradlas bien, no estén salpicadas de sangre fratricida; ruborizaos y arrojadlas, si así fuere; vuestra gloria es entonces hija de maldición.

La única gloria que puede legitimar la filosofía en el magistrado, el legislador y el estadista, es aquella que se muestra pura y deja rastros permanentes de sabiduría, de razón, de inteligencia.

Vosotros legisladores, estadistas, magistrados, que os llenais de orgullo porque os sentásteis en la silla del poder, y la turba repitió vuestro nombre, ved primero si fuisteis acreedores á aquella dignidad, y si vuestras obras y pensamientos han sido de alguna utilidad á la patria.

La única gloria que puede legitimar la filosofía en el pensador, el literato ó el escritor, es aquella que ilustra y civiliza, que extiende la esfera del saber humano, y que graba en diamante con el buril del genio sus obras inmortales.

Vosotros literatos, escritores y pensadores, que os vanagloriais tanto de vuestro saber y del incienso que os prodiga la ciega muchedumbre; mostradnos los títulos de vuestras obras, los partos de vuestro ingenio, el tesoro de vuestra ciencia y la sabiduría de vuestra doctrina; mostradla pronto, que andamos desvalidos y descaminados por falta de luz; sed caritativos por Dios con vuestros hermanos. Miraos bien, no enterreis con vuestro nombre y vuestra fama ese tan decantado tesoro.

Las glorias *colectivas* de la revolución, son aquellas conquistadas por el heroico esfuerzo de la nación en la guerra de la independencia, y por los patriotas de Mayo y Julio: todas ellas son santas y legítimas.

La filosofía sólo puede absolver las batallas emancipadoras, porque de la sangre que derraman brota la libertad, y de las ruinas y cadáveres que siembran, nace la vida y resurrección de un pueblo.

La guerra civil y la conquista producen solamente la muerte y la tiranía, y son hijas de abominación. ¡Qué lauro aquel teñido en sangre de hermanos, ó enrojecido con sangre de oprimidos!

Un pueblo que cuenta glorias legítimas en su historia, es un pueblo grande que tiene porvenir y misión propia.

El pueblo argentino llevó el estandarte de la emancipación política hasta el Ecuador. La iniciativa de la emancipación social le pertenece. Su bandera será el símbolo de dos revoluciones; el sol de sus armas, el astro regenerador de medio mundo.

---

## RÉPLICA AL SEÑOR ALCALÁ GALIANO (1)

Hemos leído en los números 234, 35 y 36 del *Comercio del Plata*, un artículo titulado «Consideraciones sobre la situación y el porvenir de la literatura

(1) Las palabras que van entre comillas, son textuales del señor Galiano.



hispano-americana,» en el cual el señor Alcalá Galiano, literato español, asegura que la literatura americana «se halla todavía en mantillas;» y explicando este fenómeno por consideraciones que no revelan sino una suma ignorancia del verdadero estado social de la América, el señor Galiano lo atribuye á haber los Americanos «renegado de sus antecedentes y olvidado su nacionalidad de raza;» por lo cual parece buenamente aconsejarles vuelvan á la tradición colonial, ó lo que es lo mismo, se pongan á *remolque* de la España, á fin de que su literatura adquiera «un alto grado de esplendor.»

• Como á pesar de la ventajosa posición de la España, de que ella tiene muy bellas tradiciones literarias, y literatos de profesión que cuentan con medios abundantes de producción, y con un vasto teatro para la manifestación del pensamiento,—ventajas de que carecen los escritores americanos;— como, á pesar de todo esto, nosotros no reconocemos mayor superioridad literaria, en punto á originalidad, en la joven España sobre la América, nos permitirá el señor Galiano le digamos que no nos hallamos dispuestos á adoptar su consejo, ni á *imitar imitaciones*, ni á buscar en España ni en nada español el principio engendrador de nuestra literatura, que la España no tiene, ni puede darnos; porque, como la América, «vaga desatentada y sin guía, no acertando á ser lo que fué, y sin acertar á ser nada diferente.»

Tan cierto es esto, que el mismo señor Galiano nos da vestidas á *usanza* *ó* *estilo* del siglo XVI, las ideas de un escritor francés del siglo XIX, incurriendo en el error que censura en los literatos de su país de fines de la pasada centuria, y no atinando como ellos á salir de la imitación nacional y extranjera, ni

en ideas, ni en estilo, — tan cierto es, que segun confesión del mismo señor Galiano, Zorrilla, único poeta eminente que menciona, imita á Hugo y Lope de Vega: — y que la España de hoy está reproduciendo el fenómeno de la época llamada, si bien recordamos, del *buen gusto* ó del renacimiento de las letras, en que había dos tendencias contrarias igualmente imitadoras, é impotentes para regenerar la literatura española.

Otro tanto sucedería en América, si adoptando el consejo del señor Galiano rehabilitásemos la tradición literaria española; malgastaríamos el trabajo estérilmente, echaríamos un nuevo germen de desacuerdo, destructor de la homogeneidad y armonía del progreso americano, para acabar por no entendernos en literatura, como no nos entendemos en política; porque la cuestión literaria, que el señor Galiano aísla desconociendo á su escuela, está íntimamente ligada con la cuestión política, y nos parece absurdo ser español en literatura y americano en política.

Sea cual fuere la opinión del señor Galiano, las únicas notabilidades verdaderamente progresistas que columbramos nosotros en la literatura contemporánea de su país, son Larra y Espronceda; porque ambos aspiraban á lo nuevo y original, *en pensamiento y en forma*. — Zorrilla no lo es; Zorrilla rehabilitando las formas y las preocupaciones de la vieja España, suicida su bello ingenio poético y reacciona contra el progreso: Zorrilla solo es original y verdaderamente español por la exuberancia plástica de su poesía. — Se dirá que su obra es de artista, pero si bien concebimos la teoría de *l'art pour l'art* en Goethe, Walter Scott, y hasta cierto punto en Víctor Hugo, viviendo en países sólidamente constituidos, donde el ingenio busca lo nuevo por la

esfera ilimitada de la especulación, nada progresiva nos parece esa teoría en un poeta de la España revolucionaria y aspirando con frenesí á su regeneración.

Si el señor Galiano estuviera bien informado sobre las cosas americanas, no ignoraría que el movimiento de emancipación del clasicismo y la propaganda de las doctrinas sociales del progreso, se empezó en América antes que en España; y que en el Plata, por ejemplo, ese movimiento ha estado casi paralizado desde el año 37 por circunstancias especiales y por una guerra desastrosa, en que están precisamente empeñadas las tradiciones coloniales y las ideas progresivas. Habría visto, además, que una faz de ese movimiento, es el completo divorcio de todo lo colonial, ó lo que es lo mismo de todo lo español, y la *fundación de creencias* (1) sobre el principio democrático de la revolución americana; trabajo lento, difícil, necesario para que pueda constituirse cada una de las nacionalidades americanas, trabajo preparatorio indispensable para que surja una literatura nacional americana, que no sea el reflejo de la española, ni de la francesa como la española. Sabría también, que en América no hay ni puede haber por ahora literatos de profesión, porque todos los hombres capaces, á causa del estado de revolución en que se encuen-

(1) Entendemos por creencias, no como muchos la religión únicamente, sino cierto número de verdades religiosas, morales, filosóficas, políticas, enlazadas entre sí como eslabones primitivos de un sistema y que tengan para la conciencia individual ó social, la evidencia inconcusa del axioma y del dogma. — En este sentido hemos empleado en este libro la palabra creencia. (El A.)

tran, absorbidos por la acción ó por las necesidades materiales de una existencia precaria, no pueden consagrarse á la meditación y recogimiento que exige la creación literaria, ni hallan muchas veces medios para publicar sus obras. Sabría, por último, que las doctrinas filosóficas que nos da como nuevas su pluma, son ya viejas entre nosotros, y están, por decirlo así, *americanizadas*; lo que nos inclinaría á creer que la España, lejos de poder llevarnos á *remolque* en doctrinas y en producción literaria, marcha por el contrario más despacio que la América.

Por lo demás, no se oculta á los americanos que en una sociedad como la española, para reconstruir las creencias y realizar el progreso normal, sea necesario «ingertar las nuevas ideas en las ideas antiguas»; y solo podrían extrañar que la joven España no sepa aprovecharse de esa ventaja inmensa de antiguas tradiciones que lleva á la América, para *reconstruir y engendrar*, antes que ella y mejor que ella, *algo nuevo y original* en política, en arte, en literatura, que se asemeje á lo que hizo la gloria de la vieja España. Pero mejor que el señor Galiano deben de saber los americanos que la sociedad española no es la sociedad americana, sometida á condiciones diferentes de progreso, y que nada tiene que hacer la tradición colonial, despótica, en que el *pueblo* era *cero*, con el principio democrático de la revolución americana, y que entre aquella tradición y este principio, no hay *ingerto* ni *transacción* posible;—por eso si reconocen y adoptan alguna tradición como legítima y regeneradora, tanto en política como en literatura, es la *tradición democrática* de su cuna, de su origen revolucionario: y no sabemos que la literatura española tenga nada de democrático.

Además, la índole objetiva y plástica de la literatura y en particular del arte español, (1) no se aviene con el carácter idealista y profundamente subjetivo y social que en concepto nuestro, revestirá el arte americano, y que ha empezado á manifestar en algunas de sus regiones, y especialmente en el Plata. El Arte español da casi todo á la forma, al estilo; el Arte americano, democrático, sin desconocer la forma, puliéndola con esmero, debe buscar en las profundidades de la conciencia y del corazón el *verbo* de una inspiración que armonice con la virgen grandiosa naturaleza americana.

El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque es realmente precioso, es el del *idioma*; pero lo aceptan á condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de emancipación.

Los escritores americanos tampoco ignoran, como el señor Galiano, que están viviendo en una época de transición y preparación, y se contentan con acopiar materiales para el porvenir. Presienten que la época de verdadera creación no está lejana; pero saben que ella no asomará sino cuando se difundan y arraiguen las nuevas creencias sociales que deben servir de fundamento á las nacionalidades americanas.

Las distintas naciones de la América del Sud, cuya

(1) Aunque no ignoramos que la palabra *arte* en su acepción filosófica comprende la poesía, la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, etc.; la usamos aquí, significando la *poesía en todas sus formas* como la primera de las bellas artes por su importancia. (El A.)

identidad de origen, de idioma y de estado social democrático encierra muchos gérmenes de *unidad de progreso y de civilización*, están desde el principio de su emancipación de la España ocupadas de ese penoso trabajo de difusión, de ensayo, de especulación preparatoria, precursor de la época de creación fecunda, original, multiforme, en nada parecida á la española, y no pocas fatigas y sangre les cuesta desasirse de las ligaduras en que las dejó la España para poder marchar desembarazadas por la senda del progreso.

El señor Galiano que dice pertenecer á la escuela filosófica cuyas doctrinas propaga, no debe ignorar que en las *épocas de transición*, como la en que están la España y la América, rara vez aparecen genios creadores en literatura; porque el genio, que no es planta parásita ni exótica, solo puede beber la vida y la inspiración en la fuente primitiva de las creencias nacionales.

† Con la clave, pues, de las doctrinas de su escuela y el conocimiento del estado social de la América, se habría el señor Galiano explicado el atraso de su literatura, más fácilmente que haciendo una aplicación inadecuada de las vistas de Chasles sobre la literatura norte americana á una sociedad que nada tiene de análogo con aquella.

El señor Galiano tendrá bien presente lo que era la España inquisitorial y despótica; pues bien, calcule lo que sería la América colonia, hija espúrea de la España y deduzca de ahí si puede haber punto de analogía entre la sociabilidad hispano y anglo-americana.

El señor Galiano, bajo la fé, sin duda, de M<sup>r</sup> Chasles, asienta, que la literatura norte americana «vegeta en una decente medianía»; pero si tal aserción es

permitida á un escritor francés relativamente á la literatura de ese país, no nos parece admisible en un literato español, porque, ¿qué nombres modernos españoles opondrá el señor Galiano á los de Franklin, Jefferson, Cooper, Washington Irving, celebridades con sanción universal en Europa y en América?

Verdad es que algunos ramos de la literatura no han medrado en los Estados Unidos; pero eso es porque allí se halla por mejor realizar el pensamiento, y llevar á la mejora del bienestar individual y social la actividad de las facultades, que en España y otros países se malgastan en estériles especulaciones literarias; y esa tendencia eminentemente democrática y profundamente civilizadora de la sociedad norte americana, que ha desarrollado en poco tiempo sus fuerzas de un modo tan colosal, se manifiesta, aunque en pequeño, en la América del Sud, por la naturaleza democrática de sus pueblos; y es otra de las causas que pudo tener en vista el señor Galiano para explicar la insignificancia de su literatura.

Pensamos también que una ojeada retrospectiva sobre su propio país, habría conducido al señor Galiano á explicación más plausible que la que nos ha presentado. ¿Puede el señor Galiano citar muchos escritores y pensadores eminentes desde la época *de oro* de la literatura española que acaba con Calderón, Moreto y Tirso, hasta principio de nuestro siglo? Y si en cerca de dos centurias ha asomado apenas uno que otro destello de vida nueva y original en la literatura de su país ¿cómo es que estraña el señor Galiano que esté en «mantillas» la literatura americana, nacida ayer y con veinte años, según su cuenta, de pacífica independencia? ¿Cómo quiere que en América, segregada por un océano de la Europa, en esta América

semi-bárbara, porque así la dejó España, y continuamente despedazada por convulsiones intestinas, haya todavía literatura?

¿Qué libro extraordinario ha producido la emigración española de los años 13 y 23, compuesta de las mejores capacidades de la Península, y diseminada en las capitales europeas, en esos grandes y estimulantes talleres de civilización humanitaria? ¿No hemos visto á Martínez de la Rosa en medio de ese gran movimiento de emancipación literaria que ha traído en pos de sí una transformación completa de la literatura francesa, cerrando la vista y el oído á la inmensa agitación que lo rodeaba, ocuparse en *parafrasear la poética* de Horacio, de Boileau y otros, y en analizar y desmenuzar con el escalpelo de la más estéril y pobre crítica, algunos idilios y anacreónticas de la antigua literatura española? Y por último, ¿qué escritor español contemporáneo ha sido traducido en el extranjero, y ha conquistado el lauro de la celebridad europea?

En vista de estos ejemplos de su país, ¿qué puede hallar inexplicable el señor Galiano en el atraso de la literatura americana, sin necesidad de ocurrir á doctrinas filosóficas y á cotejos inadecuados; ni que extraño es tampoco no hayan llegado á sus manos muchas obras *muy notables* de escritores americanos..?

¿Cuál es la escuela literaria española contemporánea? ¿Cuáles son sus doctrinas? — Las francesas. ¿Qué más puede hacer la pobre América que beber como la España en esa grande *piscina de regeneración* humanitaria, inter trabaja con medios infinitamente inferiores á los de España por emanciparse intelectualmente de la Europa? ¿Cómo quiere, pues, el señor Galiano que exista una escuela literaria americana,



si la España no la tiene aún, ni que vaya la América á buscar en España lo que puede darle *flamante* el resto de la Europa, como se lo dá á la España misma?

Si el crisol español fuera como el crisol francés, si las ideas francesas al pasar por la inteligencia española saliesen más depuradas y completas, podrían los americanos ir á buscar á España; pero al contrario, allí se achican, se desvirtúan, porque el español no posee esa maravillosa facultad de asimilación y de perfección que caracteriza al genio francés.

Sin embargo, la América obligada por su situación á fraternizar con todos los pueblos, necesitando del auxilio de todos, simpatiza profundamente con la España progresista, y desearía verla cuanto antes en estado de poder recibir de ella en el orden de las ideas, la influencia benefactora que ya recibe por el comercio y por el mútuo cambio de sus productos industriales.

Sentimos en verdad que el señor Varela, cuya capacidad reconocemos como todos, haya dado el pase y en cierto modo *autorizado* con la publicación en su diario y con su silencio, las erradas opiniones del señor Galiano. Nadie más indóneo que él para refutarlas, porque contraído mucho tiempo hace á estudios sobre nuestra revolución, debe conocer á fondo las causas que se han opuesto y se oponen al progreso de nuestra literatura. Recordamos con este motivo que alguien ha extrañado no mencionásemos las tareas históricas del señor Varela, como lo hemos hecho con las de otros compatriotas. La observación es justa; pero ha sido porque nos propusimos hablar solamente de lo que hemos visto y examinado.

Hubiéramos deseado más ancho espacio que el de

una nota para entendernos con el señor Galiano, y agradecerle sus desvelos por el progreso de la literatura americana; pero nos parece bastante lo dicho para que comprenda, que los americanos saben muy bien donde deben buscar el principio de vida, tanto de su literatura como de su sociabilidad; y este escrito se lo probará en pequeño, al señor Galiano, y á los que piensen como él en España y en América.

---

## PENSAMIENTOS

RASGOS AUTOBIOGRÁFICOS, PÁRRAFOS DE CORRESPONDENCIA EPISTOLAR, ETC.

Para nosotros debe ser una verdad reconocida que la imitación en poesía es un elemento infecundo; que sólo la originalidad es bella, grande y digna de ser admirada, y que sólo ella importa progreso en el desarrollo de nuestra literatura nacional.

La poesía es lo más sublime que hay en la esfera de la inteligencia humana. El universo entero es su dominio.

Ella se ampara de lo más íntimo y noble que hay en el corazón humano, de lo más grande y elevado, y lo expresa revestido de su mágico y brillante colorido. Su poder maravilloso da forma y vida á las cosas in-

animadas, les presta un lenguaje y las pone en acción con un golpe de vara mágica. Ella refleja la creación, y de un vuelo recorre los ámbitos del universo, vaga por la región fantástica de los prodigios, habla con las esencias divinas, y llega hasta contemplar de frente el trono y las glorias de Jehová.

Ella realiza el nombre de los pueblos y anima las ruinas de lo pasado, profetiza lo futuro, engrandece lo presente, y revestida de tan pomposo y magnífico aparato, se presenta á la admiración de la posteridad perpetuando en la trompa de la fama de siglo en siglo su maravilloso poder.

\* \* \*

La Pampa es nuestra, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional...

Por desgracia la poesía facticia, hecha toda de hojarasca brillante, que se fatiga por huir el cuerpo al sentido recto, y anda siempre como á caza de rodeos y voces campanudas para decir nimiedades, tiene muchos partidarios; y ella sin duda ha dado margen á que vulgarmente se crea que la poesía exagera y miente.

La poesía no miente ni exagera!

\* \* \*

Si oscuro es el que no tiene dinero, títulos doctores, ni dignidades, yo lo soy, y me vanaglorio de serlo, pues no he puesto mi mano en las iniquidades, torpezas y locuras que he presenciado desde que

volví á mi país, ni menos he concurrido á prestar mi voto á mil actos degradantes para un pueblo que obró en otro tiempo con tanto decoro y dignidad, y se jactó de su libertad por sus propios esfuerzos.

\*  
\*  
\*

Á falta de ingenio, los hombres se revisten de un título para medrar, y van á mendigar á las Universidades librea de ciencia para adquirir un vano é inmerecido prestigio.

\*  
\*  
\*

Setiembre 2 de 1835.

Nací en Setiembre de 1805, y hoy debo de cumplir... ¿Y dónde están? ¿En qué los he empleado?

Hasta la edad de 18 años fué mi vida casi toda externa: absorbiéronla sensaciones, amoríos, devaneos, pasiones de la sangre, y alguna vez la reflexión; pero triste como lámpara entre sepulcros. Entonces como caballo desbocado pasaba yo sobre las horas, ignorando dónde iba, quién era, cómo vivía. Devorábame la sociedad y yo devoraba el tiempo.

Desde los 18 hasta los 26 años hicieronse gigantes mis afectos y pasiones, y su impetuosidad, salvando límites, se estrelló y pulverizó contra lo imposible.

Sed insaciable de ciencia, ambición de gloria, colosales visiones de porvenir... todo he sentido.

Mi orgullo ha roto y hollado todos los ídolos que se gozó en fabricar mi vanidad.

Cuando llamaba á mi puerta la fortuna, yo le decía: véte, nada quiero contigo; yo me basto á mí mismo. Hacíase ella á menudo contradiza, y con

el dedo me señalaba un blanco, una senda distinta de la que yo llevaba: airado le daba las espaldas y seguía adelante.

Entonces el tiempo me devoraba, cada minuto era un siglo, y cada minuto me echaba estas palabras en rostro: ¿qué has hecho, qué has aprendido?

La inefable visión de mi fantasía era la gloria, y dábame la ambición brazos de gigante. ¿Sabía yo entonces quién era, cómo vivía y adónde iba?

Desde los 25 años hasta hoy, no existe el tiempo para mí.

\* \* \*

Hoy he visto á D... Cada vez más me conmueve su presencia. No es hermosa; pero tiene quince años y no sé qué es de más precio, si la juventud ó la hermosura. ¡Oh! si ella supiera que la quiero; pero ni aún es capaz de sospecharlo.

El corazón me domina y tiene á raya todos mis afectos. No me permite amar ni aborrecer, ni agitarme, ni moverme; ni hablar recio para desahogar mi cólera, mi entusiasmo ó mi indignación; ni correr á caballo, ni entregarme á esos arrebatos frenéticos, á ese vértigo de los sentidos, que en otro tiempo por medio de la laxitud quebrantaba el ímpetu de mis pasiones, refrigeraba el ardor de mi sangre y adormía en tanto la actividad devorante de mi pensamiento. Mazzepa al desnudo lomo de fiero é indomable potro que me lleva al través de los desiertos de la vida, no me es dado obrar, ni moverme, ni soltar la rienda á la actividad que me roe, ni vengarme, ni derramar una lágrima; sólo sí desear, luchar con mis sentimientos y sofocarlos; pensar, devorarme á mí

mismo, consumirme, dudar, maldecir, blasfemar, padecer y sufrir en silencio.

¡Qué martirio y qué galardón!

\* \* \*

Llego de verla: ¡qué sonrisal Hijos son de la imaginación los ángeles: ella deifica é idolatra lo que la hechiza y asombra. Con angélica sonrisa me mira, me dice: «¿Cómo está usted, Estéban?» y baja la vista. Mudo y extático estoy en su presencia; ni sé qué decirle; temo que mis palabras hagan sonrojar su pudor. Háblola de plantas, de flores, de bordados, y después de un rato de silencio, me retiro.

Sin embargo, yo no la amo aún; no la amo con todo el fuego de mi corazón, porque el orgullo me enfrena. Amar á una mujer que no siente como yo, que no está identificada con todo mi sér... imposible! Pero he puesto los ojos en ella; he creído hallar en ella un tesoro. Ella me ha hecho ver en sueños la sombra de la felicidad. Esto basta.

\* \* \*

Si no se dice la verdad, la literatura no puede adelantar, porque el pueblo no tiene criterio propio, y ni las obras ni los talentos serán apreciados debidamente. Soy de opinión que se debe hablar sin embozo y alto cuando se trata de progreso literario y político. Estoy resuelto á hacerlo, sufra el que sufra. De otro modo no se anda, se retrocede ó se está inmóvil.

Voy á ocuparme pronto de una *mirada retrospectiva* sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1830 en adelante, procurando inventariar lo hecho

para saber dónde estamos y quiénes han sido los operarios. No creo que haya otros nombres que los de *nuestra gente*. Veremos qué dirá *la otra* (\*). Se quedará con la boca abierta...

Mi obra no es local sino americana; porque es uno el espíritu y la tendencia de la revolución de los pueblos sud-americanos.

\* \* \*

Malísima noticia me da usted. Yo huyo de la reputación, y ella me persigue siempre y por todas partes. Cuando tenía 15 años, unos amoríos de la sangre, un divorcio y puñaladas en falso, escandalizaron medio pueblo, el cual en desquite, sin duda, clavaba sobre mi atomística persona sus escrutadoras miradas. Cuando contaba 18, conocíanme muchos por carpetero, jugador de billar y libertino. En Francia era yo, para los que me conocían, joven de seso y esperanzas; y ahora que no tengo ninguna y sólo caprichos de amor en el corazón, las mujeres, ¡Dios mío! lo más vano y quebradizo, me persiguen: unas para espantarse, otras para reírse de mi alta y cadavérica figura, todas para satisfacer su curiosidad, y algunas para quererme un día... empalagarme y después aborrecerme...

Días pasados me encontré en un gran salón donde había más de veinte muchachas de la flor porteña. Apenas puse el pie en el recinto, una dijo: es Echeverría; otra, no; otra, él es; y todas, moviéndose y bullendo de curiosidad, me observaban con tan ahincados ojos, que á poco rato salí de allí huyendo y

(\*) Se refiere á sus adversarios políticos y literarios.

renegando de la reputación. Ahora pienso que tal vez estaba entre ellas la que me tiene por loco.

\*  
\*  
\*

CARTA Á DOS DE SUS AMIGOS EN CHILE — 1846

Amigos queridos : presumo que á la fecha habrán ustedes recibido dos obras que he publicado recientemente. Una y otra se completan y forman, en cierto modo, un cuerpo de doctrina social fundada sobre el dogma de Mayo.

La prensa de Montevideo, representada exclusivamente por V..., ha enmudecido: no ha querido, ó más bien, ha tenido miedo de recoger el guante. Sin embargo han desahogado, como antaño, su impotente despecho en los corrillos de bufete. Bien lo preveía yo y se los dije, como ustedes habrán visto al fin de mi « Ojeada retrospectiva ». Es preciso concluir de una vez con esta gente, y yo me encargo de hacerles por acá el proceso definitivo. Uno de nuestros grandes errores políticos y también de todos los patriotas, ha sido aceptar la responsabilidad de los actos del partido unitario y hacer solidaria su causa con la nuestra.

Ellos no han pensado nunca sino en una restauración: nosotros queremos una regeneración. Ellos no tienen doctrina alguna; nosotros pretendemos tenerla: un abismo nos separa,

Mi obra, mientras tanto, ha sido recibida con aplauso universal por argentinos y orientales. He dicho el secreto de todos, y todos han aplaudido...

Escriban allá sobre el libro; procuren lo juzgue la prensa chilena, (sí hay prensa democrática en Chile),



y manden lo que se diga. Esto importa mucho, mucho; ya saben que la causa que yo defiendo es común, es la causa de la patria...

Es necesario formar un partido nuevo, un partido único y nacional, que lleve por bandera, la bandera democrática de Mayo, que nosotros hemos levantado: es necesario trabajar en esto con decisión y perseverancia: es la única senda de salvación.





## ÍNDICE

	<u>Página</u>
Carta al Editor. . . . .	3
Esteban Echeverría—Apuntes biográficos . . .	7

### VERSO

La Cautiva . . . . .	15
Tucumán. . . . .	82
*, (Fragmento de <i>El Angel Caído</i> ).	85
La Ausencia . . . . .	86
Himno al Dolor . . . . .	87
La Diamela. . . . .	96
A Juan Cruz Varela.. . . .	97
A una Lágrima . . . . .	106
La Aroma . . . . .	167
A mi Guitarra . . . . .	108
Á la Juventud Argentina. . . . .	110
A.... . . . .	117
La Lágrima. . . . .	118
Al Corazón . . . . .	119

	Página
El Poeta Enfermo.	122
Adiós al Río Negro .	124
A Plata.	126

PROSA

E Matadero . . . . .	131
Emancipación del Espíritu Americano .	152
Cartas á un Amigo . . . . .	157
Apología del Matambre . . . . .	188
La Reputación y la Gloria . . . . .	195
Réplica al señor Alcalá Galiano .	200
Pensamientos, etc.	210

---

